

LA HIJA

DEL CURTIDOR.

LA HIJA DEL CURTIDOR.

LA HIJA DEL CURTIDOR.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR M. EMMANUEL GONZALES.

TRADUCCION

DE DON J. F. SAENZ DE URRACA.

Ilustrada con láminas.



MADRID.

MURCIA Y MARTI, EDITORES,

calle de la Cruz Verde, 12 pral.

1862.

LA HIA
DEL CURTIDOR.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR M. EMMANUEL GONZALEZ.

TRADUCCION

DE DON J. E. SAINZ DE URZAGA.

Ilustrada con láminas

MADRID.

MURCIA Y MARTI, EDITORES.

Calle de la Cruz Verde, 12 y 16.

Madrid 1861.—Imp. de la Galería Literaria á cargo de Castillo,
calle de la Cruz Verde, n. 12 y 16.

LA HIJA DEL CURTIDOR.

I.

En la tarde del día 25 de octubre de 1463, la plaza del Alcázar, en Toledo, se hallaba obstruida por una multitud de curiosos que parecían aguardar á la reina doña Juana de Portugal, mujer del rey D. Enrique IV de Castilla, y á la infanta Doña Juana, su hija, para saludárlas al pasar con sus aclamaciones.

Sin embargo, todos aquellos hombres ociosos, todos aquellos vecinos honrados y en la apariencia inofensivos, se cruzaban cambiando señas de inteligencia ó algunas palabras misteriosas pronunciadas en voz muy baja. La imponente calma que parecía reinar entre aquellos grupos tenia cierto aspecto som-

brío y siniestro, como esas nubes domizas que se arrastran sobre un cielo azul y son precursoras infalibles de la tormenta.

Al extremo de la plaza, junto á las paredes de un convento, se veía una reunion inmundada de mendigos y vagamundos: unos estaban echados, otros sentados ó acurrucados en diferentes posturas, aguardando todos la distribucion de las sopas que los frailes les daban por las tardes.

La mayor parte de aquellos haraposos famélicos, cuyo estómago solia adelantarse, por lo regular, respecto del relóx del convento, roían cortezas de pan duro para entretener el hambre. Los que no podían permitirse tal lujo, se contentaban con calentarse á los postreros rayos del sol poniente, esponiendo por los agujeros de sus andrajos las llagas, mas ó menos apócrifas, á cuya costa vivían.

Al oír el primer tañido de la campana, aquella turba hambrienta se levantó con mas ó menos agilidad y fué á amontonarse junto á la puerta del convento para recibir algunas escudillas de sopa, en cambio de tal ó cual *oremus* hipócrita. Terminada tan exigua comida, los mendigos se fueron cojeando ó tambaleándose, segun sus respectivos achaques ciertos ó fingidos, por en medio de los grupos, y se situaron al pié de las murallas del Alcázar.

—Vamos, compadre, dijo un hombre, á quien por

su delantal de cuero y su cuchillo de vaina de madera, se conocía que era un curtidor; parece que la caza grande va á comenzar esta noche.

El hombre á quien iban dirigidas estas palabras era un honrado vecino de fisonomía á la vez estúpida y llena de necia importancia.

—¡Dios os oiga vecino! contestó; ¡pero ay! aun no puedo creer en tanta dicha!

Se acercó un tercer personaje.

Era el campanero de la catedral, maese Diego Melampo, hombrecillo seco y vivaracho. Circulaba de grupo en grupo, escitando el ardor de los descontentos.

—¡Eh! muy alto y ruidoso señor, le preguntó el curtidor, ¿es verdad lo que nos dicen?

—Si la noticia es buena, preciso es creerla.

—Se asegura que el señor arzobispo de Toledo entra en la liga.

—Decid mas bien que se va á poner resueltamente al frente de vosotros, repuso maese Diego, —y apoyándose un dedo en los labios en señal de misterio, añadió: Tambien podreis contar con que al lado suyo se han de poner muchos prelados.

—Si los prelados se mezclan en el negocio, dijo el vecino de rubicundo rostro, eso prueba que la pera está madura, y entonces ya no vacilo en manifestar mi opinion.

—Entonces puede empeñarse la lucha, repuso e curtidor. Nos hemos contado, y reunimos fuerzas numerosas.

—Estoy seguro del triunfo, exclamó maese Diego, en términos que apostaría tu cabeza contra un maravedí.

—¡Ah! ¡diablo! dijo el hombre del delantal de cuero haciendo una mueca, preciso es que efectivamente esteis muy seguro de ello. Así pues, vamos á pedir al rey...

—¿No te lo han dicho y repetido?

—Sí, ayer tarde, en la hostería de las Armas de Toledo, entre dos pellejos de vino manchego; pero tengo la cabeza tan dura como los puños, y los por menores quedaron algo confusos en mi memoria.

—Y luego, añadió el campanero, que quien solo oye un esquilon no oye más que un son. Voy, pues, á esplicaros de nuevo todas las causas de nuestra doble indignacion, y los horribles motivos de queja que teneis para exigir ámplia y entera justicia.

En seguida se introdujo en el centro del grupo, y prosiguió diciendo:

—La nacion pide que el rey D. Enrique IV no pueda reconocer solemnemente á la infanta doña Juana por heredera de la corona de Castilla.

—¡Sí, sí, esa es nuestra voluntad! gritó el grupo.

—Doña Juana es una bastarda, añadió el campane-

ro; por eso los buenos castellanos la llaman con mucho acierto la Beltraneja.

—Lo cual podría hacer sospechar á la gente perspicaz, replicó el vecino, que esa princesa es hija de D. Beltran de la Cueva, el amante de la reina.

El campanero dirigió una sonrisa halagüeña á su cándido cómplice, y prosiguió:

—Así, pues, el grito será: «¡Abajo la Beltraneja!»

—¡Abajo la Beltraneja! aulló el reducido grupo.

—Aun no ha llegado el momento, dijo con viveza maese Diego, conteniendo con un ademán el ímpetu de los descontentos; aguardad la hora en que todas las tardes sale la bastarda á la puerta del alcázar á hacer sus hipócritas limosnas.

—Ya no tardará mucho, dijo el curtidor refunfunando y apretando los puños. Sin embargo, mas me hubiera gustado pelear con otros adversarios que con una niña.

Maese Diego le lanzó una mirada oblicua, en que se mezclaban la cólera y el desprecio; pero se contuvo y dijo:

—Descuida, valiente mozo, que el pueblo de Castilla quiere también la caída y el destierro de ese indigno favorito del rey, de D. Beltran de la Cueva, que ha hecho espulsar al señor arzobispo de Toledo y al gran marqués de Villena para robustecer sus cargos en la córte; que se ha hecho dotar reciente-

mente con el condado de Ledesma; que gasta en banquetes y festejos las rentas del reino; y que lleva sobre sí, en diamantes, perlas y joyeles, el tesoro de su amo. Puesto que el rey D. Enrique está ciego, á nosotros toca arrancar la venda que cubre sus ojos. Puesto que el rey no sabe vengarse del descarado cortesano que le ultraja en su honra, á nosotros, sus fieles castellanos, corresponde vengarle aunque sea á pesar suyo.

—Es preciso que D. Beltran sea despojado de todos sus bienes, títulos y honores, dijo el vecino que tanta importancia se daba.

—Desterrado del reino por triador, repuso maese Diego.

—O mas bien castigado con pena de muerte, añadió con voz ruda el curtidor, como en el reinado anterior lo fué el condestable D. Alvaro de Luna, quien de seguro lo habia merecido menos que él.

—¡Abajo D. Beltran! gritaron los sediciosos.

—¡Muera el conde de Ledesma! añadieron algunas voces siniestras, entre las cuales sobresalía el falsete del obeso vecino.

El campanero ya no estaba allí; peroraba en otro grupo situado á veinte pasos de distancia.

—Decidme, buen Baltasar, repuso el robusto curtidor, sorprendido al ver poseido de aquel ardor sanguinario al vecino que tenia fama por la mansedum-

bre de su carácter, parece que no estimais en mucho á D. Beltran de la Cueva. ¿Os ha juzgado, acaso, alguna mala pasada?

—¿A mí? dijo Baltasar con ademan de sorpresa; ni siquiera le conozco. Por mi mujer y mi hija es por quienes me estoy desgañitando á gritar.

—¿Cómo! ¿ese miserable, ese infame D. Beltran habrá intentado escalar vuestros balcones, é introducirse en vuestra casa para robar á la respetable y virtuosa señora Jacinta?

—¿No, no, nada de eso! no se hubiera atrevido á atacar á una virtud tan acrisolada y robusta.

—¿Habrá dado acaso, alguna serenata á vuestra hija Leonor?

—No es eso, contestó Baltasar con tono glorioso, sino que tengo dos ventanas que dán á la plaza, de modo que, si por ventura nuestra llegasen á cortar la cabeza al favorito, habria grande afluencia de espectadores, y tendríamos la probabilidad de alquilar nuestras ventanas á buen precio.

—¿Y qué?

—¿Pardiez! prosiguió el vecino con el tono mas bonachon que pudiera imaginarse, mi mujer y mi hija aguardan ese acontecimiento con la mas viva impaciencia, y lo comprendereis fácilmente cuando sepais que esas ganancias pienso destinarlas á comprar á cada una de aquellas una mantellina nueva.

—¡Dios os logre vuestros deseos, compadre Baltasar! dijo el curtidor volviéndole la espalda y muy sorprendido con aquella esplicacion.

Muy luego se oyó sordo rumor en toda la estension de la plaza; los grupos se pusieron en movimiento, y se unieron en dos masas compactas formando una calle que iba á parar á la puerta del alcázar.

La causa de esta evolucion era la llegada de la reina doña Juana de Portugal, quien, rodeada de una comitiva brillante de pajes y oficiales de su servidumbre, regresaba á palacio con la infanta doña Juana.

La jóven princesa, cuya existencia habia de ser con el tiempo tan extraordinariamente agitada, cabalgaba sobre una mulita negra cuyos preciosos arneses de oro y pedrería arrojaban millares de destellos, y que iba cubierta con una larga red de seda encarnada y borlas de oro, que segun la moda de la época llegaba hasta el suelo. Su semblante pálido, de ojos azules, de sonrisa dulce y triste, de rubia cabellera, revelaba un alma tímida, inquieta, mas ávida de contemplaciones ascéticas que de esplendor y de ruido. Al verla, era difícil comprender por que aquella criatura delicada y de seráfico aspecto, atraia sobre sí tan horrisona tormenta de maldiciones populares. En el fondo nadie la aborrecia formalmente, pero servia de ariete para herir el corazon del favorito.

Tan luego como apareció la escolta, algunas voces imprudentes comenzaron á gritar: «¡Viva la reina, viva la infanta!» pero no hallaron eco y se perdieron vergonzosamente entre la multitud, cuyo silencio era para la reina un insulto mas violento que si hubiesen lanzado silbidos. Juana de Portugal dirigió en torno suyo una mirada irritada y colérica, y lanzando al galope su palafren que iba al paso, arrastró en su rápida carrera á la infanta y á su escolta, y todos desaparecieron muy luego en el patio del alcázar.

Tambien la infanta tenia priesa de entrar en palacio, no para pensar, como su madre, en los medios de vengarse de la afrenta que acababan de sufrir, pues la pobre niña ni siquiera conoció lo que habia ocurrido, sino para repartir cuanto antes su limosna entre sus pobres, quienes con los rostros pegados á las rejas del piso bajo, parecian llamarla con sus miradas.

Así pues, se apeó ligera y gozosa de su mula, que un paje estaba sujetando de las riendas, y con una impaciencia verdaderamente infantil, hizo seña á su mayordomo para que adelantase. Este se apresuró á obedecer y le presentó una pesada bolsa colocada sobre un almohadon de terciopelo. Aquella limosnera se llenaba todas las tardes con moneditas de plata recién acuñadas que distribuia generosamente entre los niños y los pobres; todas las mañanas le llevaban

tambien un cesto lleno de semillas y granos, que se entretenia en arrojar á los pajarillos, á los cuales llamaba sus mendigos del cielo.

La infanta acudió gozosa, sosteniendo penosamente la bolsa llena con una de sus manos blancas y delicadas, mientras que con la otra sacaba puñados de moneditas que los vagamundos se disputaban con feroz codicia, amenazándose unos á otros en vez de bendecir á su bienhechora.

Pero tan luego como la infanta hubo agotado su tesoro, otras manos mas numerosas, y mas ávidas aun que las primeras, se tendieron hácia ella.

Doña Juana quedó casi avergonzada por no tener ya mas que dar cuando tantas miserias veia aun en torno suyo.

—¡Ay, Dios! murmuró volcando su limosnera vacía, héme aquí ya tan pobre como vosotros. Luego añadió con una sonrisa melancólica: felizmente no está lejos el dia de mañana.

—No está lejos para vos, que de nada careceis, respondió un mendigo, ¿pero y para nosotros que tenemos hambre?

—¡Esperar todo un dia! repuso otro. ¡Ah! ¿no habeis aprendido en vuestro alcázar, Doña Juana, que nada es tan largo como un dia sin pan?

—Tomad, buenas gentes, dijo la infanta conmovida, ofreciéndoles una sortija que se sacó del dedo, á

falta de otra cosa mejor, vended esto y os repartís su producto.

El primer mendigo que habia hablado, y que era un pobre paralítico, se apoderó de la sortija y desapareció á todo correr sin que su compañero pudiese alcanzarle.

La multitud comenzó á reir.

Aquella risa que contestaba brutalmente al cándido pesar que acababa de experimentar la infanta, tenia algo de baja y cruel. Doña Juana sintió que se le oprimia el corazon, y sus ojos se llenaron de amargas lágrimas. Las bendiciones se habian convertido ya en peticiones descaradas; á estas habian de suceder muy luego las amenazas.

El segundo mendigo, reparó en que la pobre niña queria volver á entrar en el alcázar, y cortándole bruscamente el paso, exclamó:

—Parece que solo los vergonzosos son los que pierden. ¿Nada me vas á dar Beltraneja?

—¡Me llamo Juana! repuso la infanta con toda la dignidad que permitian su edad y su carácter tímido.

—¿Juana tú? replicó el campanero de la catedral, quien hasta entonces habia permanecido apartado prudentemente, ni eres Juana, ni infanta de Castilla.

—¿Pues qué soy? preguntó, y la palidez habitual

de su rostro se convertía en un color lívido.

—Eres la Beltraneja, la bastarda, á quien nuestro pobre rey intenta en vano ceñir una corona, exclamó maese Diego; cuyo valor se exaltaba con exceso ante tan débil enemigo.

—¿Me habláis así porque nada tengo ya que daros?... ¡Y sin embargo, no es culpa mia! dijo la princesa con voz entrecortada por los sollozos.

Estaba verdaderamente hermosa en aquel momento supremo de angustia y de martirio. El terror que dilataba sus grandes ojos azules, sus lábios pálidos y temblorosos, sus manos que se juntaban suplicantes como para invocar á Dios, sus cabellos rubios y sueltos que flotaban sobre sus hombros como las alas de un ángel, todo en ella parecía que había de enternecer los corazones y desarmar los ódios. A nadie acusaba y no se defendía, no imploraba siquiera la compasion, y solo procuraba advinar qué había hecho á aquellos hombres para que así la insultasen. Pero los cobardes solo temen las espadas, y el campanero repuso:

—¡Guarda tus limosnas para formarte un dote, si algun dia quieres encontrar marido, hija sin padre!

Doña Juana, aterrada y congojosa, sintió que un estremecimiento recorria todo su cuerpo y cayó de rodillas creyendo que era presa de una pesadilla, horrible; acostumbrada á los homenajes y cortesias de

los señores de la córte, á las bendiciones de los mendigos, á los saludos y sonrisas de la multitud, no comprendia el objeto de aquellos ultrajes. De improviso pensó que habria caido en manos de una partida de asesinos que querian dar muerte al rey D. Enrique, y entonces gritó con voz apagada.

—¡Socorro! ¡socorro!

El acento de aquella queja era tan dulce y tan desgarrador al mismo tiempo, que la multitud retrocedia, poseida de una especie de vergüenza y de remordimiento.

—¡Al fin y al cabo, dijo el curtidor, la muchacha es generosa!

—¡Bah! repuso el desapiadado Diego, aun cuando dé algo será una restitucion, y no una limosna. ¿No ha robado bastante D. Beltran de la Cueva al buen pueblo de Castilla? Vamos, levántate, hermosa Beltraneja, añadió cogiéndola de un brazo, y grita con nosotros: «¡abajo el favorito! ¡muera el conde de Ledesma!»

—¡Nunca! ¡nunca! murmuró la infanta.

—Maldice con nosotros á ese criado enriquecido, y te dejaremos que vuelvas á entrar en el alcázar.

—Matadme, si quereis, dijo la infanta en voz baja; pero no maldicere á D. Beltran.

—¿Por qué? preguntó el campanero, rechinando los dientes.

—Porqué siempre ha sido bueno y cariñoso para mí, y Dios no me perdonaría mi ingratitud; porque es el servidor fiel de mi madre, y esta no me perdonaría mi villanía; porque es el consejero del rey mi padre, y el rey no me perdonaría esa ofensa.

—Bien, Beltraneja, exclamó Diego con aire de triunfo; sin sospecharlo siquiera, acabas de juzgar y condenar al favorito, confesando así los vergonzosos vínculos por cuyo medio ha convertido ese conde arrogante al rey de Castilla, á la reina y á la infanta en tres esclavos sometidos á sus caprichos.

Entretanto doña Juana, casi loca de terror, daba vueltas en medio del círculo que la tenia encerrada, sin encontrar una mano amiga, ni una mirada compasiva. Buscando entonces un refugio en sí misma, ocultó el rostro entre sus manos, esperando librarse así de aquella multitud que, con la salvaje crueldad de las masas, vociferaba junto á su oído amenazas de muerte.

De pronto el curtidor dió en el hombro á Diego, y le dijo:

—Vamos, compadre, ¿qué opinas? El tiempo urge: ¿quieres desterrar ó matar á D. Beltran?

—¡Desterrarle! exclamó Baltasar, para que se vaya á viajar tranquilamente con las manos en sus bolsillos.

—¿En sus bolsillos? replicó ágricamente el campa-

nero, no será tan necio. Prefiere introducir las en los nuestros.

Una carcajada ruidosa acogió aquella chanza.

—Pues bien, maese Diego, puesto que te hallas en tan marcial disposición, creo que ha llegado el momento de obrar, dijo gravemente el curtidor, levantándose las mangas y blandiendo su ancho cuchillo.

—¿Qué quieres decir? exclamó el campanero, tornándose muy pálido.

—Que no se trata ya de martirizar á una niña, sino de pelear con hombres. Vuelve la cabeza, Diego, si quieres ver al diablo.

El hombrecillo obedeció maquinalmente, y se estremeció al ver desembocar en la plaza á un gínete jóven, montado en un caballo de pura raza árabe, envuelto en una gran capa blanca, parecida al albornóz de un morisco, cubierta la frente con ancho sombrero, cuyo penacho se hallaba sujeto con un joyel de diamantes, y que agitaba con indolencia un látigo de puño de oro macizo que llevaba en la mano.

Un silencio profundo acogió la aparición inesperada de aquel magnate, cuyo aire altanero y desdeñoso contrastaba con una fisonomía casi afeminada. Era alto y delgado, pero sus anchos hombros anunciaban gran vigor muscular; sus manos diminutas y sus piecitos de mujer podían engañar á un observador superficial, que no hubiese sospechado la elasticidad de

los nervios de acero ocultos bajo su suave epidermis. Sus rubios cabellos probaban que descendía de la raza goda, y sus ojos, de un azul claro y brillante, lanzaban algunas veces, por bajo de sus pestañas largas y doradas, relámpagos de furor parecidos á los que despiden las pupilas del león. Sin duda alguna, la ambición había embriagado á aquel cortesano y secado su corazón; aspiraba á subir incesantemente, y despreciaba en demasía á los hombres para mirar al suelo que se hundía bajo sus plantas.

En efecto, D. Beltran de la Cueva proseguía su camino sin cuidarse de aquella multitud que llenaba el ámbito de la plaza.

— ¡Vamos, adelante, Diego! dijo el curtidor. Tú sabes hablar. Vé á charlarle ahuido al favorito.

En un abrir y cerrar de ojos fué arastrado el diminuto orador, levantado en peso, y pasado de mano en mano hasta el pecho del caballo de D. Beltran, quien al propio tiempo vió relucir puñales bajo las capas entreabiertas, balancearse algunas piedras en las manos sucias y negras de los mendigos, y dibujarse sonrisas siniestras y feroces en el rostro de las viejas. Comprendió el peligro, y detuvo su caballo justamente en el momento necesario para que no aplastase á Diego, quien lejos de apoderarse gaudazamente de la brida parecía estar próximo á desmayarse.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! señor conde! gritó con voz anhelante.

D. Beltran de la Cueva prorumpió en una carcajada al ver el terror grotesco de su adversario. Este, completamente desconcertado, hubiera deseado sepultarse debajo de tierra.

—¿Qué quieres, buen hombre? le preguntó friamente el conde. ¿Ha sido para arengarme, para tenerme el estribo, ó para pedirme alguna gracia para lo que has venido á echarte entre las patas de mi caballo?

El campanero, al ver fijas en él todas las miradas, y sintiéndose apoyado por la multitud sediciosa que rodeaba al favorito, recobró algún ánimo y replicó con insolencia:

—En efecto, D. Beltran, una gracia es lo que solicito de nuestro buen rey en nombre de estas buenas gentes y de todos los fieles castellanos.

—¿Y qué gracia es esa? dijo el conde con acento bondadoso.

—Que retire su gracia al favorito y le destierre, señor, replicó Diego, casi tranquilizado por la actitud indiferente y blanda del conde de Ledesma.

Entonces el rostro de este se mostró completamente risueño; se inclinó con la mayor calma sobre el cuello de su caballo, estendió la mano, cogió al orador por el cuello de su jubon, le levantó como una

pluma hasta la altura de su rostro, y mirándole frente á frente, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—¡Diego Melampo, señor! balbuceó el campanero temblando y con el rostro amoratado. ¡Perdon! ¡perdon!

—¿Qué oficio tienes, Diego?

—Soy campanero de la catedral, señor; pero ¡Perdon! ¡perdon! ¡que me ahogo!

Los ojos parecia que querian saltar de sus órbitas.

—¡Campanero! repitió D. Beltran. Pues bien, amigo Diego, has errado la vocacion; si quieres seguirme, te pondré un traje de arlequin, un gorro de cascabeles y un cetro de carton, y sustituirás admirablemente al difunto bufon del rey. ¿Aceptas?

—Pero, ¿qué dirá el señor arzobispo de Toledo? ¡Perdon! ¡perdon! ¡que me ahogo!

—El arzobispo no querrá comprometerse reclamando tan torpe servidor, repuso el favorito paseando en torno suyo una mirada imperiosa. Por lo demás, puedes ir á decirle que aproveche la leccion, porque en caso necesario, ¡trataré al amo como acabo de hacerlo con el criado!

En seguida, abriendo la mano, dejó caer en el suelo á maese Diego, quien huyó corriendo en medio de la griteria y rechifla de todos los circunstantes

El aspecto intrépido del conde de Ledesma, habia modificado singularmente las disposiciones de los sediciosos; sin embargo, mientras se apartaban silenciosamente para abrirle paso, una voz temblorosa lanzó detrás de él este grito convenido:

—¡Muera D. Beltran de la Cueva!

Al oír estas palabras, el cortesano, con mano hábil, hizo que su caballo se encabritase y girase sobre sus patas traseras, y se encontró frente á frente con el grupo de donde habia salido la provocacion. Los hombres que le formaban huyeron: solo uno quedó inmóvil, inerte, como clavado en el suelo. El relámpago que habian lanzado los ojos del ginete anadaba al delincuente, quien, denunciándose á sí mismo, se dejó caer de rodillas como pidiendo perdon.

—¡Cómo! ¿sois vos, maese Baltasar, quien quiere hacer que me asesinen? dijo el conde riendo á carcajadas; ¡vos, el mas pacifico de todos los plateros! ¡Entendeis muy mal el comercio, mi feroz amigo! Si yo muriese, ¿creeis que el virtuoso marqués de Villena os compraria tantos collares y brazaletes como el pródigo conde de Ledesma?

Luego, contentándose con sacudir ligeramente con su fusta las espaldas del vecino, cuyas abultadas mejillas se habian tornado lívidas, lanzó su caballo hácia la puerta del Alcázar, que se hallaba obstruida por un grupo numeroso de hombres armados con cu-

chillos, estacas y asadores de hierro.

—A la verdad, compadre, dijo un truan levantando del suelo al platero, pareceme que vuestra mujer y vuestra hija no han de tener sus mantellinas nuevas tan pronto.

Baltasar se escurrió confuso y avergonzado entre la multitud, la cual se habia reido á costa suya lo mismo que á la del campanero. Sin embargo, aun no habia salido el conde del apuro, y una curiosidad de mala ley seguia todos sus movimientos. Los sombríos guardas de la puerta tenian un aire resuelto y decidido, y no parecia que habian de ser de tan fácil acomodo como los demás descontentos. En medio de ellos se alzaba, cual una estátua de la Fuerza, el terrible curtidor, quien con una mano oprimia el brazo de la infanta y con la otra empuñaba su cuchillo.

—¡Vamos, paso, canalla, paso! les gritó don Beltran, sino quereis que haga saltar mi caballo por cima de vuestras cabezas.

Ni uno de ellos se movió; pero doña Juana, que se vió rodeada de armas dirigidas contra el desventurado conde, exclamó no obstante las sordas amenazas y los puños crispados de los que la custodiaban:

—¡Tened cuidado, D. Beltran, tened cuidado!

Al oír aquella voz dulce y temblorosa, el favorito, que hasta entonces habia permanecido risueño,

impasible, dueño de sí mismo, se estremeció lleno de terror. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, su mirada se tornó estraviada, cual si un relámpago le hubiese deslumbrado; escuchó, como si aun dudase haber oído bien, y sus manos volvieron á caer inertes sobre el cuello de su caballo; luego se enderezó de improviso, afirmándose sobre sus anchos estribos moriscos, dirigió una mirada ávida y desesperada al centro del grupo armado, y conoció á la infanta, que estaba en poder de aquellos hombres y tendia hácia él sus dos manos.

El semblante del conde de Ledesma se cubrió de mortal palidez. No profirió una palabra; pero buscó la empuñadura de su espada: esta arma acababa de serle arrebatada. Estremeciéndose de corage y furor, obligó á su caballo á que avanzase bajo las puntas de los cuchillos y las picas, le refrenó con una destreza y un vigor incomparables, luego le hizo saltar en medio de los amotinados, quienes se separaron involuntariamente, y entonces, cogiendo presuroso á la infanta, la estrechó contra su pecho, mientras que dos gruesas lágrimas temblaban en sus párpados.

Pero ya el grupo habia vuelto á formarse mas amenazador en torno suyo.

—¡Oh, no me la arrancareis, miserables! esclamó con voz ahogada. ¡Doña Juana en vuestras manos, villanos! ¿Quién de vosotros se ha atrevido á toc r

la infanta? ¡No sabeis que es un crimen de lesa majestad? ¡Oh! no esperéis huir y libraros de la justicia del rey. ¡A mí, los maceros del alcázar! no dejéis escapar á estos verdugos de niños. ¡Oh! yo os haré pagar bien caro cada sollozo de doña Juana.

Pero mientras D. Beltran exhalaba su dolor en palabras incoherentes, los descontentos habian cortado por detrás los corvejones á su caballo. El pobre animal cayó, y el conde, cuyo pié estaba sujeto en el estribo, cayó tambien pesadamente con él, pero manteniendo á la infanta estrechamente sujeta sobre su pecho. Estaba perdido, y ya las picas de hierro, las estacas y los cuchillos se alzaban sobre él, cuando el curtidor los apartó bruscamente con la mano, y exclamó con voz fuerte:

—¡Levantaos, D. Beltran! No acostumbro á herir á un enemigo que está caido en el suelo. Eso es bueno para cobardes como ese réptil venenoso que llaman Diego Melampo.

D. Beltran intentó desembarazarse con un esfuerzo convulsivo; pero no queria soltar á la infanta que paralizaba sus movimientos. Entonces doña Juana volvió su rostro pálido y trastornado por el terror hácia el curtidor, como para implorar su compasion, y le dijo con dulzura:

—Ayudadnos, amigo mio. No sois un malvado, y no querreis hacer daño á una pobre criatura como yo.

El hombre del delantal de cuero se estremeció, y alargando su mano gruesa y tosca al elegante favorito tendido á sus piés, le levantó; luego le mostró la puerta del alcázar, y le dijo:

—Andad, señor conde; los ruegos de doña Juana son los que os salvan. Esta niña es inocente y buena; ¡que sea vuestro escudo y amparo! No puedo mataros sin herirla, y no quiero poner la mano en ella. Acaso el marqués de Villena sería menos escrupuloso que yo; pero tengo una hija de pocos mas años que la infanta, y no quiero que Dios me castigue en ella.

Don Beltran no replicó una palabra, y entró en el palacio llevándose su preciosa carga.

El hombre delantal de cuero se estremeció, y alargando su mano gruesa y toca al elegante favorito tendió á sus pies, le levantó; luego le mostró la puerta del alcazar, y le dijo:

—Añad, señor conde; los ruegos de doña Juana son los que os salvarán. Esta niña es inocente y buena; que sea vuestro escudo y amparo! No puedo mataros sin herirla, y no quiero por la mano en ella. Acaso el marqués de Villena sería menos escrupuloso que yo; pero tengo una hija de pocos mas años que la infanta, y no quiero que Dios me castigue en ella.

Don Beltrán no replicó una palabra, y entró en el palacio llevándose su preciosa carga.

En la época en que ocurrían los sucesos que venimos refiriendo, el célebre valido del rey de Castilla era sin duda alguna uno de los caballeros mas apuestos y brillantes de la corte. Habiendo entrado muy jóven á servir en calidad de paje á aquel dueño indolente, no obstante descender de una familia pobre y oscura, en menos de doce años habia hecho una carrera tan rápida, habia llegado á un grado de favor tan extraordinario, que casi él mismo estaba deslumbrado con su propia fortuna.

En el reinado precedente, D. Alvaro de Luna, que ya era poderosamente rico y de buena nobleza aun

antes de llegar á ser condestable de Castilla y valido del rey, habia conquistado todos sus títulos lentamente y uno por uno. Detrás de cada dignidad nueva, habia un servicio prestado. Hábil y prudente en el consejo, intrépido en las batallas, salvó diez veces al reino, que amenazaba hundirse entre las débiles manos de D. Juan II. La fortuna personal de aquel hombre íntegro caminó siempre en razon inversa de la fortuna pública: al dia siguiente de su suplicio, sus servidores no hallaron en su casa el dinero necesario para hacer su entierro: su orgullo y su inflexibilidad le habian granjeado el ódio público durante su vida; muerto ya, le lloraron.

En cuanto á D. Beltran de la Cueva, ¿á qué causa pública, á qué accion brillante, á qué servicio señalado debia su nuevo engrandecimiento? Nadie hubiera podido decirlo, porque ni tenia el génio de un hombre de Estado, ni el valor inteligente de un hombre de guerra. Era un cortesano galante y astuto, y nada mas. Se hallaba poseido de una sed insaciable de honores y de gloria, pero aquella ambicion estéril habria abortado en gérmen, si no la hubiese servido de apoyo una de esas casualidades singulares que los historiadores consignan en sus anales, y que un novelista no se atreveria á inventar.

Juana de Portugal era una de las princesas mas hermosas de Europa; sin embargo su belleza tenia un

defecto que la desesperaba: sus cabellos eran de un color dudoso. Para remediar tan grave inconveniente, adoptó el partido de untarlos y teñirlos con una esencia que tenia el grave inconveniente, la peligrosa propiedad de ser inflamable. Un dia que estaba paseando por los jardines del alcázar, bajo los rayos de un sol ardiente, su cabellera se inflamó de improviso. En aquel momento solo se hallaba con ella un paje joven que acababa de llevarle un mensaje del rey; no vaciló, y prescindiendo del precepto que prohibia á todo hombre tocarse á una reina de Castilla, se quitó presuroso su ferreruelo de terciopelo negro y envolvió con él la cabeza de Juana de Portugal.

Las llamas quedaron sofocadas en seguida, pero la reina no pudo dar gracias á su salvador por su presencia de ánimo, sin admirar su elegancia y su belleza, harto perfecta, quizás, para un hombre. Cautivada por los ojos, no tardó en estarlo tambien por el corazon. El capricho de un instante llegó á ser la pasion ardiente de su vida, y creyendo autorizada su inconstancia por el abandono en que la tenia el rey su esposo, convirtió aquel amor tímido y misterioso al pronto, en un escándalo que sorprendió al mundo entero y que habia de dejar en la historia una mancha infamante para su nombre.

Desde aquel dia creció con raudo vuelo la fortuna de D. Beltran de la Cueva, que tal era el nombre

del venturoso paje. Ocupó sucesivamente diferentes empleos importantes y llegó á ser uno de los cortesanos mas influyentes y familiares para con el rey; pero insaciable en sus deseos, quiso llegar á las primeras dignidades del reino. Dos hombres poderosos y enérgicos se atravesaban en su camino.

Eran el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena, consejeros y ministros del indolente Enrique IV.

El valido se propuso romper aquel obstáculo con el auxilio de la reina, quien ejercia una influencia absoluta sobre el ánimo de su marido. En efecto, don Enrique era uno de esos caracteres débiles y nulos que ni tienen la energía del vicio, ni la de la virtud; si con frecuencia olvidaba las injurias, olvidaba tambien con igual facilidad los servicios prestados, y el enemigo de la víspera se convertia de improviso en amigo del dia siguiente.

La voluntad de D. Beltran de la Cueva se in-crustó en el ánimo de Juana de Portugal; con ese instinto astuto é inventivo, peculiar de la mujer, envolvió á los dos hombres de estado en una intriga con tal destreza urdida, que un dia, sin que nada pudiese hacerles presagiar la tormenta que iba á estallar sobre su cabeza, vieron hundirse súbitamente el edificio de su fortuna y de su crédito, que con tanto trabajo y á tanta costa habian levantado.

Mientras permanecían aturcidos con su caída, D. Beltran de la Cueva aceptaba sus cargos en la corte; se encargaba de la dirección de los negocios, y recibía las felicitaciones de los cortesanos.

Al divulgarse esta noticia, el partido de los descontentos alzó de nuevo la cabeza, y envió inmediatamente un mensaje al arzobispo de Toledo y al marqués de Villena.

Sus nombres, célebres en toda España, sus profundos conocimientos de gobierno, el odio personal que profesaban al favorito, eran otras tantas garantías seguras para aquel partido que, la víspera todavía, tenía por perdida su causa.

Después de algunas conferencias, los dos hombres ilustres que habían caído del poder, los dos tráfugos políticos, fueron proclamados por unanimidad jefes de la Liga.

Los primeros actos de D. Beltran, á quien los descontentos aguardaban á ver obrar, no dejaron de promover la indignación general, que solo necesitaba un pretexto.

En primer lugar hizo que le creasen conde de Ledesma, lo cual era antipolítico y completamente inútil para su poder, ya que no para su vanidad. En seguida hizo que el rey ordenase á los Estados reconociesen solemnemente á doña Juana como heredera de la corona de Castilla, lo cual era en extremo im-

prudente, pues en la opinion pública pasaba la infanta por ser fruto adulterino de los amores de la reina y de D. Beltran.

Los nobles protestaron enérgicamente contra aquella decision, y resolvieron oponerse á que se llevase á cabo. Organizáronse en la capital conferencias clandestinas y fueron presididas por el arzobispo de Toledo, por el marqués de Villena, por su hermano D. Pedro Girón, Gran Maestre de Calatrava, por el señor de Benavente y por el conde de Palencia.

El marqués de Villena, que no queria romper abiertamente con el rey, y que sobre todo deseaba conservar probabilidades favorables para entrar de nuevo en el poder, habia persuadido á sus impetuosos aliados que no se pusiesen en evidencia, y fomentasen por el pronto una sedicion popular para atemorizar al débil y caprichoso monarca D. Enrique IV.

Por eso, mientras bramaba la popular tormenta en la plaza del Alcázar, que se estiende en la meseta de una roca inmensa que domina á la ciudad de Toledo, los jefes aguardaban el resultado con profunda ansiedad en un retiro oculto al que de seguro ninguno de sus enemigos habria pensado en ir á buscarles. No disfrazados con hábitos de frailes, se hallaban arrodillados en la capilla del condestable D. Alvaro de Luna, que es una de las mas hermosas que hay

en la magnífica catedral de Toledo. Comenzaba á reinar en la nave de la iglesia densa oscuridad, y la vacilante y ténue claridad de una lámpara pequeña de plata no podia descubrir su presencia en aquel sitio, porque se habian colocado fuera del alcance de los rayos luminosos.

No hacian un gesto, no proferian una palabra, no lanzaban una mirada. Absortos en sus oraciones ó en sus meditaciones políticas, aguardaban el anuncio del triunfo ó la señal de la fuga, porque si era vencido el motin, debian montar á caballo en seguida, salir de la ciudad, reunir á los confederados y á sus respectivos vasallos, y empeñar desde luego la guerra civil.

De pronto resonó en el pavimento de la iglesia un paso precipitado. Los fingidos monges no pudieron menos de estremecerse; pero ni uno de ellos volvió la cabeza.

El recién llegado anduvo hasta tropezar con la verja de la capilla del condestable, y se apoyó en ella con la respiracion anhelosa. Dirigió una mirada de espanto en torno suyo, pero la gran catedral oscura y desierta parecia dormir pacíficamente bajo la custodia de sus santos y sus ángeles esculpidos.

—¡Todo se ha perdido, nobles señores! dijo entonces aquel hombre con voz temblorosa.

Los cinco conspiradores se levantaron.

—Cuando yo os decía, hermano mio, que el pueblo nos haría traición si no marchábamos á su frente con espada en mano, hizo observar D. Pedro Giron al marqués de Villena con acento de reconvención.

—¿Segun eso, los ballesteros de maza no han cumplido la palabra que me dió su jefe de que no se moverían? preguntó el arzobispo de Toledo. Vamos, referidnos con brevedad lo que ha ocurrido, ¡maese Diego?

El campanero respiró ruidosamente.

—Los maceros no han parecido, señor, el alcázar ha permanecido tranquilo y mudo; la infanta, en menos de diez minutos cayó en nuestro poder, pero don Beltran, solo y sin armas, ha logrado salvarla.

—¡Es imposible! dijo friamente el marqués de Villena, que procuraba contener su cólera. D. Beltran no es hechicero ó brujo. D. Beltran no es uno de esos guerreros terribles que hacen retroceder ejércitos enteros. D. Beltran habrá encontrado, entre el pueblo amotinado, cobardes ó traideres. ¿No es verdad, Diego?

El campanero se estremeció y contestó con voz alterada.

—Sí, el populacho ha sido cobarde, porque ha retrocedido ante el látigo del favorito; sí, ha habido un traidor, porque Peregil el curtidor, que parecía estar tan encarnizado contra D. Beltran, le vió caer

á sus pies, pero le levantó generosamente y le dejó entrar en el alcázar, porque la infanta lloraba y ese buen padre de familia no gusta de ver llorar á los niños.

— ¡Y esa gente de la plebe se mezcla en la política! murmuró el marqués encogiéndose de hombros. ¿Qué quereis, señores? el populacho no siempre aborrece á los reyes holgazanes y á los validos pródigos. He hecho mal en contar con aliados tan despreciables.

—Vamos, es preciso marchar, exclamó D. Pedro Giron, y hacer que suene el clarin de la Liga en las puertas de todas las ciudades, de todos los castillos y fortalezas de Castilla y de Leon.

—Aguardad, hermano, dijo Villena. Ante todo es preciso saber si nuestros nombres han sido pronunciados en esta sedicion frustrada; ó si D. Beltran no ha visto en ello mas que un tumulto casual, y no sospecha que nosotros hayamos atizado la hoguera. Habla Diego.

— ¡Ay Dios! nobles señores, repuso temblando el hombrecillo, ese malvado me ha conocido; ha estado á punto de ahogarme, y se ha atrevido á encargarme que dé al ilustrísimo señor arzobispo de Toledo un mensaje tan injurioso que nunca me atreveré á pronunciarle.

—Te mando que cumplas tu encargo, Diego, dijo el arzobispo sonriendo.

—Pues bien, Ilmo. señor, ese insensato me gritó delante de todos os advirtiése que, si no aprovechábais la lección, trataria al amo como habia tratado al criado!...

Un murmullo de indignacion se escapó de los lábios de los nobles confederados.

—¡Ya no hay que guardar consideracion alguna! dijo vivamente el marqués de Villena. Es preciso hacer que todos nuestros amigos tomen las armas y sublevar á Castilla entera contra ese advenedizo, á quien un orgullo pueril y vulgar ha hecho perder el juicio. ¡Ah, quien nos librará de ese afeminado mancebo y de esa reina criminal que entrega á la vez á su amante la honra y el cetro de su marido!

En el mismo instante llegó á oídos de los conspiradores un sollozo desgarrador, que parecia salir de uno de los confesonarios de la capilla del Condestable. Aquellos hombres tan valientes palidieron. Temian que el enemigo á quien tanto despreciaban les sorprendiese y venciese, aun antes de que hubiesen podido desenvainar la espada.

—¡Nos escuchaban! dijo Villena. ¿Acaso habrá llenado D. Beltran la catedral de espías suyos? Registremos la iglesia, señores; pero ante todo á las puertas, porque los que nos han oido no han de salir vivos de aquí!

—Es inútil, dijo en seguida una voz sonora, y de

un confesonario de la derecha vieron salir á una mujer de poca estatura, envuelta en su manto, y cuyas preciosas facciones alteraba á la sazón una emoción violenta. Sus cejas negras y arqueadas sombreaban á dos ojos chispeantes de cólera y de pasión; en sus mejillas pálidas se veían manchitas violadas, lo cual daba singular espresion á sus labios crispados y encarnados cual una granada en flor.

Al verla, el marqués de Villena retrocedió lleno de sorpresa.

— ¡Doña Mencía de Padilla! ¡Vos aquí, señora! exclamó; ¡vos, el aya de la infanta! ¡Por qué casualidad... Pero no, ya entiendo... la reina doña Juana desconfía del arzobispo de Toledo, y ha querido hacer vigilar sin ruido su vieja catedral, que podía llegar á ser una guarida de rebeldes, y como vos queis á la reina, señora, como habeis pensado que una mujer nada tenia que temer de estos sediciosos que son nobles y caballeros, habeis venido á espiar nuestros secretos y vais á venderlos juntamente con nuestra sangre! ¡Ah! ¡no es muy buen papel el que estais representando, señora! ¡Debiérais haberle dejado á las jitanas callejeras! ¿De esa suerte habíais de vengaros de las serenatas con que algunos de nuestros amigos os han obsequiado, y que vuestra virtud severa se obstinaba en considerar como un ultraje?

Doña Mencía permaneció impasible, pero sus pá-

lidas mejillas parecieron teñirse un momento con el carmin del rubor y la confusion.

—Os engañais, marqués de Villena, dijo friamente; no soy espia de la reina deña Juana.

—Respondo de la lealtad de doña Mencía, añadió D. Pedro Giron con caballeroso arrebató.

—¡Tiene razon D. Pedro! dijeron á su vez Benavente y Palencia, quienes habian figurado en el número de los amantes desdeñados de aquella belleza célebre.

Pero doña Mencía, inmóvil como una estatua, no les dió las gracias ni con una mirada ni con una sonrisa. Parecia hallarse harto dominada por una exaltacion muy superior á las sugestiones de la coqueteria y de la vanidad vulgares.

—¡Cuidado, compañeros! repuso el marqués de Villena; no se trata ahora de competir en cortesania ó galanteria como si asistiésemos todos á un sarao real en el alcázar. No son solo nuestras vidas y nuestros bienes los que están en juego aquí, y no podeis disponer ligeramente de la vida y la fortuna de todos los buenos castellanos, nobles ó plebeyos, que se han afiliado bajo juramento en la Liga. No podeis hacer que la suerte del reino dependa de la palabra de una mujer, por muy alto puesto en que la hayan colocado su belleza y su rigida virtud.

—¡La suerte del reino! repitió la jóven con tono

sardónico; decid mas bien la suerte de vuestros cargos y honores.

—Señora, no me insulteis, repuso el marqués ofendido; el hombre que se hubiese atrevido á espiarnos, estaria tendido ya al lado de los ilustres muertos que duermen con el sueño eterno en las bóvedas de la catedral. Respeto en vos á la mujer, pero á la espía se la debe poner en la imposibilidad de hacer daño, y esta misma noche quedareis encerrada en un convento.

—No lo cro asi, contestó doña Mencía con singular tranquilidad. Por el contrario, abrigo la firme creencia de que todos habeis de darme gracias porque os he escuchado. Dentro de un momento me dejareis salir de la catedral sola y libre.

El arzobispo de Toledo, sorprendido por aquella confianza inesplicable, le dijo:

—Sin embargo, hija mia, ¿no negais haber oido las palabras de estos señores?

—No, padre mio, pero la casualidad lo ha hecho todo, ¡os lo juro por mi salvacion eterna! exclamó doña Mencía con estraordinaaia exaltacion, y ya sabeis cuán incapaz soy de cometer un perjurio.

—¿Segun eso, doña Mencía, dijo el arzobispo insistiendo con severo acento, tomais á Dios por testigo de que sois inocente de toda traicion?

La jóven dirigió á sus jueces una mirada angus-

tiosa, y repuso con voz sorda:

—La desgraciada que comparece ante vosotros, padre mio, no merece compasion alguna. ¿Inocente de toda traicion?... ¡Oh! no: la traicion está en mi corazon y le devora.

Tan inesperada era para los conjurados esta respuesta singular, que tambien esta vez sospecharon se les tendia un lazo, desenvainaron sus dagas y dirigieron miradas inquietas á los oscuros ángulos de la catedral; pero todo permanecia silencioso, y su atencion volvió á fijarse muy luego en la jóven, cuyos ahogados sollozos no cesaban de escucharse.

—Tranquilizaos, señores, dijo por fin doña Mencía con una especie de altanería desdeñosa. Haré traicion, pero no á vosotros, aunque sois enemigos de todos aquellos á quienes amo en el mundo. Todos tendrán derecho para despreciarme escepto vosotros, porque yo podia perderos y voy á salvaros. ¡Oh! no creais que esa villanía me la inspira el deseo de rescatar mi vida y mi libertad. No, he venido aquí con la firme voluntad de llevar á cabo mi traicion. He venido á rezar y á pedir á Dios que me ceda su perdon, porque no le aguardo de los hombres. Pesada carga será ese crimen para mi alma, y no hay martirio que pueda servir de espiacion. Pero, ¿qué importa!...

El marqués de Villena comenzaba á pensar si el

terror habria estraviado la razon de la hermosa doña Mencía, ó si estaria representando alguna comedia páfida, y se apresuró á decirle con tono casi amenazador.

—Esplicaos, señora; el tiempo urge tenemos priesa de marcharnos, si no queremos esponernos á que nos sorprendan los soldados de D. Beltran.

—¿Hasta en ese extremo le temeis? preguntó la jóven sin dejar su irónico acento. Entonces, ¿por qué fingir que le despreciais y que le mirais como un adversario indigno, si su nombre os hace temblar, si su sombra os obliga á huir como el gamo ante el cazador?

—Señora, estais abusando de nuestra paciencia, replicó el marqués. Ya lo habeis oido, el pueblo de Toledo ha mordido su cadena en un momento de cólera, pero no ha tenido valor ni fuerza suficientes para romperla. Pues bien, nos marchamos de Toledo para volver al frente de un ejército.

—Haceis mal, valientes confederados, dijo doña Mencía con su dolorosa sonrisa. Es preciso quedaros y dar el golpe decisivo. Nunca lo ocasion fué tan propicia. En donde se estrella la fuerza, sabed emplear la astucia: D. Beltran de la Cueva,—y su voz tembló al pronunciar este nombre,—ha entrado en el alcázar y cree hallarse en completa seguridad. Hasta mañana no pensará en atacaros. Marchad en su busca.

Estas palabras, pronunciadas con voz agitada y casi convulsiva, parecía que se las dictaba un sentimiento involuntario y misterioso del corazón, cual las inspiradas profecías de una sibila.

El marqués de Villena no pudo menos de encogerse de hombros y decir:

—Hablais con la ligereza propia de vuestro sexo, doña Mencía. Las mujeres no ven los abismos: A estas horas está D. Beltran muy alerta y sobre sí. El alcázar, la ciudad y las torres estarán llenas de soldados. Hemos perdido ya sobrado tiempo escuchándoos. Venid compañeros.

Doña Mencía de Padilla se adelantó, y poniendo su mano blanca y diminuta en el brazo del marqués, le dijo:

—¿Tendreis, acaso, menos valor que una mujer? No parece sino que sois un enjambre de mariposas deslumbradas y aturdidas por el resplandor de una hacha de viento, mas bien que un grupo de nobles hidalgos reputados como los mas valientes del reino. No desconfieis de mí, señores. Me hallo en medio de vosotros, y mi vida os pertenece: es preciso penetrar esta misma noche en el alcázar y sorprender allí á vuestro enemigo.

Al oír los confederados tan audaz proposición, quedaron sobrecogidos de sorpresa.

—¡Sueños y quimeras! exclamó el marqués de Vi-

llena; las paredes del alcázar no han de hundirse al sonido de nuestra voz, como las de Jericó al de las trompetas.

—No es un sueño, repuso doña Mencía, porque se so os abrirán las puertas.

—¿Y por quién, hija mia? preguntó el arzobispo que no habia separado su vista del semblante turbado, pero audaz y altivo de la jóven.

—Por una mujer cuya traicion es tan odiosa como la de Judas, porque D. Beltran y la reina han puesto en ella toda su confianza. No pueden sospechar de ella só pena de desconfiar de sí propios, y si esa les hace traicion, en lo sucesivo debe uno sospechar hasta de su propia madre y de sus hijos.

—¡Vuestras palabras son singulares y oscuras, señora! dijo el marqués. Pero, en fin, ¿cuál es el nombre de esa mujer?

—No lo habeis adivinado? replicó oprimiendo sus manos crispadas con desesperacion. Doña Mencía de Padilla, el aya de la infanta, será quién os abrirá la puerta del alcázar.

Los confederados retrocedieron con un movimiento instintivo de horror ante aquella mujer tan admirablemente hermosa, como ante una serpiente hedionda que de improviso se hubiese lanzado hácia ellos.

—Doña Mencía repuso: —

—No podeis creerme, ¿es verdad? ¿me teneis aun en suficiente estima para temer mas bien os tienda un lazo? ¡Ah! ¡aun me desprecio mas yo misma de lo que vosotros podeis llegar á menospreciarme en en tiempo alguno!

—Os creo franca y sincera, hija mia, dijo el arzobispo; pero esplicadnos los motivos que os impulsan á abandonar el partido de la reina.

El semblante de la jóven se cubrió de rubor y corrieron dos lágrimas por sus mejillas.

—Es muy justo, padre mio, debo descubrir la llaga vergonzosa que me corroe el corazon, á fin de que depositeis vuestra confianza en la que va hacer traicion á la confianza de su dueña y señora. ¡Pues bien, corrientel voy á entregaros, D. Beltran de la Cueva... porque le amo!

Al oír esta revelacion inesperada, aumentóse aun considerablemente la sorpresa de los confederados. En efecto, la fama que tenia Doña Mencía de ser una virtud feróz se hallaba tan divulgada y acreditada en la córte, habia rechazado tantos homenajes y con tan altivo y marcado desden, su corazon de mármol parecia que habia de embotar tan cruelmente todas las flechas del amor, que en medio de aquella ligereza de costumbres habia llegado á ser una especie de vestal respetada y altanera. Al ver, por el semblante de sus nuevos aliados, que estos vacilaban, prosiguió con

una especie de arrebato febril.

—Haré que sorprendais al conde de Ledesma sentado á los piés de la reina Juana, porque esta es mi rival afortunada, porque su amor criminal, por decirlo así, es público, mientras que el mio ha tenido que permanecer oculto y vergonzoso como una falta ó como un crimen. ¿Sabeis que ese noble de ayer me halagaba con la esperanza de un casamiento, á mí, descendiente de una de las familias mas nobles de España; y que el villano no se ha atrevido á cumplir su promesa por temor de desagradar á la reina? ¿Creéis ahora en mi palabra? ¿me juzgais digna de ser aliada vuestra? He fingido indiferencia, y he ahogado mis penas lo mejor posible. ¿Qué decís de esto, D. Pedro Girón, vos cuyo leal amor he rechazado? D. Beltran, no obstante sus palabras lisonjeras y halagüeñas, me ha dejado adivinar que mi presencia le causaba inquietud. Un amor cándido, sincero, apasionado, que estorba á su ambicion, le molesta cual un remordimiento. ¿Comprendeis eso, conde de Palencia? Por último, he amenazado á D. Beltran con descubrir la verdad, con decirlo todo á la reina, con obligarle á escoger entre ella y yo. Entonces ha tenido miedo, se ha echado á mis plantas, se ha enternecido, me ha suplicado que cediese por mí misma, diciendo que quedaria perdida, arruinada, deshonrada, ¡qué se yo! Y como me he mostrado inflexible,

me ha amenazado brutalmente, á mí, que soy su esposa ante Dios, con ser desterrada y perder el favor de la reina. Asi pues, ¡que caiga él! ¡porque está ya colmada la medida del dolor y el sufrimiento, y el cielo mismo le ha juzgado!

—Venid, pues, señora, dijo el marqués de Villena inclinándose ante ella. Todos ponemos nuestras vidas y nuestra libertad en vuestras manos. Por lo demás, haceis mal en humillaros ante nuestros aliados. Esa accion audaz que vais á ejecutar en favor de la Liga, y que vos llamais traicion, nosotros la designamos con su verdadero nombre: ¡Venganza! Ahora bien, entre nobles castellanos, la venganza no es una passion vil y vergonzosa. Sois libre, doña Mencía, podeis salir cuando mejor os plazca. Dentro de una hora llamaremos á la puerta del alcázar con el pomo de nuestras espadas.

La jóven se envolvió en su manto, y despues de besar la mano del arzobispo, se alejó con paso vacilante.

me ha amenazado brutalmente a mi, que soy su es-
 pose ante Dios, con ser desterrada y perder el favor
 de la reina. Así pues, para evitar esto, porque está ya
 colmada la medida del dolor y el sufrimiento, y el
 cielo mismo le ha largado la vida, como se ve en
 — Venid, señores, dijo el marqués de Villena,
 inclinándose ante ella. Todos os tenemos vuestras vidas
 y nuestra libertad en vuestras manos. Por lo demás,

III.

hacéis mal en humillaros ante nuestros aliados. Es
 acción audaz que viene ejemplar en favor de la ligar
 y que vos llamáis traición; nosotros ya designamos
 con su verdadero nombre: ¡Venganzas! Ahora bien,
 entre nobles castellanos, la venganza no es una pa-
 sión vil y vergonzosa. Sois libre, doña Mencía, po-
 deis salir cuando queráis a plaza. Tanto de una

Al extremo del gran arrabal de Toledo había un
 barrio estraviado, en el que para utilizar un ramal de
 las aguas del Tajo, se habían reunido los curtidores
 de la ciudad. Aquel sitio concluyó por obtener el
 bautismo de un nombre muy legítimo, el de *Rivera
 de Curtidores*. Las murallas que cerraban aquella ca-
 lle angosta y larga, y que eran de la misma época
 que el recinto morisco lleno de saeteras y torrecillas,
 estaban salpicadas de clavos en los cuales tendían
 las pieles adobadas. Su arroyo, que desdeñaban las
 lavanderas de las inmediaciones, arrastraban durante
 el día una corteza y basura de olor repugnante, que

enturbiaba su corriente naturalmente amarillenta, y daba un color oscuro. El aire que allí se respiraba estaba saturado de ese olor ácre y nauseabundo que se exhalaba de los cueros que están adobándose. Todo, en fin, inspiraba un sentimiento de disgusto y repugnancia al forastero que estraviaba en aquella calle, y solo un curtidor acostumbrado á aquellos miasmas y á aquel aspecto odioso, habria querido vivir allí.

Sin embargo, á la misma hora en que Diego Melampo anunciaba á los jefes de la Liga el mal éxito del motin, un caballero vestido de negro, embozado en una gran capa oscura, y con el ancho sombrero de fieltro calado hasta los ojos, se aventuró en la angosta calle de la Rivera de Curtidores, y despues de dirigir detrás de sí algunas miradas furtivas, fué á llamar misteriosamente á una ventana situada á cinco piés del suelo.

Al que así llamaba, sin duda alguna le aguardaban, porque en seguida dos manos diminutas y torneadas abrieron la ventana, y una cabeza deliciosa de mujer apareció entre las flores que crecian en el antepecho de la ventana, en sus tiestos de barro, algo deteriorados por el uso y el tiempo.

Una cabellera abundante, de color castaño claro, sencillamente arrollada dentro de una redecilla de seda de color de rosa, coronaba su frente, angosta

como la de las antiguas diosas, pero blanca y tersa como el marfil recién labrado; su rostro, de un óvalo perfecto, tenía esa blancura fresca y brillante que por lo general suele ser privilegio exclusivo de las rubias; su boca diminuta y bonita, al sonreír mostraba una doble hilera de nacaradas perlas que se ocultaban traviesas y juguetonas tras dos labios rosados y frescos como las cerezas; largas pestañas negras velaban sus pupilas, mas negras aun, y sus manos eran tan blancas, suaves y delicadas, que nadie se habria atrevido á tocarlas sino con los lábios.

En fin, al ver su hermosura tan armoniosa, y sin embargo tan sencilla bajo su basquiña de tafetan azul, cualquiera la hubiera tomado por una de aquellas jóvenes fenicias, cuyo tipo tan puro se ha transmitido en España de siglo en siglo, hasta nuestros dias, en algunas provincias remotas.

El nocturno paseante, como hombre conocedor del terreno, trepó por la pared, valiéndose de algunos clavos grandes y de las hendiduras de las piedras; luego, brincando por encima de las flores, saltó ligeramente al interior del cuarto.

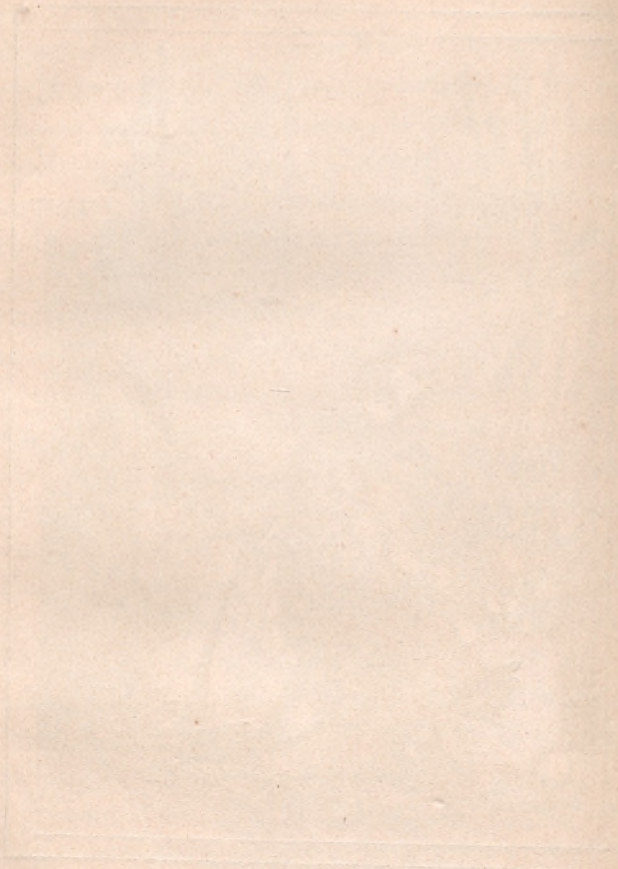
La joven se arrojó gozosa á su cuello, ciñéndole con ambos brazos, y poniéndose de puntillas le besó en la frente.

—Buenas noches, dulce Inés mia, dijo el caballero entre dos sonoros besos.

LA HIJA DEL CURTIDOR.



Inés le dirigió á su vez una sonrisa de inefable cariño, arrodillándose junto á él.



—Malvado! que ayer me hicisteis aguardar y no vinisteis, dijo la jóven haciendo un gesticillo hechicero.

—Anda, no me acuses, dijo el caballero estrechándola sobre su corazon.

—Puede que sea preciso daros gracias, ¿verdad?

—¡Local pues si no he cesado de ocuparme de tí y de pensar en tu felicidad venidera.

—Con perjuicio de la felicidad presente, Enrique.

—Hace algunos dias que te estoy disponiendo una sorpresa, cuyos preparativos se han concluido ya, por fin; y desde esta noche quiero participarte el secreto, dijo el caballero contemplándola con una sonrisa llena de júbilo y cariño.

—Ignoro si os habeis ocupado de mí, repuso Inés, conservando esa espresion de gracioso mohin que velaba su rostro como la leve neblina de la primavera, que toma el dorado color de los rayos del sol sin poder ocultarlos por completo; lo que sé es que no os cuidais lo mas mínimo de nuestro Enriquito. ¡Dejar de verla durante dos dias enteros, y no haber preguntado todavía por él.

—Leo en tus ojos que está muy bueno, y por tu voz adivino que duerme en este momento.

—Y habeis adivinado la verdad; pero no importa, es preciso que vengais á besarle ahora mismo.

Cogiendo entonces al caballero de la mano, abrió una puerta pequeña y le condujo á una habitacion inmediata que recibia la luz por una sola ventana que daba al jardin.

Aquel cuarto formaba un contraste singular con el resto de la casa, pues estaba adornado con sumo gusto.

En una jaula de ébano y de cobre gorgeaban varios jilgueros de brillantes colores. Enfrente, una Virgen de rostro risueño y divino, se ostentaba en un nicho abierto en el grueso de la pared. El interior del nicho estaba pintado de color azul celeste, sembrado de estrellas de oro.

En medio del cuarto se veia una mesa pequeña cubierta con un mantel fino y blanco, sobre el cual habian desparramado, en un desórden gracioso y voluntario, cestillos llenos de naranjas, granadas y uvas, panales de azúcar, un frasco de vino de Alicante, y algunas frutas confitadas, todo ello mezclado con flores cuyo perfume habia de neutralizar las violentas emanaciones de la teneria.

En el fondo, una cama de madera tallada, casi cubierta por una gran cortina de damasco encarnado, ocultaba misteriosamente una cunita de niño rodeada de una colgadura de gasa.

Mientras el caballero colgaba de un clavo fijo en la pared su capa y su espada, Inés fué á correr sua-

vemente la cortinilla destinada á cubrir la Virgen, y despues de haber cumplido este deber piadoso, corrió á la cuna, levantó la colgadura y contempló al niño con amoroso éxtasis.

—Con su carita de ángel y su boquita entreabierta, dijo Inés, ¿no os parece que está hermoso, aun así, dormido?

—Es verdad, repuso el hidalgo, y creo que esa hermosa criatura quiere probarnos una vez mas la verdad de lo que suele decirse: «Los niños están preciosos cuando duermen».

—Vamos, querido Enrique, murmuró Inés, besad á vuestro hijo; y sobre todo, guardaos de despertarle.

—Enrique aplicó suavemente sus labios á los cabellos del niño, y la jóven, á su vez, le besó en el mismo sitio con la mayor dulzura; luego, volviendo á cubrir la cuna, acercó á la mesa dos rimeros de cogines.

—Ahora, amigo mio, dijo sentándose, venid á honrar el refresco que he preparado para vos.

—Con mucho gusto, amada mia, pues mis viajes á la Ribera de Curtidores escitan en mí un apetito de que carezco en la córte.

—Espero, señor, repuso Inés mostrando con aire de triunfo su frugal banquete, que os considerareis servido como un rey.

—El rey, replicó Enrique sonriendo, de seguro no tiene en su mesa frutas mas hermosas, ni flores mas perfumadas, ni sobre todo, un rostro mas bello á su lado, porque eres un ángel de hermosura. Además no hay que temer aquí, como en el alcázar, el peligro de comer alimentos envenenados, ó de oír á la rebelion aullar bajo las ventanas. Solo una cosa me desespera, Inés amada, y es verte vivir en medio de esta cloaca cual una perla estraviada, cual una flor de otra comarca que hubiera traído el viento y á la que la casualidad hubiese hecho crecer aquí.

—¿Cómo! ¿no os gusta esta estancia? preguntó Inés ingénuamente.

—Es indigna de tí, alma mia. Por eso te he hecho preparar una habitacion que está mas en armonía con la nueva posicion que vas á ocupar.

—Inés se estremeció y dirigió al hidalgo una mirada en que se confundian una sorpresa cándida con una especie de terror.

—¿Quereis que me separe de mi padre? dijo por fin con doloroso acento: ¿qué salga de este dulce retiro preparado de intento para mí en el extremo de nuestro jardincillo, en donde, lejos del ruido y del tumulto, hace ya dos años que vivo tan feliz y tan libre, tan feliz, sobre todo, con vuestro amor? ¡Oh, amado mio, no me pidais tal cosa!

Enrique movió la cabeza, y se frunció levemente

su entrecejo.

—¡Libre! no lo estás, Inés. ¿No puede entrar aquí tu padre á todas horas?

—Viene raras veces, y nunca ha penetrado en esta estancia, porque la respeta como un santuario.

—Además, prosiguió el caballero, según me has dicho, Peregil quiere casarte con tu primo Tello. Si permanecéis en esta casita, en la que solo puedo penetrar escalando la ventana, ¿cómo habrás de librar-te de esa boda?

Inés bajó tímidamente sus hermosos ojos, de los cuales se desprendieron algunas lágrimas, y murmu-ró con voz apagada:

—Pues bien, si es necesario, confesaré mi falta á Tello, y así no querrá tomarme ya por esposa.

—Tello, que te ama, no te perdonará que le ha-yas desdeñado, y se lo contará todo á tu padre.

—No, tranquilizaos, amado mio, esos no son sino vanos temores. Mi santísima Virgen, que hasta ahora nos ha protegido, no nos abandonará.

—Enrique movió la cabeza con aire de duda, co-mo pudiera haberlo hecho un morisco ó un mal cris-tiano.

—En el momento en que llena de desesperacion acusaba aun al mismo cielo, prosiguió la jóven, cuan-do comprendí que iba á ser madre y que el nacimien-to de ese hijo adorado iba á costarme la honra, ¿no

escuchó mis quejas? ¿no fué entonces cuando mi padre marchó á Vizcaya á comprar pieles? Y merced á su ausencia, que se prolongó con tanta fortuna para mí, escepto mi vieja nodriza, que me quiere como á una hija, nadie sospecha aquí la existencia de nuestro Enriquito.

La frente del hidalgo permaneció seria y severa. — Pero supón, por un momento, que la casualidad haga que tu padre lo descubra todó algun dia, Inés, en un momento de desesperacion y de cólera puede matar á nuestro hijo.

La jóven lanzó á la cuna una mirada llena de angustia y de cariñoso valor á la vez, y exclamó:

— ¡Oh! ¡antes de matar al niño seria preciso que diese la muerte á la madre!

— Y yo perderia cuanto amo en este mundo.

— ¡Bondad divina! no pensemos en esas cosas terribles, que acaso sea ofender á Dios. Sin embargo, prosiguió la jóven meditabunda, si sucediese esa desgracia, si muriese yo así... iriais á llorar y á orar sobre mi sepulcro, ¿no es verdad, Enrique mio?

— Vámonos, Inés, dijo el hidalgo, destierra esos pensamientos tristes. La desgracia que puede evitarse es como sino existiese. Puesto que todo está preparado para recibirte, partamos esta misma noche. Rehusármelo, equivale á probarme que no me amas.

La jóven fijó en el caballero sus ojos llenos de

lágrimas, y cogiéndole una mano que estrechó apasionadamente entre las suyas, murmuró con voz ahogada.

—¿Dudareis acaso de mi amor? no, en el fondo del corazón sabéis muy bien que os amo. Os amo, sí, porque sois noble y bueno, porque sois valiente. Recuerdo con frecuencia el día en que os ví por vez primera, en que aparecísteis ante mi vista cual un ángel salvador; pronto va á hacer un año, y aun me parece que fué ayer. Una de mis flores habia caído de la ventana abajo, y era justamente de esas flores azules que tanto quiero. Estaba yo cogiéndola, cuando apareció en la angosta calle un toro furioso que corria con extraordinaria rapidez. Estaba próximo á alcanzarme, y sus ojos inyectados, fijos en mí cual los relámpagos rojizos, me paralizaban; un caballero, que por acaso pasaba por la sucia y tortuosa calle de los Curtidores, le salió al encuentro y le cerró resueltamente el paso. Aquel caballero erais vos. Asistia yo, muda de terror é inmóvil á aquella lucha espantosa que me parecia hallarse envuelta en una nube como un sueño. Aun me parece estaros viendo herirle con el filo de vuestra espada, en el momento en que su asta rozaba vuestro semblante cual la punta de una daga, y el animal, cegado por la sangre, retrocedia ante vos paso á paso, pues no podia volverse para huir, por lo angosto que era el camino.

—Y de esa suerte, exclamó Enrique conmovido por aquel recuerdo, solo te habré salvado para perderte.

—El peligro que me revelais me asusta; el medio de salvacion que me ofreceis me aterra. ¡Huir de la casa de mi padre! ¡publicar una falta oculta!

—Entonces, Inés, tú eres quien dudas de mi amor.

—No, que tengo completa confianza en vovos, dijo la jóven, mirándole con una espresion de cariño sereno y profundo; estoy segura de vuestro corazon. ¿Me ha ocurrido acaso en tiempo alguno la idea de dirigiros la mas leve pregunta sobre las cosas que se os ha antojado callarme y ocultarme? Y sin embargo cuanto os rodea y concierne es un misterio para mí. Ni sé vuestro apellido ni el rango que ocupais en la córte. Sé que os llamais Enrique y que os amo: nada mas.

—Si guardo ese secreto tan absoluto, Inés mia, es porque constituye toda la alegría de nuestro amor. De ese modo tengo al menos la seguridad de que no me amas por mis títulos, ni por mis riquezas. Tengo el derecho de ser pobre y oscuro, puesto que me amas por mí solo.

—Y teneis razon, Enrique. Habiendo nacido yo entre hombres groseros y violentos, me complazco en oir palabras dulces y tiernas; siendo débil, admi-

ro hasta con exaltacion el valor que tienen los de-
raás. Por eso mi ccrazon se ha entregado á vos, que
ois valiente y dulce á la vez; pero aun cuando hu-
biéseis sido el mismo rey de Castilla, con la debili-
dad y la cobarde indolencia de ese príncipe, nunca
os hubiera amado.

El hidalgo frunció el entrecejo, y una nube som-
bría pasó por su frente.

— Inés, respondió con voz alterada, nunca habéis
en esos términos del rey. Si alguna vez es débil es
por esceso de bondad; si es indolente, no es por co-
bardía, sino porque tiene el sentimiento de su fuerza.
Tambien el leon descansa echado indolentemente en
la arena abrasadora del desierto.

— ¡Ah, con qué tono tan severo me hablais, que-
rido Enrique! dijo la jóven sorprendida.

— Por otra parte, prosiguió el caballero, sin hacer
caso de aquella observacion, el rey es bastante des-
graciado en sus afecciones y en su familia para tener
derecho á alguna compasion. Compadecedle con fre-
cuencia, Inés, y nunca le ataqueis.

Turba en extremo la hija del curtidor por las re-
convenciones de su amante, y sin poder esplicar las
causas de aquel lenguaje, procuró variar el giro de la
conversacion.

— Creo, Enrique, repuso, esforzándose para son-
reír, que sin sospecharlo acabais de rasgar una pun-

ta del velo que cubre vuestra existencia misteriosa.

—¿Qué quieres decir? exclamó el caballero precipitadamente.

—Que teneis sobrado cariño al rey para no estar á su servicio. Sí; de seguro debéis formar parte de su servidumbre. Confesad la verdad: ¿no soy algo hechicera en este momento, aun cuando no sea mi piel tan bronceada como la de las jitanas que suelen ejercer ese oficio?

—No, Inés, contestó el hidalgo, no estoy al servicio del rey ni de nadie. Me equivoco, repuso, besando á la jóven en la frente, tengo áueña, pero no tengo dueño.

—He hecho que os enfadeis conmigo por haber hablado antes tan libremente, ¿verdad? preguntó con cándida curiosidad.

—¿Y en qué has conocido esa cólera tan terrible, hija mia? dijo Enrique alegremente.

—En esa cicatriz que os quedó ahí, encima de la ceja, de resulta de vuestra lucha con el toro, replicó Inés. Como sabeis que á nosotras las mujeres nada se nos escapa cuando se trata del hombre á quien amamos, he observado (no os riais) que no podéis experimentar el mas leve pesar, la menor contrariedad, sin que esa cicatriz se contraiga y se torne muy encarnada.

—Véase cómo le hacen á uno traicion las cicatri-

ces, dijo el caballero riendo. Pues bien, sí, ¡amo al rey! ¿Qué quieres? Es preciso dispensármelo: bastantes gentes hay que no le quieren.

—¡Oh! sí, dijo Inés cándidamente.

—Y creo que si le conocieses le amarias como á mí.

—¡Oh! en cuanto á eso, permitid que lo niegue rotundamente.

El hidalgo la atrajo con dulzura mas cerca de sí.

—Escucha, Inés, le dijo: ¿quieres que esta cicatriz cuya pérvida susceptibilidad has observado tan ingeniosamente, no vuelva á contraerse? ¿quieres que en lo sucesivo no llegue yo á sentir pesar ni dolor? Ven á vivir conmigo en el paraíso que he creado para tí. Allí, al menos, nunca oirás ultrajar á las personas á quienes quiero.

—Pero, y mi pobre padre, que siempre ha sido tan bueno para mí, Enrique, ¿puedo yo abandonarle?

—¿Prefieres que me lleve á ese niño, á quien ya no puedes ocultar aquí por mas tiempo?

—¿Vivir yo lejos de él, de ese querubin, cuya respiración escucho por la noche llena de inquietud, cuyos lindos ojos contemplo estasiada durante el dia; que me sonrie; que me tiende sus bracitos, cuyos rosados labios comienzan á balbucear palabras que llenan mi corazón de alegría? ¿Lejos de ese ángel, que se parece ya á nosotros? ¡Oh, eso seria la muerte,

amigo mio; bien lo coñoceis!

—Sí, te morirías de pesar, ¿no es verdad? repuso el hidalgo con un tono imperioso que no le era habitual, mientras que su rostro se revestía de una expresión de voluntad soberana. No haré como los guerreros de esos pueblos salvages que cortan el árbol para alcanzar la fruta: arrebataré á la madre y al hijo. ¡Es preciso, Inés, yo lo quiero!

La magestad que se reflejaba en aquel momento en los grandes ojos pardos y en el semblante pálido del caballero, produjo una extraordinaria impresión en la jóven, acostumbrada á verle sumiso y apasionado al lado de ella. Conoció que aquella voz tenia hábitos de mando, y acaso iba á ceder su resistencia, porque se hallaba moralmente vencida, cuando de improviso lanzó un grito y se levantó llena de terror.

Acababa de oír un paso pesado en la habitación inmediata.

Era su padre, Peregil el cortador, quien, por una casualidad inaudita, entraba allí en compañía de su sobrino Tello.

Inés les salió presurosa al encuentro y cerró la puerta en pos de sí, quedando pálida é inmóvil delante de aquellos dos hombres.

—Buenas noches, Inés, dijo el cortador abrazando á su hija.

Buenas noches, prima; dijo Tello saludando con encogimiento.

—Sed bien venidos, padre mio, y tú primo; pero, perdonadme, dijo con voz temblorosa, me hallaba tan lejos de aguardaros, que al oír abrir la puerta me he asustado mucho.

—Este imbécil de Tello, repuso el curtidor mirando á su sobrino de reojo, cree que se puede entrar en el cuarto de una muchacha como un asno en un molino.

—¡Ah! teneis razon, tío, dijo Tello; es uno tan tonto cuando está enamorado.

—Segun eso, has estado enamorado toda tu vida, hijo mio, replicó alegremente el curtidor dando un golpe en el hombro del jóven con su mano ancha y robusta.

—No digais esas cosas delante de mi prima, balbuceó Tello poniéndose encarnado como la grana; pueden perjudicarme mucho en su ánimo.

—¡Déjate de tonterías! repuso Peregil. Debo decirte, querida Inés, que llegamos en este momento de la plaza del alcázar, en donde el pueblo se habia reunido por instigacion de los nobles afiliados en la Liga, para alborotar un poco cuando pasasen la reina doña Juana y la infanta. Hemos estado próximos á andar á pedradas y á cuchilladas, y no he querido recogerme sin venir antes á tranquilizarte.

—Gracias por vuestra intencion, padre mio, dijo Inés, quien apenas habia escuchado esta esplicacion, y tendiendo la mano al curtidor, dió un paso hácia él, como para despedirle.

Aquel Peregil tan terrible era esclavo de su hija, y esclavo de corazon, pues le profesaba un cariño que rayaba en adoracion. Temia para ella el ruido, las emociones, el cansancio, y hubiera echado á perder aquel carácter hermoso á no ser porque el buen juicio de Inés le libró de tal peligro. Asi pues, comprendió fácilmente que su hija deseaba estar sola é iba ya á retirarse, cuando Tello le dió un codazo muy significativo.

—¡Ah! es verdad, dijo el curtidor; olvidaba que hemos venido tambien con otro objeto!

—¿Qué mas teneis que decirme, padre mio? preguntó la jóven visiblemente turbada.

—Hija querida, contestó Peregil, en la época azarosa en que vivimos, época de revueltas y de guerra civil, nadie sabe quién vive ni quien muere. Ahora bien, como una desgracia sucede con la mayor facilidad, cuando menos se piensa; y tú no tienes en el mundo mas protector ni mas apoyo que yo; he resuelto apresurar tu boda con el buen Tello aquí presente.

—¡Mi boda! repitió la jóven dirigiendo á su padre una mirada desesperada.

—Antes de quince dias quedará todo hecho, añá-

dió el curtidor, sin reparar siquiera en la emoción de su hija.

Tello estaba embriagado de gozo.

—¡Ay, Dios! padre mio, murmuró dolorosamente Inés, cuando entrásteis estaba pensando en que acaso me veria precisada á abandonar muy pronto esta casa en que he sido tan feliz, separarme de vos á quien tanto amo y venero, y solo con esa idea lloraba á pesar mio.

—¡Eh! ¡por el santo de mi nombre! replicó Peregil, tampoco tu madre queria casarse, lo cual no impidió que mas tarde amase á su marido como esposa buena y cristiana...

—Pero si yo no quiero á mi primo sino como á un hermano, exclamó Inés interrumpiéndole.

—Ya es un principio, dijo Tello, con aire grave; lo demas vendrá despues, prima mia, ó habeis de ser muy difícil de contentar.

—Ya hablaremos de todo eso mañana, dijo el curtidor. Vamos, Tello, con mi permiso, besa fraternalmente á tu novia y marchémonos.

—¡Allá voy, prima! dijo el mozo pasándose dos ó tres veces la manga del jubon por los labios, con grotesco apresuramiento.

Inés vaciló un momento, sin embargo, creyendo que no compraba hartó cara su marcha á aquel precio acercó su mejilla á Tello, quien estampó un sono-

ró beso en su tez fina y suave.

El ruido de aquel beso produjo un eco singular: oyóse en la inmediata estancia un estrépito parecido al que produce un mueble al caer.

Los dos hombres se miraron sorprendidos.

—¿Qué ruido es ese? preguntó el curtidor.

—Es la ventana de mi cuarto, repuso vivamente Inés; la he dejado abierta y sin duda el viento la hace golpear.

—No os incomodeis, dijo Tello adelantado hácia la puerta, voy á cerrarla.

—¡No, no! exclamó la jóven dando un salto y colocándose delante de la puerta con el cuerpo vencido hácia adelante y los brazos estendidos detrás de sí, no quiero que entre en mi cuarto.

Tello se detuvo estupefacto.

—¿Y por qué, prima? murmuró.

—¡Ah! crees que es fácil de manejar como una oveja, dijo Peregil riendo á carcajadas; éramos los años hace poco en la plaza del Alcázar; pero aquí no sucede lo mismo.

—¡No importa! dijo Tello, mirando tiernamente á Inés; me gusta mas estar aquí que en la plaza.

—Ya lo creo, tanto mas; cuanto que nuestros amigos comenzaban á enardecerse furiosamente.

—Gracias á vos, tio, no se ha librado de mala don Beltran de la Cueva. Pero, ¿querreis creer que cuan-

do llegó creí que era con el rey D. Enrique con quien íbamos á habérmolas?

—No hay la mas mínima semejanza entre ellos, muchacho, repuso Peregil.

—Ya lo sé, pero desde lejos...

—Ni aun de lejos, Tello. En primer lugar, D. Beltran, que es un fátuo orgulloso, galanteador y pródigo, nunca sale sin ir cubierto de bordados, de joyeles y de vistosas cintas; el buen D. Enrique, por el contrario, no anda por la ciudad sino vestido de negro.

—¡Singular coincidencia! dijo Inés para sí; los dos llevan el nombre de Enrique, y ambos van vestidos de negro.

A pesar de su turbacion, prestaba atento oído á las palabras de los dos hombres.

—Y luego, añadió el curtidor, el rey tiene cierta señal por la que le conoceria yo entre mil.

Inés se estremeció, se acercó á su padre y le preguntó con la ansiedad mas violenta:

—¿Qué señal es esa?

—Una cicatriz encima de la ceja izquierda, contestó tranquilamente el curtidor.

—¡El es! murmuró Inés cerrando los ojos, porque una especie de vértigo deslumbrador pasaba por su cerebro, y alargó la mano, como para buscar un apoyo en torno suyo.

—¡Eso es! dijo Tello; una cicatriz en la frente. Yo

que os estoy hablando, le conozco mucho y muy de cerca. En otro tiempo tuve ocasion de conocerle personalmente.

—¡Tú! dijo el curtidor con aire de incredulidad.

—Sí, yo. Una noche en que volvía de caza, su caballo estuvo en poco que me atropellase.

—¡Vive Dios que son buenas tus relaciones con el rey! dijo Peregil encogiéndose de hombros.

—Aun no es eso todo; se dignó dirigirme la palabra. «¡Echate atrás, imbécil!» me dijo con voz afable; y como yo no me movía, por lo aturrido que estaba al oír que un rey me hablaba para proteger mi existencia, por la cual sin duda se interesaba mucho, se dignó alargarme por sí mismo un puntapié á las costillas que me echó á rodar á diez pasos de su caballo.

—¡Gracias por el favor! dijo Peregil haciendo una mueca.

—Tened en cuenta que por parte de un rey siempre es una atencion delicada.

—Eres muy dueño de tenerla en mucha estima, muchacho. En cuanto á mí le aborrezco, y eso que nunca me ha hecho daño alguno.

—¿Acaso teneis envidia de mis relaciones con él?

—¡Pedazo de alcornoque! dijo el curtidor. No, le aborrezco instintivamente, como el perro ó dia al lobo.

—Hé ahí la diferencia, dijo Tello; yo á quien abor-

rezco es á D. Beltrán de la Cueva, porque es terror de los amantes y desesperacion de los maridos, porque el intrigante abusa de su carita de mujer para hacerse amar de todas las mujeres, como si no le bastase ser favorito de la reina.

—¡Desgraciado! exclamó Inés pálida de terror, no pronuncies palabras tan peligrosas.

—Lo que está diciendo, repuso Peregil, no es ya un secreto en Castilla. Doña Juana es una bastarda, todos lo saben.

—Padre mio, prosiguió la jóven juntando las manos en ademán suplicante y bajando la voz, ¡callaos, en nombre del cielo! que pudieran oiros...

—Pero, si es cosa reconocida y probada, dijo Tello con énfasis; tengo derecho para repetirlo, y nadie me impedirá que lo diga públicamente en todas partes.

De pronto se abrió la puerta ruidosamente, y Enrique se lanzó en medio de nuestros personajes.

Cayendo primero sobre Tello, que estaba á su derecha; le asestó en la cabeza tan rudo golpe con el pomo de su espada, que el mancebo cayó desplomado lanzando un rugido sordo.

Arrojándose en seguida sobre el curtidor, que sorprendido por tan rudo ataque aun no habia tenido tiempo para ponerse en estado de defensa, le arrolló su capa en torno de la cabeza, y le derribó entre dos escaños; luego saltó al antepecho de la ventana

por donde habia entrado, y deteniéndose allí un momento de pié, dijo, tendiendo los brazos hácia la jóven:

—¡Inés, toma tu niño y ven!

Inés dió un paso hácia el cuarto en que estaba la cuna de su hijo, pero el cuerpo de su padre, tendido delante de la puerta, le cerraba la entrada.

Mirando entonces al rey, que no era otro sino el misterioso caballero, le dijo con acento de profunda desesperacion:

—¿Señor, ya veis que no puedo seguiros!

Acaso iba el rey á volver atrás para tomar al niño y llevársele en sus brazos, cuando Tello, que solo estaba aturdido, se levantó y corrió, aunque tambaleándose, á auxiliar al curtidor.

El rey, al ver esto, dijo en voz baja:

—¡Animo, Inés mia, Enrique vela por tí!

Y desapareció.

Tello cogió su palo y se lanzó en persecucion del fugitivo.

Cuando el curtidor logró ponerse de pié, se pasó la mano por la frente bañada en sudor, y llevando en la mano la capa que habia cogido del suelo, se acercó á su hija sin pronunciar una palabra.

Su mirada irritada buscaba en vano la de Inés. La pobre niña, poseida de terror, se habia dejado caer de rodillas..... y aguardaba.

—¿De quién es esta capa? preguntó el curtidor con rudeza, rompiendo por fin aquel silencio lúgubre.

Inés no contestó.

—¿Dónde está ese hombre?

—¡Se ha marchado! murmuró la jóven con voz casi ininteligible.

—¿Por dónde se ha escapado?

—Inés, sin levantar la cabeza, señaló con la mano la ventana.

—¡Voy á ver si es cierto! dijo Peregil, encaminándose al cuarto de su hija.

Esta, arrastrándose de rodillas, se agarró á su padre y prorrumpió en sollozos desgarradores.

El curtidor se detuvo.

—¿Segun eso, mentias, dijo? ¿El hombre está todavía ahí en tu cuarto?

—No, padre mio, ¡os lo juro!

—Mientes; si no estuviese ahí, me dejarias entrar.

Y apartándola con violencia, penetró en la estancia inmediata. Inés se precipitó en seguimiento suyo, y apenas hubo traspuesto los umbrales de aquel cuarto, sintió que se transformaba todo su ser. Su sangre, que habia refluído al corazon bajo la influencia de aquellas emociones terribles, comenzó á circular de nuevo por sus venas cual un torrente de fuego; su

mirada, antes tímida y opaca, brilló entonces con extraño fulgor; la voz, ahogada en su garganta, se tornó vibrante, y se sorprendió al ver la fuerza sobrenatural de que parecían hallarse dotados todos sus miembros. Ya no era la jóven sumisa y arrepentida que se arrodillaba á los piés de su padre implorando gracia y perdon, sino la leona, á quien querian arrebatár su cachorro, la madre que veía al peligro acercarse á la cuna de su hijo, y se disponía á defenderle.

El primer cuidado del curtidor fué descorrer las cortinas, registrar los rincones y mirar debajo de la mesa.

Inés le seguía con la vista, inmóvil y silenciosa; pero cuando su padre, cansado de buscar en valde, se adelantó hácia la cama y quiso levantar la cortina, la jóven lanzó un grito terrible, y saltando con la agilidad de una pantera herida, se inclinó sobre la cuna, sacó de ella á su hijo dormido, y ocultándole por decirlo así, en su pecho, fué á acurrucarse á los piés de la Virgen, como para guarecerse al amparo de la divina imagen.

El curtidor, al ver á aquel niño cuya existencia no había sospechado siquiera, retrocedió estupefacto. Luego se hincharon las abultadas venas de su frente, sus ojos se inyectaron de sangre, una convulsion terrible hizo temblar todos sus miembros, y con una frialdad fingida y voz sorda, preguntó á su hija.

—¿De quién es ese niño, Inés?

—¡Es mio! respondió la jóven valerosamente, oprimiendo á su hijo contra su pecho cual si hubiese querido encerrarle en él y ocultarle á todas las miradas. El primer impulso de Peregil fué arrojarle sobre Inés y arrancarle su hijo de los brazos; pero el pobre niño, que habia despertado, le sonreía cándidamente, y la culpable jóven fijaba en su padre una mirada audaz y llena de fuego, como si la maternidad hubiese cubierto en aquel momento su falta con un velo sagrado.

Peregil retrocedió.

—¡Ah! ¡desgraciada! murmuró ocultando su rostro entre las manos, y comenzó á llorar y sollozar como un niño; pero dominando muy luego su dolor, adoptó una resolución suprema y alzó la cabeza.

—Inés, dijo con una magestad glacial que nadie habria esperado hallar en aquel carácter vulgar y violento, tu madre, que cuando jóven valia tanto como tú en belleza, vivió como mujer honrada en mi casa durante veinte años, adonde algunas veces venia á visitarnos la miseria.

Inés se estremeció é inclinó la cabeza al suelo. La pálida imagen de su madre parecia lamentarse ante ella y reprenderle su falta.

Peregil prosiguió impassible y sereno:

—Y como si la pobre difunta no te hubiera transmitido su sangre, tú, que de nada has carecido en tiempo alguno, tú, que has tenido el fruto de mis ahorros para adornarte y ataviarte, y mi corazón para quererte, has mancillado este asilo en que yo te habia ocultado con el fin de entregarte pura y sin tacha al esposo á quien te destinaba.

—¡Padre mio! ¡padre mio! exclamó Inés sollozando dolorosamente.

—¡No! ya no tengo hija, prosiguió el curtidor con doloroso esfuerzo. ¡No me implores, no me supliques, que no puedo perdonarte! Así pues, añadió, conociendo que sus sollozos estaban próximos á estallar ó á ahogarle, ¡vete!

Inés lanzó un grito de angustia.

—¡Oh, no me arrojareis fuera de vuestra casa, padre mio! ¡Me quereis todavía, me quereis!....

—¡Ya no soy tu padre, ya no te tengo el menor cariño, Inés! Eres para mí un oprobio vivo y perenne. ¡Vete, vete!

—¡No, padre mio, no me iré con vuestra maldición!

Y quiso arrastrarse hácia él; pero Peregil, temiendo que le llegase á faltar su energía, la rechazó con un ademán, diciendo:

—¡Vete, Inés, si deseas conservar la vida de tu hijo!

Al oír tan terrible amenaza, la pobre jóven, des-

consolada, loca de terror, huyó por el jardín, llevándose su preciosa carga, y sin detenerse en su carrera, abandonó la casa paterna, que nunca habia de volver á ver.

abandonó la casa paterna, que nunca había de volver
consolada, loca de terror, tráyó por el jardín, lleván-
dose en preciosas cargas, y sin detenerse en su carrera;

IV,

Mientras ocurrían estas escenas singulares, reina-
ba en el Alcázar la mayor agitación. Patrullas de ar-
queros y de arcabuceros recorrían la plaza y los bar-
rios inmediatos, para dispersar, según costumbre in-
memorial, el motín que ya se había desvanecido por
completo.

La reina, encerrada en su cámara con el conde
de Ledesma y la infanta, había despedido á su servi-
dumbre; no se cuidaba en manera alguna de la au-
sencia del rey, quien después de cenar solía correr
por la ciudad, solo en compañía de algunos liberti-
nos, en busca de aventuras, pero lleno el corazón de

tristes presentimientos y desconfianza, interrogaba á D. Beltran acerca de los incidentes de la sedicion, manteniendo convulsivamente estrechada entre sus brazos á su amada Juana, casi dormida, á quien cubria de besos.

—Ya veis, señora, dijo el conde riendo, que ese motin de mendigos, de obreros y de campaneros de catedral, nada tiene de alarmante! Los gozquecillos van ladrando detras de los perros grandes, pero se guardan muy bien de morderies, porque el perro grande, de una sola dentellada, dejaria tendida á toda una legion de gozquecillos.

Juana de Portugal suspiró, y mirando al favorito con esa sorpresa propia de una mujer inteligente que adivina de improvisó la frivolidad y la nulidad de un hombre ocultas bajo una apariencia brillante, contestó con dulzura:

—Hablais del peligro con mucha ligereza Beltran, quisiera hallar en vos menos confianza. El fin sangriento del poderoso condestable D. Alvaro de Luna, la repentina caída del marqués de Villena y del arzobispo de Toledo, debieran servirós de provechosa enseñanza,

Don Beltran se sonrió, y habiendo besado apasionadamente la blanca mano de Doña Juana, dijo:

—Seré mas fuerte que el arzobispo y que Villena, señora, mientras cuente con el apoyo de la mano en-

cantadora que los ha derribado.

La reina volvió á lanzar un suspiro, pero esta vez fué acompañado de una mirada dirigida al conde, y llena de languidez y de ternura.

—¡Ah! Beltran, murmuró, sabeis encontrar las palabras que calman mi inquietud, las sonrisas que desvanecen mi descontento; pero hoy tendré firme voluntad aun contra vos, porque vos sois quien está en peligro.

—¡En peligro yo, el conde de Ledesma, yo, que tengo en mis manos el tesoro, el ejército y los sellos del reino! replicó alzando orgullosamente la cabeza; yo, que soy el verdadero rey de Castilla, mientras que D. Enrique solo es un fantasma de monarca.

—¡Ah! ¡Don Beltran, don Beltran! repuso doña Juana de Portugal con un gesto de desesperacion, sois un niño deslumbrado por la gloria, y tomáis el oropel del poder por su realidad. ¿Olvidais, por ventura, que la traicion os amenaza dentro y fuera? ¡Se ha deslizado entre las filas de los soldados que nos custodian, entre los criados que nos sirven, acaso esté ahí, escuchándonos y mirándonos con sus ojos sombríos, al través de las paredes de esta estancia!

—Si nuestros enemigos pagan traidores, nosotros pagamos verdugos, ¡señora!

—Pero os faltarán verdugos, D. Beltran, porque la rebelion brama ya de ciudad en ciudad, de castillo

en castillo, de provincia en provincia. Hace tres dias que se sublevaban en Segovia contra las alcabalas.

—Los jefes de la sublevacion han sido ahorcados todos.

—Y no obstante ese acto de pronta y severa justicia, ¡me insultan hoy cuando paso! ¡á mí, á la reina, y tambien á la infanta de Castilla! ¡y los guardias del alcázar ni siquiera han intentado defenderla!

—¡Los que han faltado á su deber serán castigados con todo rigor! exclamó el valido.

En el mismo instante se oyó en el patio del alcázar un ruido confuso de pasos y de armas que anunciaba el regreso del rey. Acababan de dar las doce de la noche. El conde de Ledesma, no obstante su audacia y el dominio que tenia sobre el ánimo de su soberano, no tuvo valor suficiente para ir á reunirse con él en su cámara para dictar en seguida las medidas de rigor que las circunstancias exigian con urgencia. Los gritos sediciosos proferidos contra su persona, el nombre de Beltraneja con que el pueblo habia insultado públicamente á la infanta, todas las acusaciones tan humillantes para el honor del rey, le hicieron creer que seria prudente aplazar para el siguiente dia una entrevista tan embarazosa.

—Juana acaba de dormirse en mis brazos, dijo la reina interrumpiendo el triste silencio que habia seguido al regreso del rey. Beltran, llamad á doña Men-

cía para que se lleve á esta pobre criatura que tiene gran necesidad de descansar.

El conde, al oír el nombre de doña Mencía, se estremeció levemente.

—No quereis á la hermosa Padilla, Beltran, dijo la reina sonriendo. Acaso seais el único hombre cuya frente se torna ceñuda al verla.

—¡Bah! creo que exageran mucho su hermosura; algunas veces tiene la mirada dura y cruel, y temo que su alma se parezca á su mirada.

—Callad, Beltran, no calumniéis á mi mejor amiga. Doña Mencía es buena y fiel como una espada del mejor temple. Su rígida virtud es su gran crimen en concepto vuestro, confesadlo; pero su virtud no le impide que sea indulgente con las flaquezas de las demás mujeres. No podia yo haber escogido mejor aya para la infanta, y cuando Juana estuvo enferma durante mi ausencia, la cuidó con el cariño y solicitud de una madre.

—Por eso Juana la quiere casi tanto como á vos, señora, y los niños nunca se engañan en sus afecciones. Creo, como vos, que podemos confiar en la lealtad de la hermosa Padilla.

—Llamadla, porque estoy abrumada por el cansancio y la inquietud.

D. Beltran levantó el tapiz que cubria la puerta de la cámara de la infanta y dijo en alta voz:

—La reina os llama doña Mencía.

La padilla permaneció sorda á su llamamiento. Dos veces repitió, en tono mas imperioso aun, la orden de doña Juana, pero fué en vano.

Inquieto, y casi alarmado por aquel silencio singular, abrió la puerta con un movimiento brusco, pero retrocedió casi al momento lanzando un grito de espanto.

Doña Mencía estaba tendida en su lecho, con la boca tapada con el nudo de un pañuelo, y cuatro hombres se hallaban apostados detrás de las puertas con las espadas desenvainadas, cuyas puntas asestaron el pecho del conde de Ledesma.

Don Beltran creyó ser presa de una pesadilla. Conocía á sus enemigos, y no podia creerlos bastante temerarios para penetrar de noche en el alcázar y meter, por decirlo así sus cabezas en la boca del león. Un sudor frio cubrió su frente, mientras fijaba su vista, lleno de estupor y turbacion, en el marqués de Villena, en don Pedro Giron, y en los condes de Palencia y Benavente, esos jefes temidos de la Liga. Como en último resultado era valiente; como el alcázar permanecía silencioso y no podia haber sido tomado por asalto; como no se agitaba una turba de descontentos detrás de los cuatro caudillos, intentó sonreír; pero sus dientes castañetearon cuando oyó que Villena le decia friamente al verle llevar la mano á la empuña-

dura de la espada: — ¡Ni un ademán, ni un grito, ó sois muerto, don Beltran!

Entretanto, la reina se habia levantado loca de sorpresa, de espanto y de dolor; pero muy luego prevalecieron la vergüenza y la indignacion sobre el terror, y llevando en sus brazos á la infanta dormida, adelantó, con el rostro pálido y los ojos chispeantes, hácia los cuatro conjurados.

— ¿Quiénes son los bandidos y asesinos que penetran así de noche en la cámara de la reina de Castilla? ¡Ah! se han vestido el disfraz de hidalgos leales, incapaces de cometer tal felonía.

El marqués de Villena tocó con la punta de su espada el pecho del valido, y replicó friamente:

— Este hombre nos ha dado el ejemplo, señora. Nos ha precedido y estabasolo. Le buscábamos y para encontrarle, preciso ha sido que entrásemos en la cámara de Doña Juana de Portugal, á la hora en que su régio esposo está durmiendo. ¿Es culpa nuestra, señora, si tambien acultais á ese hombre bajo vuestro manto real, y si por él os perdeis irremisiblemente?

— ¡Insolente! exclamó la reina, fijando una mirada sasi suplicante en los compañeros del marqués. ¡Cómo! señores, ¿dejareis insultar tan cruelmente á una mujer? ¡Ay, Dios, una mendiga os mereceria mas respeto y compasion!

—Señora, nada teneis que temer de nosotros, bien lo sabeis, contestó respetuosamente D. Pedro Giron, pues ni uno de nuestros aliados se atreveria á tocar á la majestad de la reina. Estais en completa libertad. Podeis pedir auxilio á vuestros guardias y maceros. Haced que nos prendan si asi os place: no nos resistiremos; pero antes de romper nuestras espadas á vuestros pies, habremos dado muerte á ese hombre en vuestra cámara, ante vuestra vista, y ni súplicas, ni lágrimas, ni arrepentimiento, podrán espíar la vergüenza que ese escándalo arrojará sobre vuestro nombre.

Juana de Portugal se estremeció y procurando recobrar su sangre fria, preguntó:

—¿Por qué habeis venido los cuatro á perseguir hasta aquí á D. Beltran? Si no deseais su muerte ni mi deshonor, ¿cual es vuestro intento?

El marqués de Villena repuso:

—Todos ignoran nuestra presencia en el alcázar, señora. Que nos conceda D. Beltran lo que le pedimos, y quedará su vida á salvo y vuestra honra sin tacha.

D. Beltran salió entonces del estupor en que le habia sepultado aquella sorpresa, y mirando con altanería á sus adversarios les dijo:

—¿Qué me pedís, pues, nobles bandidos nocturnos? ¿mi bolsa, sin duda? Pues bien, ¡por muy repleta que

se halle por las mercedes del rey, la vaciaré en vuestras manos!

El marqués de Villena movió desdeñosamente la cabeza,

—¡Ah, señor, os equivocais lastimosamente! No somos mendigos que hayamos medrado en pocos dias al pié del trono, y estemos ansiosos de medrar mas aun. Lo que os pedimos es poca cosa, una bagatela, una firma al pié de un documento que hemos preparado de antemano. Ya veis que no somos muy exigentes.

El conde de Ledesma se estremeció al oir aquellas palabras pérfidas. Conoció que se trataba de descender del pináculo del poder, de la cumbre del favor, en donde brillaba cual estrella esplendente, á lo mas profundo de la oscuridad, á las tinieblas de la multitud, al último grado de la escala social. Erale preciso abdicar su poder repentinamente, y eso sin lucha, sin combate, cuando su mano oprimia todavía el pomo de una espada, cuando con un solo grito podia despertar á un ejército entero. Pero todo se hallaba paralizado en su mano por la traicion: ni el oro, ni su acero, ni la astucia le salvarian de aquel desastre terrible y repentino.

La mirada estraviada de D. Beltran se dirigió á la cámara de la infanta, y vió á doña Mencía de pié, arrimada á los pilares de su cama, quitándose silen-

ciosamente su mordaza. Entonces brilló en su corazón un rayo de esperanza; le dirigió una sonrisa vaga, recordó que aquella mujer le amaba, pensó que iba á ir sigilosamente á dar la alarma á los soldados de la guardia, y se regocijó ya dentro de sí mismo por la venganza ejemplar que podría ejercer muy luego sobre sus enemigos.

—¡Pero cual sería su desesperacion cuando doña Mencía le señaló con el dedo á la reina, con una mirada en que brillaba la siniestra llama de unos celos implacables, y volvió á colocar por sí misma el pañuelo en la boca con cruel esmero! D. Beltran comprendió entonces la traicion que le habia alcanzado en el momento mismo en que creia ser omnipotente, y mentalmente se confesó vencido.

Entretanto la reina, sorprendida y casi irritada por la increíble pestracion de su amante, preguntó con febril impaciencia á Villena.

—¿Qué contiene ese documento, marqués!

Villena se inclinó diciendo:

—Una declaracion pura y simple por la cual reconoce D. Beltran de la Cueva que doña Juana no tiene derecho alguno á la corona de Castilla.

—¡Es verdad! murmuró Juana de Portugal procurando disimular su dolor bajo una espresion sardónica; trátase tan solo de una cosa insignificante, de una fruslería, marqués de Villena. Y decidme, si es

to no es mostrarme sobrado indiscreta y curiosa, ¿por qué ha perdido sus derechos esta niña que duerme en mis brazos sin sospechar el peligro que la amenaza?

Miró entonces fijamente á Villena, quien no pudo menos de bajar la vista, pero que contestó, sin embargo, con una audacia contenida:

—Porque solo debe heredar á su padre, señora, y en el habla castellana, Beltraneja nunca ha significado hija de Enrique.

Al oír doña Juana de Portugal esta contestacion tan insolente, sintió que se trastornaba su cerebro, y que se agolpaba el llanto á sus ojos. D. Beltran habia dado un salto terrible, cual si la mano del marqués hubiese abofeteado su rostro, y su espada se desenvainó con la celeridad del rayo; pero los cuatro conjurados se arrojaron sobre él y le desarmaron despues de una resistencia desesperada.

—¡Ah! ¡villanos! ¡cobardes! exclamó la reina; ¡no se atreven á atacar á su enemigo á la luz del dia, y vienen de noche, con el auxilio de la traicion, á sorprender é insultar á una mujer! ¡Ah! ¡qué nobles caballeros! Creceríais degradaros si oprimiéseis mis brazos con vuestras manoplas de hierro, si golpeáseis mi rostro con el pomo de vuestras espadas, ¿verdad? ¡pero no os avergonzais de herirme con injurias con esa arma de los villanos y cobardes, á mi, vues-

tra reina, que solo puede ofrecer sollozos y lágrimas!

De tal manera temblaba la infeliz mujer, que doña Juana despertó, miró sobresaltada á los inflexibles conjurados, prorrumpió en llanto al sentir caer en su rostro las lágrimas abrasadoras de su madre.

Don Pedro Giron se compadeció de aquella desesperacion desgarradora, y cogiendo con viveza el pergamino de manos de su hermano, se le tendió al conde de Ledesma, diciendo:

—¿Quereis firmar, D. Beltran?

—¡Nunca! replicó desdeñosamente el valido. Firmar de mi propio puño la deshonra de la reina, que me ha sacado de entre la multitud para elevarme al poder, ¡nunca! ilustre gran mestre de Calatrava, preguntad á vuestros caballeros si uno siquiera, entre todos, tendrian la bajeza de cometer tal acto de ingratitud! Por salvarla de vuestras infernales garras consiento gustoso en salir de la corte, en renunciar á todos mis cargos, en dejar mi fortuna, mis honores y mis dignidades, sepultadas en la red infame que me habeis tendido. Si lo exigís, hasta me espatriaré. Por último, consiento en ayudaros á consumir la pérdida del orgulloso y aborrecido conde de Ledesma; pero aun cuando me tuviesen con los piés metidos en las llamas de una hoguera no consentiria en arrastrar conmigo á mi ruina á la reina doña Juana de Portugal.

Y al mismo tiempo hizo pedazos, lleno de indignacion, el pergamino odioso que le proponian firmarse.

—¡Corriente! dijo con irónico acento el marqués de Villena, quien no pudo ocultar por completo su profundo disgusto. Esos son sentimientos nobles y caballerescos, y una dama de elevada alcurnia debe envanecerse por haberlos inspirado, pero si de ese modo habeis esperado sustraeros á nuestra justicia, os equivocais en un todo.

No os quitamos la vida, porque no queremos ser vuestros jueces ni vuestros verdugos; nos contentaremos con representar el papel de acusadores. Una mano mas poderosa y soberana que la vuestra os hará sentir su terrible peso. D. Beltran, permanecereis preso en esta cámara en que os hemos sorprendido, hasta que el rey D. Enrique, nuestro dueño y señor, decida acerca de vuestra suerte.

—¡Oh! es una mera amenaza, ¿verdad? dijo Juana de Portugal cogiendo del brazo al marqués, ¡pero no la llevareis á cabo! sois de una raza antigua, noble y leal; no denunciareis una mujer á su marido; no decendereis á ese papel vergonzoso de delator, que tanto horror causa en la noble Castilla. Ya sabeis marqués, que aquí se aborrece mortalmente á los que imitan á Judas. Ni siquiera se perdona á la madre miserable que vende á su prógimo para alimentar á

sus hambrientos hijos con el salario sangriento de la traicion. Vuestra mano no tocaria las de un judío rapaz ó de un moro impío que traficasen con la sangre de sus huéspedes. ¿Y vos, á quien llaman el gran marqués de Villena, habeis de entregar á una mujer, á vuestra reina, á una deshonra terrible, á una venganza espantosa, solo porque ha estorbado un momento á vuestra ambicion, ó porque ha lastimado vuestro orgullo? No ¡es imposible!

—Mandad á vuestro antiguo paje que firme la declaracion que hemos redactado de acuerdo con todos nuestros confederados, señora, repuso Villena fingiendo conmovida la voz, y el rey no sabrá que su favorito se ha quedado esta noche hasta una hora tan avanzada en la cámara de la reina.

—¡Señora, no supliqueis por mas tiempo á ese hombre! dijo D. Beltran con acento despreciativo. Los traidores que trabajan por cuenta propia son mucho mas viles, mas cobardes y mas crueles, que los que sirven el ódio de otro.

Juana de Portugal, abrumada por el dolor, se dejó caer sobre sus cojines de brocado, sin tener ya esperanzas, ni aun ideas, y aguardando la suerte que pudiera estarle reservada, cual una criatura inerte. Fijó una mirada atónita y estraviada en los cuatro conjurados que golpeaban con el pomo de sus espadas las paredes, los cuadros y las losas del pavimen-

to, cual si hubiesen temido que aquella estancia ocultase algun refugio misterioso.

Esta precaucion era tanto mas inútil, cuanto que sabian ya por doña Mencía que ninguna salida secreta podia favorecer la evasion de un preso encerrado en aquella jaula dorada.

Inclináronse ante la reina y salieron. El marqués de Villena se dirigió en seguida á la cámara del rey, mientras que D. Pedro Giron custodiaba la puerta de la cámara de la infanta, y los otros dos magnates vigilaban la entrada de las habitaciones de las damas.

Tan luego como la reina y D. Beltran quedaron solos, se miraron como dos reos sentenciados á muerte que aun esperan encontrar mútuamente uno en otro alguna probabilidad de salvacion. El gladiador entregado á las fieras en el circo de Roma, hasta que sentia el último latido de su corazon, contaba con la compasion del César, ó de las vestales, ó del pueblo; contaba con un incendio, con un temblor de tierra, ¿qué se yo? Juana decia para sí, admirando la hermosura de D. Beltran: «¡Cuanto le amo! ¡Y sin embargo, va á morir por culpa mia!» D. Beltran, por su parte, pensaba: «Debo al amor de esa mujer una fortuna fabulosa, pero voy á pagar con mi vida ese amor y esa fortuna. Si yo no hubiese desdeñado el cariño de doña Mencía, no me hallaria á estas horas á merced de esos traidores!»

Pero se guardó muy bien de dejar traslucir este pensamiento egoísta. Hallábase resuelto á representar hasta el fin su papel de amante apasionado, y á la mirada humilde y afligida de la reina, que parecia implorar su perdón, solo contestó con estas palabras:

—¡Ah! si tan siquiera mi muerte pudiese dejar á salvo vuestra honra!

—¡Dios mio! murmuró la reina, ¡he dado ejemplo de escándalo, y la Providencia me castiga! Es muy justo, y por grande que sea la pena que me imponga no me revelaré contra su justicia. Pero sufro, Beltran, al pensar que mi amor, con el cual queria protegeros como con una égida, ha llegado á ser vuestra perdicion. Si para rescatar vuestra vida hubiesen exigido esos hombres que hiciese ya pública confesion de mis faltas, acusándome y humillándome como la última entre todas las pecadoras, hubiera consentido en ello, Beltran.

—¡Callad, señora! exclamó D. Beltran mostrando á la infanta á quien olvidaba, y que sentada en un almohadon lloraba silenciosamente, porque comprendia muy bien que amenazaba un gran peligro á las personas á quienes amaba. Sus manos blancas y delicadas jugaban maquinalmente con una argolla de plata incrustada en una losa inmediata á la pared exterior. El conde la miraba con esa atencion pueril que

suele observarse en las personas que se hallan absortas en una meditacion penosa y harto pesada para su cerebro.

—¿Para qué sirve ese anillo, doña Juana? preguntó á la infanta con tono indiferente.

—Para levantar esta losa, bajo la cual está la cisterna que suministra el agua á la sala de baños, contestó la princesa.

—¡La cisterna! repitió D. Beltran! y un rayo de alegría iluminó su hermoso rostro; ese es un medio para huir, y estais salvada señora.

Y con mano convulsa y temblorosa tiró de la argolla de plata y movió la losa.

—¡Imposible, D. Beltran! ¡es imposible! dijo la reina. Cuando la cisterna está vacía, apenas tiene el conducto la anchura suficiente para que pase un niño; luego, por la parte opuesta de la sala de baños, tampoco hay mas que otro conducto angosto por donde las aguas van á verterse al foso al pie de la muralla exterior. Ahora la cisterna está llena de agua casi helada; mas vale morir de una estocada que sepultaos en esa tumba llena de tinieblas, en donde el frio se apoderará de vuestros entumecidos miembros, el agua subirá gradualmente hasta vuestros lábios y ahogará vuestro último suspiro, en donde vuestra daga se hará pedazos contra las piedras sin poderlas desunir y abriros paso.

—No procureis alterar mi resolucion, doña Juana, contestó D. Beltran con altivez. Dios me concede un medio para salvar vuestra honra de mujer y de reina, y no seré yo quien le rechace. Mas vale morir en este abismo, os digo, engañando el ódio de nuestros enemigos, que no arrojando el dolor y la cólera del hombre confiado á quien he engañado.

—¡Beltran! ¡Beltran! murmuró doña Juana de Portugal retorciéndose los brazos llena de angustia, si tengo todavia algun dominio en vuestro corazon, os prohibo que os sacrifiqueis de ese modo por mí!

—¿Segun eso, señora, quereis que el rey me encuentre aquí y que caiga yo á sus plantas como un culpable, insultado por las risas y el escarnio de los compañeros de Villena? ¿Quereis que el miedo me arrastre á imponeros una vergüenza pública en pago del afecto con que me habeis honrado? ¡Oh! no, aunque hubiera de perder la vida en esa empresa; aunque hubiera de teñir con toda mi sangre el agua mortal que duerme tranquila bajo esa losa, ¡me arrojaré á ella dando á Dios sinceras gracias!

La reina adelantó hácia él, y estrechándole las manos con las suyas, murmuró con voz apagada:

—¡Beltran! ¡apiadaros de mí!

El conde la estrechó entre sus brazos con un movimiento apasionado, luego besó en la frente á la infanta, y mostrando la puerta del cuarto de las da-

mas, murmuró:

— ¡Ya vienen, Juana! ¡ya vienen! ¿No creéis que es glorioso huir para salvar, aun á costa de su vida la honra de aquellos á quienes se ama? Orad ambas por mí, ¡y que esta losa se cierre sobre mi cabeza como la losa de mi sepulcro!

Levantó en seguida la losa con mano fuerte, y no pudo menos de tornarse pálido al ver abierta la boca del abismo negro y profundo en donde le aguardaba un sudario húmedo y glacial; pero el ruido de los pasos se acercaba, y D. Beltran, sin vacilar lo mas mínimo, se dejó caer á la cisterna, en donde el agua se ajitó bajo su peso con lúgubre murmullo.

La reina mantenía levantada la losa, é inclinada sobre la abertura de la cisterna, escuchaba con angustia, aguardando á que un gemido, un grito de dolor ó una palabra de buen augurio llegase hasta su oído; pero llamaron fuertemente á la puerta. Solo tuvo tiempo suficiente para dejar caer de nuevo la losa, y luego, tomando en sus brazos á la infanta, á quien cubria de besos y de lágrimas, procuró recobrar algo de sangre fria para recibir á su marido con la serenidad de una mujer inocente.

El rey permaneció un momento en el umbral de la puerta, con la frente ceñuda y los ojos chispeantes. Iba envuelto en un ancho ropon de terciopelo negro, llevaba los piés desnudos y metidos en unas ba-

buchas morunas, y debajo del brazo sujetaba una espada desenvainada. Escudriñó toda la habitacion con una mirada llena de desconfianza; pero la aparente calma de la reina, á quien encontraba sola con su hija, disipó en seguida las sospechas que habian logrado inspirarle.

Volvióse hacia el marqués de Villena y le dijo con una especie de ironía severa.

—Marqués, ¿dónde habeis ocultado á ese prisionero ilustre que me habeis prometido?

El hombre de Estado, desconcertado y confuso, registraba la habitacion con la vista, mientras que los demas conjurados, estupefactos con la inaudita desaparicion de D. Beltran, levantaban las colgaduras y tapices, removian los muebles, y rayaban las paredes con las puntas de sus espadas, cual si hubiesen creido que el valido pudiese haber hallado un asilo en el grueso del muro.

—¡Aquí hay magia y sortilegio! exclamó D. Pedro Giron. Señor, mi hermano os ha dicho la verdad: hace un momento estaba aquí D. Beltran de la Cueva.

—Para creerlos, mi buen gran maestro, seria preciso poder suponer que el pobre Beltran ha tenido el talento de fabricarse alas, replicó D. Enrique echándose á reir.

La reina se levantó.

—Señor, dijo con voz conmovida, ¿habeis autori-

zado á estos hombres desleales y fementidos para que puedan violar la habitacion de vuestra esposa, y ultrajar á la reina en presencia vuestra? Sus calumnias, inspiradas por el ódio, ¿serán mas poderosas que la verdad misma? ¿creereis menos á vuestros ojos que á los juramentos de esos traidores? Señor, os pido justicia contra esa acusacion infame y villana.

—Señores, dijo el rey bastante perplejo; vosotros afirmáis y la reina niega. ¿A quién he de creer? No puedo condenarla sin pruebas, sin mas testigos del crimen que sus mismos acusadores.

Ya la reina se creia salvada, y la sardónica calma de D. Enrique le tranquilizaba por completo; pero Villena sorprendió este pensamiento en sus ojos, y como no queria abandonar su venganza, ni ceder al primer revés de fortuna, replicó con fingida indiferencia.

—Señor, hay aquí otro testigo que ni V. A. ni la reina pueden recusar.

—¿Quién es? preguntó D. Enrique con inquieta curiosidad.

—¡Héle aquí, señor! dijo Villena señalando á la infanta, quien pálida y temblorosa se estrechaba contra su madre.

La reina se torno lívida.

Sabia que su Juana era dulce y cándida, que le horrorizaba la mentira como un pecado, y sin duda

la inocente niña no comprendería la trascendencia terrible de su respuesta. En cuanto á advertirle por medio de un gesto ó una mirada, era imposible.

Era horrible en cierto modo aquella denuncia impuesta á la hija contra su madre, á la niña inocente que no comprendía, siquiera la importancia de su accion en aquel drama que podia llegar á ser sangriento. Los mismos conjurados comprendieron cuán odiosa era la proposicion del marqués de Villena, y bajaron la vista involuntariamente ante la mirada cándida y sorprendida de la infanta.

Sin embargo, la insistencia del marqués habia despertado de nuevo las sospechas de Enrique IV. Sorprendíale tan desapiadada obstinacion, y reflexionaba acerca de si una ambicion desenfrenada podia lanzar á cuatro hidalgos á incurrir en tan cínica impostura. Le dolia en extremo tener que interrogar á la infanta, pero comprimió la debilidad de su carácter, habitualmente tan dulce y frívolo, atrajo junto á sí á doña Juana, acarició su rubia cabellera, y le dijo con voz turbada:

—Juana mia, no querrás engañar á Dios ni á tu padre, ¿verdad? Pues bien, contéstame con entera sinceridad. ¿Estaba el conde de Ledesma en esta cámara cuando entraron en ella los cuatro hidalgos leales aquí presentes?

La infanta miró furtivamente á su madre, y se

asustó al ver su lívida y siniestra palidez. Por esa especie de intuición que á las veces suele iluminar milagrosamente á las imaginaciones mas jóvenes, comprendió que su respuesta podría matarla, y sonriendo al rey con angelical dulzura, contestó en medio de un silencio sepulcral:

—Don Beltran ha sido muy bueno para mí, padre mio; me ha sacado de las manos de esos malvados que chillaban y gritaban en la plaza del alcázar, y me ha restituido al lado de mi madre.

—¿Y luego? insistió el rey, inclinado hácia la niña y devorando, por decirlo así, sus palabras.

—¿Luego?.. me dormí; pero aun le veia en sueños.

—¿Y cuando despertaste, Juana?

—Ví á un hombre de pié delante de mi madre, con la espada desenvainada, y comencé á llorar, tapándome el rostro con ambas manos.

—Y ese hombre le conociste y me lo vas á nombrar, ¿verdad? preguntó el rey con su voz mas cariñosa, y con la vista fija en la mirada dulce y pura de la infanta.

—Ese hombre era el marqués de Villena, que nos estaba amenazando, dijo la infanta, ciñendo con sus bracitos el cuello de D. Enrique. Padre mio, ¡protegednos! ¡amparadnos!

El marqués de Villena, furioso y fuera de sí, exclamó:

—¡Os engaña, señor, os engaña! Mostraos mas severo con ella y confesará la verdad.

Pero el rey, conmovido por la inocente caricia de la niña, se encogió de hombros y exclamó bruscamente:

—Vamos, marqués, ¿será preciso que ahora para complaceros, dé tormento á mi hija y le arranque por fuerza una mentira contra su madre? He sido harto complaciente para con vos al prestar oídos á vuestras acusaciones, pero tenia formal empeño en confundiros. Espero que en lo sucesivo no persistireis en vuestros ataques contra el conde de Ledesma, y que sabreis respetar mi eleccion en las personas á quienes otorgo mi favor.

Villena, abrumado por la cólera y la vergüenza, inclinó la cabeza; pero en el mismo instante, el gran maestre de Calatrava lanzó un grito de sorpresa. Con la punta de su espada habia levantado una esquina de la alfombra, y acababa de descubrir la argolla de plata sujeta á la losa que cubria la cisterna.

—Señor, dijo resuelta y audazmente, aun no han concluido nuestras pesquisas. En este sitio debe haber alguna salida secreta por donde D. Beltran habrá podido escaparse.

—¡Estais loco, D. Pedro! replicó severamente Enrique IV. ¡Ah! ¿llamais á eso una salida? Es la cisterna de los baños de la reina, una obra de los reyes

moros de Toledo. El hombre que tuviese la desgracia de caer ahí, se ahogaría en seguida. Solo una culebra podría salir, acaso arrastrándose. Por lo demás, si alguno de vosotros quiere perseguir en ese sitio á su enemigo, añadió sonriendo con su idea graciosa, ¡es muy libre para hacerlo! ¡El rey os lo permite, señores!

D. Pedro Giron habia levantado la losa y los cuatro confederados, inclinados sobre el abismo oscuro y profundo, se estremecieron no obstante su audacia.

—En efecto, dijo el marqués de Villena, para arrojarse á ese abismo seria preciso tener mas valor del que hasta hoy ha mostrado el brillante favorito del rey. Por lo demás, si hubiese llevado su heroismo hasta ese extremo, estaríamos seguros de no volver á encontrarle en nuestro camino. Solo nos resta, señor, despedirnos de V. A. y desear que el conde de Ledesma atraiga sobre vuestra cabeza las bendiciones de vuestro pueblo.

—Basta de burlas, marqués de Villena, dijo entonces Enrique IV con severidad, mostrándole unos veinte ballesteros de maza que custodiaban las puertas, puesto que no me habeis entregado el preso que me prometísteis, deberia yo deteneros á los cuatro en rehenes, y aun mandaros juzgar como traidores á vuestro rey por haber faltado á vuestros juramentos

de respeto y fidelidad. Pero no tengo el carácter cruel y tiránico, y quiero dejaros en libertad para que fomentéis alguna nueva liga contra mí. Sin embargo, impongo una condición para que obtengais mi indulgencia. Habeis acusado y ultrajado á la reina. Pues bien, vais á arrodillaros ante ella, á confesar la falsedad de vuestras acusaciones y á implorar su perdón, ó sino, ¡por Santiago! ¡no obstante la bondad de mi carácter, tened en cuenta orgullosos hidalgos que tan erguida lleváis la cabeza esta noche, que mañana os la he de hacer llevar tan baja como el suelo que holláis con vuestras plantas.

Los conspiradores, exasperados y llenos de ira, se estremecían de cólera al verse obligados á sufrir aquella humillación. ¡Arrodillarse delante de aquella mujer, despues de haber rechazado sus ruegos y despreciado sus lágrimas! Pero conocían muy bien que habían perdido la partida y que el rey les cumpliría su palabra. La desaparición sobrenatural de D. Beltran les ponía á merced de la reina.

Además, para vengarse era preciso vivir.

Los cuatro hincaron una rodilla en tierra delante de la reina.

—Concedednos clemente perdón, ¡señora! dijo Villena besando la mano de la reina, quien la retiró horrorizada. Que Dios castigue á los que han mentido y haga triunfar la verdad; sin duda el ódio ha engañado

á nuestros ojos y nuestros oídos. Hemos hecho mal en ultrajar á una mujer y á una niña. ¡confesamos humildemente nuestra falta y juramos habérmolas en lo sucesivo tan solo con los hombres que nos han ofendido!

Bajo estas palabras de finjida humildad y arrepentimiento se ocultaba una amenaza, y doña Juana lo comprendió perfectamente; pero la mirada del rey le ordenaba que se mostrase indulgente, y hubo de contentarse con tan pérfidas disculpas. En cuanto á Enrique IV, perdonaba porque no se atrevía á castigar á tan altos delincuentes, cuya muerte habria sido causa mas que suficiente para que se insurreccionase todo el reino. Sentía que su trono vacilaba, y creía que durmiéndose en él, le encontraría asegurado al despertar.

Los confederados se retiraron, y doña Mencía fué á buscar á la infanta, que estaba agoviada por el sueño y por tantas emociones violentas como habia sufrido en poco tiempo.

La reina, devorada por la angustia, estaba trémula y calenturienta. Tan luego como D. Enrique se hubo despedido de ella, prometiéndola nuevos honores para el pobre conde de Ledesma, tan indignamente calumniado, permaneció inclinada sobre la losa de la cisterna, inmóvil, conteniendo la respiracion, escuchando si alguna queja, algun grito, algun suspi-

ro, salian de aquel abismo; cada minuto que trascurría, equivalía á un siglo para su corazón, y sus cabellos empapados en su sudor se pegaban á sus sienes; pero solo el silencio inexorable respondía á aquella ansiedad dolorosa, y cuando amaneció se apartó de allí diciendo para sí:

—En lo sucesivo, solo un muerto ocupará mi corazón. ¡oh, Beltran, Beltran! ¿por qué no te habré obligado á firmar ese pergamino que me deshonoraba? ¡Me habrían echado del trono, del alcázar, de Castilla! pero me hubiera llevado á mi hija en mis brazos, y vivirías, Beltran, vivirías.... ¡no te habria yo dado la muerte!....

El Viernes Santo, es decir, en el día siguiente al de la sedición abortada, la buena ciudad de Toledo despertó bajo la impresión de una noticia singular. Hidalgos, vecinos y menestrales, todos llegaban á ser por casualidad por algún amigo ó conocido á transcurrir, en el momento en que asomaban á las puertas de sus casas, la narración rápidamente comentada de los sucesos de la pasada noche de modo que esa confidencia, volando con la rapidez del rayo de boca en boca, circuló por toda la ciudad. Decíase que el conde de Ledesma, sorprendido de noche por los jefes de la liga, en el alcázar, en la

to, salian de aquel aposento: cada minuto que trascu-
 rra, equivalia á un siglo para su corazón, y sus cabe-
 llas empapadas en su sudor se pegaban á sus sienes;
 pero solo el silencio inexorable respondia á aquella
 ansiedad dolorosa, y cuando amaneció se apartó de
 allí diciendo para sí:

—En lo sucesivo, solo un muerto ocupará mi co-
 razón ¡oh, Beltrán, Beltrán! ¿por qué no te habrás
 obligado á firmar ese pergamino que me deshonraba?
 ¿Me habrías echado del trono, del alcázar, de Castilla!
 ¿pero me hubiera llevado á mi hija en mis brazos, y
 vivieras, Beltrán, vivieras... ¡no te habrías yo dado la
 muerte!...

El Viernes Santo, es decir, en el día siguiente al
 de la sedición abortada, la buena ciudad de Toledo
 despertó bajo la impresión de una noticia singular.
 Hidalgos, vecinos y menestrales, todos llegaban á sa-
 ber confidencialmente por algún amigo ó conocido
 ó transeunte, en el momento en que asomaban á
 las puertas de sus casas, la narración ámpliamente
 comentada de los sucesos de la pasada noche; de mo-
 do que esa confidencia, volando con la rapidez del
 rayo de boca en boca, circuló por toda la ciudad.
 Decíase que el conde de Ledesma, sorprendido de
 noche por los jefes de la Liga, en el alcázar, en la

cámara de la reina, se había sepultado vivo en la cisterna de los baños, para salvar la honra de su cómplice.

Algunos cortesanos officiosos tardaron muy poco en informar al rey de todos los rumores desagradables que circulaban por la ciudad. D. Enrique se apresuró á mandar á buscar á D. Beltran de la Cueva, con el fin de que su presencia diese un mentís solemne á aquellos rumores sordos; pero la servidumbre del valido declaró que su amo estaba ausente desde la víspera, y que en vano le habian aguardado durante toda la noche.

Aquella ausencia, que coincidia de un modo tan funesto con las voces que se complacian en difundir, produjo inquieta preocupacion en el ánimo vacilante del rey, y aquella turbacion se reflejó en su rostro, tanto que los cortesanos comenzaron á dudar si asistiría personalmente, segun lo habia prometido á la cofradia de los Nazarenos, á la gran procesion del Santo Entierro que debia verificarse aquella misma noche por las calles de Toledo.

Los preparativos de aquella ceremonia se estaban haciendo desde el domingo de Ramos con arreglo á las órdenes del rey.

La Semana Santa era entonces en España una época de tumulto y de animacion. En efecto, las procesiones eran famosas por su aparato. Veíase en pri-

mera fila á muchos devotos entusiastas que, enmascarados y desnudos de la cintura para arriba, se azotaban con disciplinas erizadas de pinchos de hierro, hasta el extremo de hacer saltar sangre de sus espaldas.

Los judios iban representados bajo las formas mas grotescas y ridículas.

Los nazarenos, que componian la parte mas numerosa de la comitiva, vestian hábitos morados que llevaban arrastrando una cola de la misma tela y de mas de dos varas de larga.

Todo esto era muy á propósito para distraer la atencion de los buenos habitantes de la imperial Todo de la aventura que tan escitada tenía su curiosidad.

Mientras la gente del pueblo glosaba malignamente la desaparicion de Ledesma, dos mujeres se sentian abrumadas de dolor al pensar en tal crue suceso.

Una era la reina; lloraba al amante que tan generosamente se habia sacrificado por ella, y en su profunda amargura se preguntaba á sí misma ¿cómo podría olvidar en tiempo alguno al hombre á quien tanto habia amado, cómo podría llenar el vacío que acababa de formarse en su corazón?

Durante aquella prolongada noche de desconsuelo, no habia cesado de llorar ó de orar, arrodillada

ante la imágen de Cristo; por eso, cuando llegó á amanecer, la luz del dia la sorprendió serena y resignada en su desesperacion.

La otra afligida era doña Mencia de Padilla, quién, dando vueltas desesperadas en sus cojines de terciopelo, decia con sordo y reconcentrado furor: «Le amaba y ya no le volveré á ver. ¡Le amaba, y yo he sido quien le he muerto!»

Y su rostro se contraía como el de una mujer que rompe á llorar; pero sus ojos permanecian secos y áridos; y en vano subian las lágrimas desde el corazón á sus ojos, pues no podian abrirse paso para desahogar á la infelice jóven. Era una tempestad de viento y de arena, mezclada con relampagos, á la que para calmarse le hacian falta algunas gotas de lluvia.

Desde que aquella mujer altiva habia saciado su deseo de venganza, le parecia que una lava ardiente sustitua á la sangre en sus venas, y que las Furias, esas tres hijas inexorables de la noche, sacudian sus teas ardientes sobre su corazón, como para avivar la llama que le abrasaba.

Acababa de dar asilo al remordimiento, que en lo sucesivo le habia de avasallar sin piedad, al remordimiento que le decia implacable: «¡Mencia, estabas loca de amor, hubieras sacrificado tu existencia por una sonrisa tierna y leal de D. Beltran de la

Cueva! Pues bien: ¡su último pensamiento, su aliento postrero, se han exhalado en una maldición que va á pesar eternamente sobre tu cabeza!»

Entonces se preguntaba á sí misma llena de terror: «¿Vé acaso el alma al través de la piedra del sepulcro? ¿Hay algún vínculo terrible que una misteriosamente al muerto con el vivo, á la víctima con el verdugo?»

Y esta duda era su castigo.

Hacia ya mucho tiempo que doña Mencía se hallaba absorta en estas meditaciones desconsoladoras y dolorosas, cuando oyó que llamaban suavemente á la puerta de la estancia.

Aquel ruido, por leve que fuese, la hizo estremecer de pies á cabeza.

Levantó el tápiz con mano trémula, pues en tal manera se hallaba agitada su imaginacion por visiones estrañas desde la desaparicion del conde de Ledesma, que habia llegado al extremo de asustarse de todo.

Una cabeza rubia y juvenil se deslizó por la puerta entreabierta.

Era un paje cillo, casi un niño, que iba á anunciarle con graciosa sonrisa que la reina la llamaba con urgencia.

El aspecto de aquel niño tan fresco y tan cándido le hizo un daño espantoso. Fijando en su espejo de

acero bruñido una mirada de envidia, murmuró:

— ¡Que trasformacion en mi fisonomía, en una sola noche!

Pero recordando entonces que la estaban aguardando, corrigió apresuradamente el desaliño de su atavió y se trasladó á la cámara de doña Juana de Portugal.

La reina, al ver á doña Mencía de Padilla, sintió que se renovaba su dolor, y cuando su confidenta se inclinó respetuosamente ante ella, la desventurada comenzó á llorar apoyándose en el hombro de la jóven.

La hermosa Padilla recogió con cruel alegría aquellas lágrimas amargas; sentíalas caer una por una, cual supremo bálsamo sobre su corazen ulcerado, y al ver la desesperacion de su rival, recobraba, por decirlo así, su valor.

— ¡Mencía! dijo por fin la reina, hay en Toledo una casa pobre, muy humilde y solitaria, que no llama lo atencion de los transeuntes, ni escita la envidia de los que viven en sus inmediaciones, pero que con frecuencia ha sido para mí el paraiso de las horas furtivas. La mujer que en ella habita nunca ha visto entrar allí á mas persona de su sexo que á mí. Vas á acompañarme á esa casa, porque necesitare que me ayudes á cumplir el juramento que he hecho en la pasada noche.

Abrió una caja de ébano, sacó de ella tres llave-citas metidas en una anilla de oro, y habiéndose cubierto con un manto y un antifaz, salió por los jardines del alcázar, seguida de doña Mencía, quien ignoraba adonde la conducía.

La reina, después de algunos rodeos, dados de intento para burlar la vigilancia de cualquier espía que hubiese querido aventurarse á seguirla, se detuvo al extremo del puente viejo, delante de una puerta baja y pequeña que abrió, y en seguida entró en una especie de cercado lleno de yerba y de plantas parásitas, de árboles con desparramadas ramas y de charcos de agua cenagosa. Al extremo del inculto jardín parecía ocultarse tímidamente una casita invadida por una capa sombría de yedra; todas sus ventanas estaban cuidadosamente cerradas, y al pié de sus paredes exteriores corría el agua verdosa del río. La reina abrió la puerta de la casa, y penetró en el angosto zaguán, en donde reinaba el silencio mas completo.

Llamó á Teodora, á la anciana nodriza de D. Beltran, única persona que allí vivía; pero Teodora no contestó: la casa estaba desierta.

La reina continuó avanzando y llegó muy luego á una habitación pequeña y suntuosamente adornada.

Apenas hubo traspuesto doña Mencía el umbral

de la puerta, se estremeció, y un temblor nervioso agitó todo su cuerpo.

Acababa de conocer aquella habitación.

Habia entrado varias veces en aquella casa de pobre aspecto por otra puerta que daba á una callejuela desierta, mientras que la reina solo conocia la entrada del jardin, que caia al extremo del puente viejo.

—Mencía, dijo doña Juana, sin reparar en la emocion de la jóven, esta casa pertenece al conde de Ledesma; aquí he tenido el atrevimiento de venir á verle algunas veces secretamente, con grave riesgo de mi honra, para olvidar por un momento la esclavitud que me impone mi elevado rango y quitarme esta máscara de soberana que me ahoga. Aquí al menos los espías que pegan de continuo sus ojos y sus oidos á los pliegues de los tapices y á las puertas de mi cámara en el alcázar, no podian escalar las paredes. He querido ver por vez postrera esta casa tan humilde y tan querida, custodiada por la mujer que crió á D. Beltran. ¡Ah! cuantas veces me he sentado feliz y risueña en esos mullidos cojines!....

Doña Mencía volvió la cabeza cual si hubiese querido ocultar una lágrima.

—¡Cuántas veces, prosiguió la reina, he llevado á mis lábios el puro cristal de esa copa, y he mojado

mis dedos en el jarro de oro de ese aparador!

Una sonrisa llena de amarga ironía arqueó la boca de doña Mencía de Padilla.

—Yo también, pensó la desdichada, he bebido en tu copa de cristal.

—Ese jarrón, lleno todavía de olorosas flores, repuso doña Juana, ha perfumado con frecuencia nuestras horas de olvido y de amorosa embriaguez. Yo deshojaba las flores, sepultada en delicioso éxtasis, y D. Beltran permanecía sentado á mis piés, hablándome únicamente con su mirada tan tierna.

Mientras la reina se reconcentraba así en sus propios recuerdos, doña Mencía fijaba en ella una mirada llena de furibundo ódio, porque todo cuanto era un consuelo para una de aquellas mujeres, tenia que ser un dolor cruel y terrible para la otra.

—He querido ver esta casa una vez más, prosiguió doña Juana de Portugal, con el fin de dar un adios postrero á todos los objetos amados que en ella encuentro, con el fin de besarlos apasionadamente y destruirlos en seguida. No conservaré una sola carta, ni un rizo de pelo, ni una flor. Don Beltran ha preferido la muerte á la deshonor de la mujer amada; es preciso que el sacrificio consumado por tan noble corazón, no sea estéril. Mencía, tráeme ese cofrecillo de acero cincelado, en el cual están encerrados todos los recuerdos de nuestro amor.

La Padilla le cogió lentamente con una especie de vacilacion, y le colocó delante de la reina.

Doña Juana le contempló un momento antes de abrirle; luego oprimió un resorte secreto, y se levantó la tapa.

—¡Flores marchitas con el dulce calor de sus besos, dijo, cartas mojadas con sus lágrimas, y vosotros, diamantes y joyeles con que tanto se envanecía; porque eran prendas y regalos de mi amor, vengo á veros por última vez! ¡Ilusiones desvanecidas, esperanzas frustradas, adios! ¡ayer todavia érais un recuerdo delicioso que yo me complacia en evocar, y os amaba; hoy solo sois un testimonio irrecusable y patente de mi falta y me aterrais!

Doña Mencía, fria é impassible, miraba á su rival.

La reina, despues de un momento de silencio, añadió:

—¿Sabes que si por fatalidad una sola de estas cartas escritas de mi propio puño, firmadas con mi nombre y dirigidas á D. Beltran de la Cueva, cayese algun dia en poder de esos enemigos poderosos que tan encarnizada y tenebrosamente me persiguen, quedaba yo perdida para siempre, como mujer y como reina?

La confidenta de doña Juana de Portugal alzó de improviso la cabeza, cual una serpiente adormecida que despierta bajo la pisada del viajero, y un relám-

pago de siniestra alegría iluminó su pálido semblante. Acababa de cruzar por su mente un mal pensamiento. Acaso iba á poder vengarse, por fin, de su rival aborrecida.

—Por eso, dijo la reina, quiero destruirlo todo.

—¿Tendreis valor para hacer eso, señora? preguntó doña Mencía friamente, fijando en la reina su mirada sombría y profunda.

—Porque he dudado de mi valor te he traído, Mencía; tú me ayudarás á cumplir tan triste deber. Reanima la lumbre de ese brásero, y tráeme del aparrador mi copa de cristal.

La jóven puso sobre la mesa la copa que le pedían, y despues de haber apartado la ceniza del brásero, reanimó la lumbre con el auxilio de un tubo de plata.

En seguida saltaron millares de chispas y cayeron cual lluvia de fuego sobre una mano de la hermosa Padilla. Aunque la quemadura fué viva y penetrante, no profirió la queja mas leve, tanto era lo que en aquella criatura apasionada dominaban los dolores del alma á los del cuerpo.

Entre tanto, doña Juana habia sacado del cofrecillo un lazo de cinta medio consumido por el fuego.

—Hé aquí la primera página de la historia de nuestro amor, dijo la reina lanzando un suspiro y aludiendo á la estraña casualidad que habia dado origen al

alto favor de que disfrutara D. Beltran. ¡Destino singular! ¡Vá á concluir como principi6: en las llamas!

Y levantándose con un ademan de suprema resignacion, se acerc6 al brasero y ofreció en holocausto al fuego los restos del lazo de raso de color de rosa. La seda se retorció al quemarse y pareció como que murmuraba una queja. Doña Juana se detuvo muy turbada.

—¿Has oído, Mencía? exclam6.

—Sí, señora, contest6 la Padilla esperando explotar en provecho propio la emocion de la reina; no solo le he oído gemir, sino que tambien me ha parecido verle retorcerse dolorosamente en las ansias de la agonía.

—¿Es solo una ilusion, ó es acaso un presentimiento? dijo la reina angustiada.

—No lo sé, replic6 la pérfida confidenta, pero si me hallase en lugar vuestro, ya no consentiría en desprenderme de tan tiernos recuerdos. En mi concepto, lo que acaba de ocurrir es de fatal agüero.

—¡Pero, imprudente! ¿qué quieres que haga yo con esas prendas tan queridas y peligrosas? ¿En dónde quieres que las oculte, cuando mi real cámara está abierta para todos?

—Es un depósito peligroso, lo sé, pero si mi dueña y señora me ordena que me le llevase bajo la promesa de un secreto inviolable, y que le ocultase bastante misteriosamente para no despertar sospecha alguna,

aun á riesgo de esponer mi vida, no vacilaría un momento....

Y la hermosa Padilla tendia ya sus manos codiciosas hácia el cofrecillo.

Doña Juana la detuvo con dulzura.

—No, dijo moviendo tristemente la cabeza, pues si por desgracia uno de mis enemigos llegase á penetrar mi secreto, temeria, Mencía querida, que la venganza de todos cuantos odian al pobre don Beltran recayese sobre tí!

—¡Oh! custodiado ese secreto por nosotras dos, repuso la jóven con insistencia, os juro que estaria bien guardado. Además, señora, ¿no puedo yo confundir con una sola palabra á vuestros acusadores?

—¿Cómo así? preguntó la reina sorprendida.

—Don Beltran de la Cueva me ha amado á mí, á doña Mencía de Padilla, y ha hecho juramento de no amar á nadie sino á mí. Don Beltran habia escogido la casita del puente viejo para asilo discreto de nuestras citas, y todos estos recuerdos me pertenecen. He arrancado de ese jarron las flores con que tejamos nuestras coronas: he hollado con mis plantas esas alfombras tunecinas. Aquí he olvidado al lado del favorito mi nombre y mi raza: el amor ha triunfado del orgullo y del honor. Sí, prosiguió con vehemente arrebató, por él he perdido mi alma.

Doña Juana, llena de estupor, fijó sus grandes ojos azules en las negras pupilas de la Padilla.

—Sí, repuso doña Mencía con una serenidad risueña que estaba muy lejos de su corazón, eso diría yo, si fuese necesario, para salvar la honra de la reina.

Doña Juana se levantó, pálida aun por los celos y el terror que le causara un solo instante de duda acerba y cruel.

—¡Hé ahí justamente lo que no quiero que digas! ¡Cómo! Cuando todo Toledo, cuando toda España sabe que he amado á D. Beltran, irás á plocamar, desgraciada, que me estaba engañando por una de mis damas! Me envanezco con su amor, Mencía, y no permitiría yo que profirieses una mentira que te envileciese sin restituirme la honra. No, no quería yo que me salvases á costa de esa infamia. Antes de que el sol trasponga el horizonte, de cuanto encierra este cofrecito no quedará sino ceniza y polvo. ¡Vamos á consumir el sacrificio, Mencía! me has restituido mi valor, y ahora seré despiadada.

—Aniquilaremos según deseais, señora, lo que puede destruirse por el fuego, repuso la hermosa Padilla disimulando su disgusto y corago; ¿pero qué haremos con el oro que no podemos fundir, con la predería que lo podemos moler?

Los colocaremos primero en esta copa; luego

iré á alquilar una de esas barcas amarradas debajo del puente viejo; mandaré al barquero que baje lentamente por el rio, y durante el tránsito iré sembrando en la estela que forme la barca todo cuanto se haya librado de las llamas.

—Y ahora, preguntó la Padilla, que se estremecía con la sola idea de ver que su soñada venganza se le escapaba de entre las manos, ¿qué me mandais, señora?

La reina se habia sentado, teniendo el cofrecillo sobre sus rodillas.

—Quema esas cartas, dijo doña Juana entregándole algunos papeles despues de haberlos recorrido rápidamente con la vista; resucitan en mi mente un pasado tan luminoso y tan dulce, que el porvenir se abre delante de mí como un infierno de desesperacion.

Doña Mencía fué á arrojarlas una por una en la lumbre, que las devoró instantáneamente.

Entretanto doña Juana habia abierto un huevecillo de oro maravillosamente trabajado, que contenia tres pastillas conservadas con el esmero por D. Beltran desde el bautizo de la infanta.

—Echa esta caja en la copa y quema las pastillas dijo, que no quiero volver á verlas.

La Padilla obedeció.

El cristal vibró dolorosamente con el choque de

la joya, y desde el brasero se elevó un humo blanquecino y perfumado como el que se exhala de un incensario.

Doña Juana continuó su obra de destrucción; la copa estaba ya llena de joyas preciosas, de diamantes y pedrería.

La ceniza de las cartas y de las flores secas comenzaban á cubrir el brasero, cuando la desdichada mujer se detuvo bruscamente. Tenía una carta que temblaba en su mano.

—Mencía, dijo Beltran, en su carácter celoso, dudaba algunas veces que la infanta fuese hija suya. ¡Pues bien! ¿querrás creer que un día, en un momento de fiebre y de delirio, cometí la imprudencia inaudita de jurarle en una carta que la infanta era la prueba acusadora de nuestro culpable amor! ¡Sacrílega de mí, osé invocar á Dios como testigo de mi crimen!..., ¡esa carta, héla aquí, Mencía! Podía caer en otras manos que no fuesen las nuestras, ¿entiendes? ¡Ah! es cosa de morir de terror.

Y mientras ocultaba el rostro con una de sus manos, con la otra tendía á su confidenta la carta fatal.

Los negros ojos de la hermosa Padilla resplandecieron como dos ascuas; se apoderó del arma terrible que le entregaba la confianza de la reina, y fué á arrodillarse delante del brasero.

El fuego chispeó á impulsos de un soplo anheloso

y la llama surgió vacilante y trémula de entre las ascuas. La reina creyó que la carta se había quemado; pero doña Mencía la había deslizado rápidamente en su pecho.

—Hija mía, prosiguió la reina, hemos llegado por fin, al último recuerdo de esa felicidad efímera que hoy lloro perdida. ¿Ves esta joya? Es una sortija que contiene un veneno sutil y terrible. Conservo otra igual en un estuche entre mis joyas, y Beltran y yo nos dijimos, con toda la sinceridad de nuestro amor al entregarnos mutuamente este regalo funesto: «El día que dejes de amarme, beberé este veneno á fin de que el remordimiento vaya á mezclarse con la felicidad que pensabas encontrar en un nuevo amor.»

—¡Ah! por qué no sabrá cuanto me ha amado su Beltran! murmuró la Padilla; ¡por qué no caerá á mis piés muerta de celos!

—No me separaría de esta alhaja tan triste y querida, prosiguió la reina, si en el lado interno de la sortija no hubiese hecho grabar estas palabras mas peligrosas, todavía, que el veneno; «Juana de Portugal á D. Beltran de la Cueva.» ¡Pobre joya, añadió dejándola caer como con pena en la mano que le tendía doña Mencía, vé á reunirte con tus hermanas!

Mientras se levantaba enjugando su llanto, su confidenta substituyó diestramente aquella sortija con una de las que llevaba en sus dedos, la cual dejó

caer pesadamente en la copa, que produjo un sonido seco.

Doña Juana habia vuelto á cubrirse con su manto, en seguida tomó de la mesa la copa llena de alhajas, que ocultó cuidadosamente, y ya se dirigia hácia la puerta acompañada de doña Mencía, en cuyos rosados lábios vagaba una sonrisa páfida, cuando ambas mujeres retrocedieron lanzando un grito de terror.

Don Beltran de la Cueva, pálido como un cadáver y con los brazos cruzados, las aguardaba en el umbral de la puerta.

—¡No saldreis! dijo con voz sorda y espantosa como la de un fantasma para aquellas dos mujeres que tan apasionadamente le amaban.

La reina, casi muerta de terror, soltó la copa que llevaba en la mano, y se dejó caer al suelo sin poderse sostener.

Doña Mencía cayó de rodillas sin proferir una palabra; sus pupilas estaban dilatadas, sus dientes se oprimian fuertemente unos contra otros, y se preguntaba á sí misma llena de angustia, si era á D. Beltran á quien estaba viendo, ó á su sombra irritada.

D. Beltran cerró la puerta y levantó á la reina, quien le estrechó entre sus brazos derramando lágrimas de júbilo.

La Padilla permanecía inmóvil y helada como una estátua de piedra.

El conde se desprendió de los brazos de la reina y dió un paso hácia doña Mencía.

—¡Perdon! exclamó la culpable jóven, cubriéndose el rostro con las manos.

D. Beltrán la miró con una sonrisa de desprecio.

—No hay compasion para tí, servidora infiel, confidenta desleal, que vienes á robar los despojos de los muertos.

—¿Qué decís, amigo mio? repuso la reina. ¡No acuseis á Mencía, á la más fiel y adicta de mis damas. Si está aquí, es porque yo la he traído conmigo, y no ha hecho sino lo que yo la he mandado!

—¿Segun eso, señora, repuso friamente el conde de Ledesma, la habeis mandado que os robe la sortija que brilla en su mano y la carta que oculta en su pecho?

Doña Juana llena de sorpresa y estupor, fijó sus ojos ardientes en la Padilla.

—¡Esplicaos, Beltran! dijo, no os comprendo.

—¡Perdon! tornó á decir doña Mencía con voz apagada.

—¡Ah! ¿decís, señora, prosiguió el conde, que esta mujer es un modelo de lealtad y adhesion? Sus caricias, sus sonrisas, sus lágrimas, todo en ella os ha cautivado. Habeis puesto vuestra vida bajo su custodia; habeis confiado vuestro honor al suyo; en fin, la habeis entregado por entero vuestra amistad y cari-

ño. ¡Pues bien, doña Mencía no merece esa confianza ni ese ciego afecto! su cariño solo era ficción, su fidelidad solo era una perfidia ingeniosa y horrible, y á no ser por mí, os hubiera vendido como Judas vendió á su divino Maestro. ¿Quereis una prueba de lo que digo, señora? Mirad su mano, y registrad su vestido por el pecho.

La reina se acercó á doña Mencía, y conoció, en efecto, la sortija envenenada que llevaba puesta en un dedo.

—Mencía, exclamó entonces con severo acento, al engañarme de esa suerte, ¿cuál era vuestro pensamiento secreto?

La Padilla continuaba arrodillada y sollozaba sin contestar.

—Nada os confesaré, repuso D. Beltran, ¡pero yo os lo diré todo, porque leo en su alma como en un libro abierto.

La hermosa jóven cesó de llorar, y alzando audazmente la cabeza, lanzó una mirada amenazadora á D. Beltran y le dijo con voz sorda:

—¡Tened cuidado! ¡señor conde!

—¡Ya lo veis! prosiguió D. Beltran. Esa mujer es una verdadera hiena por su corazón perverso y dañador; muerde á quien la acaricia. Le habeis confiado vuestros pensamientos mas íntimos y el cuidado de vuestra salvación. ¿Y qué ha hecho? Entre cien joyas,

a que os roba es la única que puede perderos. La escogísteis para ser aya de la infanta; debió amarla y defenderla como una madre ama y defiende á su hijo. ¿Qué carta os ha robado? ¡La que prueba la ilegitimidad de vuestra hija!

—¡Que horror! exclamó la reina. ¿Que delirio ha turbado la cabeza de esta mujer? ¿qué pasión ha corrompido su corazón? ¿qué genio infernal ha podido inspirarle ese ódio villano y cobarde hácia su reina y señora?

—¡Perdon! gritó doña Mencía retorciéndose las manos llena de desesperacion, pero sin dejar de desafiar al conde con aquella mirada terrible que continuaba diciendo: «¡Tened cuidado!»

—¡No hay perdon para tí, demonio del infierno! replicó D. Beltrán estremeciéndose de cólera. Te desafío y no quiero ser tu cómplice, aunque haya de costarme mas que el honor y la vida. Te arrancaré la máscara; despues podrás vengarte si quieres. ¿Sabéis, señora, añadió dirigiéndose á la reina, de quien es la mano aleve y traidora que en la pasada noche condujo á los conjurados hasta vuestra real cámara?

—¡Conde de Ledesma, exclamó la Padilla con acento suplicante, en nombre de vuestra madre, en nombre de cuanto hayais amado, no digais una palabra mas! ¡Tomad otra vez la carta y la sortija, y ante Dios os juro que no volveréis á verme!

—Ya sea que os quedeis ú os marcheis, dijo el conde, la reina lo sabrá todo.

—¡Beltran! repuso doña Mencía alzándose con ademán terrible y suprema magestad, ¡sabia que eras muy orgulloso y despiadado, pero no creí que fueses cobarde y villano hasta el extremo de abrumar de ese modo á una mujer á quien has ultrajado, que se confiesa vencida, y que implora tu compasion! ¡Ah! ¿Con que, arrodillada á tus plantas, te brindo con la paz y quieres la guerra? ¡Pues bien, acepto la situacion en que me colocas! ¡Me acusabas, y te acuso á mi vez; de víctima me convierto en verdugo! Tres veces te he gritado: «¡Ten cuidado! ¡conde de Ledesma!» Te has negado á escuchar mi ruego. Asi pues, sépase toda la verdad de una vez. ¿Me preguntábais, señora, que mágia, qué pasion me habia lanzado á ese crimen tan bajo y vergonzoso que apellidan traicion? ¡Pensábais que una mujer por cuyas venas corre la sangre de los Padillas no podia faltar de esa suerte á las tradiciones de su raza sin mas motivo que el deseo de hacer daño! ¡Sabed, señora, que este hombre tan noble, tan leal, tan tierno para vos, era mi amante y me habia jurado ser muy pronto mi marido al pié de los altares!

Doña Juana de Portugal, al oír revelacion tan inesperada y cruel, sintió que un frio mortal helaba la sangre en sus venas, y miró alternativamente, con

feroz estupor, á D. Beltran y á doña Mencía.

—Conde de Ledesma, dijo por fin con breve acento, despues de un momento de silencio, no me engañareis si exijo que me confeseis la verdad, por muy terrible que pueda ser... ¿ha mentido doña Mencía?

Don Beltran se arrodilló delante de la reina, y replicó con acento doloroso:

—¡No ha mentido, señora!

—¡Está bien! murmuró la reina, cuyo rostro se tornó lívido y se cubrió de frio sudor. ¡Retiraos señor conde! ¡Ah! me habeis herido el corazon, y perdono el ódio de Mencía, porque ahora le comprendo!...

El conde cogió una mano de doña Juana y estampó en ella apasionados besos.

—¡Ah! ¡soy indigno de vuestro amor y me echais de vuestro lado! exclamó con acento desesperado; pero si me desterrais de vuestro corazon, le pierdo todo, la luz, la vida, el orgullo! Ya sabia yo que tarde ó temprano realizaria doña Mencía la amenaza que desde ha mas de un año tiene suspendida, sobre mi cabeza; pero cuando sé que quiere perderos, ¿puede acaso dejarla obrar? ¿Debia yo comprar su silencio á ese precio, entregaros, haceros traicion yo tambien, para conservar mi prestigio á vuestros ojos? ¡No! ¡os amaba demasiado para no salvaros aun á costa de mi propia felicidad!

—¡Ay, Dios! murmuró la reina, ¡ya solo me resta morir!

Y agoviada por el dolor, aniquiladas sus fuerzas por tan violento padecer, cayó desmayada.

—¡Mencia! exclamó el conde aterrado, ¡la reina se muere!...

—Pues bien, debeis tener secretos admirables para restituir la vida á los moribundos, replicó la hermosa Padilla con cruel violencia. Vuestra inesperada reaparición ¿no es un verdadero milagro?

—¡Ah! ¡sois implacable Mencia! ¡no podeis perdonar á doña Juana mi cariño, y sentís que no haya yo sido víctima de él! Pero la casualidad es quien lo ha hecho todo. Habia yo olvidado, lo mismo que vos, que la reina, y que mis enemigos, aquella máquina maravillosa construida hace algunos siglos por los moros: antes de que se rompiese servia para sacar agua del Tajo y la hacia subir hasta el aleázar. En los conductos de aquel magnífico depósito de aguas fué donde hallé un refugio, y bajé mas de quinientos escalones hasta el rio. Ya veis que nada milagroso hay en esto. Así pues, seá clemente con la reina, como Dios lo ha sido conmigo. Entre los dos la salvaremos, ¿verdad?

Doña Mencia fingió conmovirse con las últimas palabras del conde.

—Beitran, le dijo con dulzura, id á buscar esencias

y cordiales que puedan reanimar las fuerzas de la reina.

El conde se apresuró á obedecer, y tan luego como la Padilla se quedó sola con doña Juana, fijó en ella sus ojos, que brillaban con un resplandor feroz, como los de una ave de rapiña.

—¡Amante frívolo y crédulo! murmuró; ¡crée haber aplacado mi cólera con una sola palabra! ¡después de haber atormentado lenta y cruelmente mi corazón, se deja desarmar por una sonrisa falsa! ¡Ved ahí esa mujer sin valor á quien ha dado la preferencia en contra mia, á quien defiende para librarla de mi venganza, á quien me entrega! Esa noble señora ¿no está muerta en este momento, puesto que se halla ahí, delante de mí, sin acción y sin voz? ¿Por qué ha de despertar de su letargo? ¡Es un crimen prolongar para siempre ese pasajero sueño? ¿habré de temer la delación de ese ambicioso cuya fortuna insolente puedo hundir acusándole de ser mi cómplice? ¡Además, si vive la reina quedo perdida; si muere se salva mi honor, y D. Beltran se juzgará muy dichoso con que yo no desdigne su mano. La reina ha sido muy buena para mí hasta hoy, es verdad; pero don Beltran la profesa vehemente amor, y si ella muere se verá obligado á casarse conmigo!...

Luego, acercándose á doña Juana, cuya cabeza estaba echada hácia atrás, y cuyos pálidos lábios se

hallaban entreabiertos, añadió mirando á la sortija que se habia puesto en el dedo:

—¡A la verdad que es muy fuerte la tentacion!

De pronto resonaron los pasos de D. Beltran en el extremo de la inmediata estancia.

—¡Llegarás demasiado tarde! dijo procurando arrancarse la sortija del dedo.

La sortija resistia.

El conde iba á entrar.

La hermosa Padilla hizo un nuevo esfuerzo. El resorte, comprimido con violencia, se abrió, el veneno se escapó de su tubo circular y se inyectó en la quemadura que doña Mencia se habia hecho en la mano.

Don Beltran abrió la puerta.

El efecto del veneno fué instantáneo. Ya no era sangre, sino lava ardiente, abrasadora, lo que circulaba por las venas del aya de la infanta.

Cuando el conde llegó junto á ella, ya no vió á la mujer altiva que poco antes, todavía, le amenazaba, sino á una criatura desdichada que se revolvia en las convulsiones de un dolor horrible, y cuyos lábios lívidos temblaban y se crispaban sin cesar.

—¿Qué habeis hecho, Mencia? le preguntó.

—He querido librarme de mi rival, y Dios me ha castigado... Beltran... murmuró con voz apagada. El veneno que destinaba yo á la reina... me abrasa, y

me llega al corazón... ¡Ah! ¡Dios es justo!... Os amaba yo demasiado, y nada podía hacer para labrar vuestra ventura. ¡Este amor había pervertido mi alma! ¡Me había hecho perder mi altivez y mi virtud!... Mi muerte salva á la reina y os sirve de mucho, Beltran. Así pues, ¡loado sea Dios!... El amor que no sabe sacrificarse, es malo y cobarde. ¡Y yo no podía, no! ¡nunca me hubiera hallado con fuerzas suficientes para perdonar su felicidad á mi rival!... ¡Ah! ¡cuánto padezco!... pero bendigo este sufrimiento, puesto que aseguro vuestro reposo... Sí, D. Beltran, ¡habeis hecho bien en preferir á la reina!... vale mas que yo... ¡Dios mio! ¡Dios mio!... ¿por qué tanto sufrir?... ¡Ah! Beltran, ¿me dejareis morir sin perdon?...

—¡Pobre mujer! dijo el conde.

—¡Gracias, Beltran, gracias! repuso doña Mencía, cuyas facciones se alteraban y descomponian con espantosa rapidez. ¡Ah! ¡escuchad el consejo de una moribunda!... Nunca os olvideis en vuestros proyectos de contar con el auxilio de Dios. ¡Hace un momento creí triunfar de doña Juana y de vos, y voy á morir!... ¡Es un aviso severo!... Pero os lo suplico, Beltran, decidme que me perdonais; porque me arrepiento... ¡me arrepiento en esta hora suprema!

—Os perdono, doña Mencía, dijo el conde con dulzura, y yo que os he arrastrado al crimen, yo que he sido cruel y culpable para con vos, me arrepiento

LA HIJA DEL CURTIDOR.



La infanta acudió gozosa, sosteniendo penosamente la bolsa llena con una de sus manos blancas y delicadas, mientras que con la otra [sacaba puñados de moneditas.]

tambien de haber desconocido vuestro corazon y despreciado vuestras lágrimas.

Procuró la Padilla sonreir y ahogar los gritos que le arancaba el dolor; luego, despues de haber dirigido una mirada vaga y vacilante á la reina, que continuaba desmayada, alzó penosamente una mano, pesada ya como el plomo, é hizo seña á D. Beltran para que se acercase aun mas.

D. Beltran se arrodilló junto á ella con el fin de no perder ni una sola de sus palabras, que salian confusas y casi ininteligibles por entre sus dientes oprimidos.

—Esta tarde... á las seis... dijo, haciendo un esfuerzo supremo, id al puente de Toledo... conde de Ledesma...

—¡Al puente! repitió el conde sorprendido.

Doña Mencía hizo una señal afirmativa.

—¿Pues qué va á ocurrir allí? preguntó D. Beltran, y levantándola en sus brazos, fijó una mirada ansiosa en aquel rostro desfigurado ya por las visiones de la muerte.

—¡Quieren... apoderarse del rey... y llevársele!

Y con esta palabra se exhaló el último suspiro de la hermosa dona Mencía de Padilla.

VI.

Hacia las seis de la tarde, en el momento en que la procesion iba á ponerse en marcha, se cerraron todas las tiendas en la imperial ciudad. La gente del pueblo, vestida con sus trajes de dia de fiesta, invadia las angostas y tortuosas calles de Toledo como un rio desbordado.

El altar erigido en el puente viejo, y debido al religioso cuidado de los habitantes del barrio, parecia servir de punto de reunion á aquella multitud compacta y ruidosa.

Cada hombre del pueblo, poniendo en juego sus manos y sus codos, procuraba çoger un puesto en la

carrera, para su mujer y sus hijos, con el fin de que pudiesen ver desfilan la comitiva.

En cuanto á los numerosos nichos que habia encima del parapeto del puente, los chicos de las inmediaciones los ocupaban desde el mediodia, y el temerario que hubiese intentado desalojarlos de allí, de seguro lo habria pasado mal.

Todas las fachadas de las casas que habia en la carrera estaban adornadas con vistosas colgaduras. Todas las calles se hallaban sembradas de hojas y de flores que iban arrojando á puñados algunos grupos de muchachas.

En las ventanas y balcones se veia multitud de jóvenes lujosamente ataviadas que lanzaban miradas de fuego á los apuestos donceles que paseaban por la carrera, conversando alegremente y dirigiéndolas amorosas sonrisas.

Digamos, aunque hayamos de censurar á los habitantes de Toledo que no obstante la santidad del dia y la ceremonia religiosa que iba á verificarse, no se veia reinar en la ciudad ese recogimiento ni esa calma solemne que deben presidir á toda festividad sagrada.

Algunas lavanderas chillonas y vocingleras estaban lavando unas mantas debajo de un arco del puente. Unos cuantos lacayos paseaban por la orilla del rio magnificos caballos ensillados y completa-

mente enjaezados que llevaban del diestro.

En un callejon oscuro, situado á unos cuarenta pasos del puente, habia una litera sostenida por cuatro mulas vigorosas, y rodeada de un corto número de hombres armados y montados. Todos ellos parecian ocuparse muy poco de la procesion; antes bien se conocia que no aguardaban sino una señal para lanzarse á galope tendido. En unas tribunas reservadas, situadas á ambos lados del altar, se hallaban reunidos, como por mera casualidad. D. Pedro Giron el almirante de Castilla, D. Juan Pacheco, marqués de Villena, Benavente, el conde de Palencia y algunos otros.

D. Alfonso, D. Enrique, D. Fernando, D. Alvaro de Zúñiga, todos jóvenes é impetuosos, iban de un lado á otro del puente, como para vencer el fastidio de estar aguardando harto tiempo, entreteniéndose en requebrar á las muchachas cuando eran bonitas, y en burlarse de sus novios cuando eran celosos.

Pero á una seña que hizo el marqués de Villena D. Alfonso Enriquez se separó de sus amigos y se fué en derechura á él.

—Querido amigo, dijo Villena de modo que solo le oyese su interlocutor; esta tarde, á eso de las seis, debe decirme doña Mencía de Padilla por conducto de mi criado Pablo el traje que ha elegido el rey y el puesto que ocupará en la procesion. Cuidad con

esmero de que ese hombre pueda desempeñar su encargo sin tropiezo alguno.

—Confiad en mí, señor marqués, repuso el hijo del almirante, comprendo toda la importancia de ese mensaje.

—Ya comprendereis que, sin ese dato, el rey se nos puede escapar tambien esta noche, y vive Dios que ya es tiempo de concluir. Hace hoy ocho dias, prosiguió D. Juan Pacheco, pero con voz tan sorda que parecia estar hablando consigo mismo, se derramó lo mas puro de nuestra sangre sin resultado alguno para nuestra causa. Diez aliados nuestros, de los mas jóvenes y valientes, fueron decapitados á consecuencia de la insurreccion intentada en Medina del Campo; ayer presenció Toledo, en la plaza del alcázar, el espectáculo vergonzoso de una rebelion abortada: doscientos hombres huyeron cobardemente delante de uno solo. En la pasada noche, el valido del rey, á quien teniamos bien envuelto en nuestras redes, supo romper sus mallas, y solo Dios sabe cómo lo hizo. Sin embargo, el pueblo, que aguarda y tiene la vista fija en nuestras obras, se cansa de esas luchas diarias, empresas aventuradas que le parecen insensatas porque no logran buen éxito. Y tiene razon el pueblo porque gastamos inútilmente nuestros esfuerzos y si por milagro estuviese vivo D. Beltran, multitud caprichosa nos abandonaria. Asi pues, es

preciso dar un golpe decisivo antes de que nuestro enemigo venga á desmentir por sí mismo el rumor de su muerte.

—Además, la muerte del conde, si se confirma, solo seria una victoria incompleta para nuestro bando.

—Arrebatando al rey la completamos.

—Nada faltará por culpa nuestra, señor marqués, contestó el jóven, pues todo se ha ejecutado con arreglo á vuestras órdenes. Los hombres que veis agrupados en aquel punto ocultan bajo su ropa las teas que dentro de un momento propagarán el incendio á favor del cual hemos de arrebatár á D. Enrique; las lavanderas situadas debajo del puente están empapando en el agua del rio las mantas que han de servir para contener el progreso de las llamas y apagar el fuego; la litera en que hemos de conducir á nuestro real cautivo solo aguarda una señal para arrancar á galope, y nuestros caballos, completamente enjaezados, se pasean con la mayor tranquilidad por la orilla del rio.

—Así pues, replicó Villena, solo nos falta ya el mensaje de doña Mencía. ¿No es cosa singular que esa mujer, con una sola palabra y por su mero antojo, pueda destronar á un rey ó entregar al verdugo las cabezas mas nobles de Castilla? ¿Que en el momento mismo en que estoy hablando, el aya desleal

de la infanta; tenga en su mano la suerte del reino?

—El ódio que la hermosa Mencía profesa á don Beltran de la Cueva, nos responde de su fidelidad.

—Sin embargo, dijo D. Juan Pacheco, quien comenzaba á sentir alguna inquietud, va pasando la hora y el mensajero no viene. Mientras llega, id á reuniros con vuestros amigos; pero sobre todo, para no despertar sospecha alguna, continuad fingiendo entre vosotros la alegría mas completa. Nadie desconfia de los jóvenes locos y aturcidos.

Y habiendo estrechado la mano del joven, siguió paseando por el espacio que habian dejado libre para el paso de la procesion, mientras que D. Alfonso se confundia entre la multitud que habia á ambos lados del puente.

Habia un gran movimiento en la cabeza del puente, y del centro de la multitud agrupada en aquel punto salian gritos que anunciaban una lucha violenta. Los mas curiosos acudieron á ver lo que era.

Una litera lujosa, cuyas cortinillas de seda estaban cuidadosamente corridas, y que conducian dos caballos fuertes y ágiles, habia intentado pasar por entre la multitud tosca y andrajosa que obstruia la entrada del puente; pero á los ruegos del palafranero para solicitar que le abriesen paso, habia contestado la gente del pueblo con insultos y silvidos.

Los cuatro pajes que escoltaban la litera habian

desenvainado sus dagas para hacer frente á los que los amenazaban y abrirse paso á la fuerza por entre aquellos vagamundos andrajosos; pero en un momento cayeron sobre ellos cien manos callosas, que los derribaron y rompieron sus frágiles armas; los caballos, golpeados por todas partes, se levantaron de manos espantados, las varas de la litera se doblaron y rechinaron como si estuviesen próximas á romperse, y en el interior resonaban gritos desgarradores. Los caballeros que estaban allí cerca, conmovidos por aquellos ayes lastimeros, se acercaron desenvainando sus espadas. Entonces se apartó la multitud, y los pajes pudieron levantarse.

Una mano blanca y diminutiva acababa de entreabrir las cortinillas, y una vaz argentina murmuró tímidamente:

—¡Gracias, señores, gracias!

Pero muy luego, la jóven, cuyo rostro hermoso habia deslumbrado como un relámpago los ojos de los valientes hidalgos, oyó requiebros tan audaces, vió sonrisas tan provocativas, sintió fijarse en ella miradas fan insolentes, que se llenó de angustia y pená, y sus defensores comenzaron á parecerle mas temibles que sus enemigos.

Imploraba ya el auxilio de Dios, cuando la multitud se entreabrió para dejar el paso libre á un hombre que parecia inspirar al pueblo un respeto simpá-

tico, y á los nobles un desden mezclado con terror.

—Vamos, atolondrados jóvenes, dijo, dejad pasar libremente á esa mujer. Todo cuanto es débil tiene derecho á nuestra compasion.

—¡Eh! maese Peregil, dijo D. Alfonso, ocupaos de vuestros cueros y dejadnos admirar á nuestro antojo la piel suave y fina de nuestras hermosas doncellas toledanas.

—¡Por Santiago que tiene razon D. Alfonso! añadió Zúñiga.

—¿Y perteneceis vosotros á la orden caballeresca de Calatrava, que instituyó el rey D. Sancho? repuso el curtidor. Si la vistosa cruz que llevais al pecho no fuese ya roja, á la verdad que creo la haríais ponerse colorada de vergüenza.

—Maese Peregil, replicó el hijo del almirante, si me hallase en vuestro lugar, tiraría el delantal de cuero y me haria predicador. De seguro teneis ya la vocacion.

—¿Y quién se lo impide? añadió el conde de Palencia; ya no tiene mujer ni hijos.

Estas palabras imprudentes cayeron sobre el corazon del curtidor cual plomo derretido.

—Es verdad, murmuró con voz sorda, mientras dos lágrimas ardientes corrian por sus megillas. Dios ha llamado á sí á mi mujer, y el rey me ha robado á mi hija.

El marqués de Villena, inquieto ya al ver aquel coloquio, intervino en cuanto conoció al curtidor que tanta influencia tenia sobre el pueblo de Toledo.

—Si maese Peregil es áspero y brusco, algunas veces, no por eso deja de contarse entre los defensores mas firmes de nuestras franquicias y privilegios, y con ese motivo tiene derecho á nuestra estimacion. Que los que me aprecian me imiten.

Y tendió valerosamente su mano al curtidor, quien se inclinó sin tomarla.

—¡No, no! dijo Peregil, no merezco tanto honor, señor marqués; sin embargo, os doy gracias por vuestras palabras. Teneis razon, soy como nuestros verdes robles; la corteza es áspera, pero el carazon es bueno. Si un vecino me dice que le preste auxilio para matar un toro furioso ó un caballo que muerde, lo hago con mucho gusto, porque me agrada destrozor todo lo que es dañino. Pero si encuentro en mi camino á un grupo de muchachos que se divierten en desplumar sin compasion á un pobre pajarillo que por desgracia se ha caido del nido de su madre, ¡oh! entonces se oprime mi corazon y se arrasan mis ojos en llanto; hago huir á los muchachos mal intencionados, cojo el pajarillo, le caliento al sol entre mis dos manos y le restituyo su libertad. ¡Y sin embargo, añadió con voz casi ininteligible, á mí nadie me ha restituido mi hija!...

Un sollozo abogado resonó dentro de la lítera.

—Señora, dijo el curtidor adelantándose, podeis proseguir vuestro camino.

Su mano callosa se habia apoyado en el borde de la portezuela, y Peregil sintió que de pronto le caian en ella dos lágrimas, á las cuales siguió el contacto de dos labios húmedos.

Entonces esperimentó una conmocion terrible. Aquel beso acababa de correr con un estremecimiento, desde su mano á su corazon. Con la otra mano apartó bruscamente las cortinillas. Su corazon no le habia engañado: era verdaderamente un beso de su hija.

—¡Padre mio! ¿no me perdonais? dijo Inés sollozando.

El curtidor palideció, y se nubló su vista pero dominó aquella debilidad involuntaria y contestó con voz alterada:

—Si por acaso te hubiese encontrado mendigando tu sustento con tu niño en los brazos, hollando el polvo de los caminos con tus piés desnudos, te habria perdonado; sí, habria tomado de la mano á la pobre madre, á la pecadora arrepentida, y la hubiera conducido á mi casa.... ¡Pero encontrarte así ostentando el fastuoso lujo de una cortesana.... nunca!...

—¡Padre mio! ¿sereis tan despiadado?

—¿Has tenido compasion de mí, Inés? En medio de

tus placeres y tus goces, ¿has pensado en la desesperación de tu padre?

—¡Oh, dejadme expiar mi falta á fuerza de humildad y de privaciones!

—¿Cómo me has de compensar mis noches de vigilia, durante las cuales veo aparecer la afligida sombra de tu madre, que me dice: «¿Qué has hecho de mi hija?»

—¡Perdon, perdon, padre mió!

—Y sin embargo, prosiguió el curtidor, te habia ocultado de las miradas de todos. Si hubieras sido siquiera una de esas pobres niñas abandonadas, flores que crecen en la orilla de los caminos, y que el primero que pase puede marchitarlas con su hálito impuro ó estrujarlas con su mano!.... ¡Ah! mira, mira, no tienes la menor disculpa!

Inés, humillada, bajaba la cabeza y lloraba. La multitud permanecía silenciosa. Algunos jóvenes de la nobleza que se hallaban próximos se sonreían.

—¡Oh, es verdad, he sido muy culpable! dijo la pobre niña. ¡No debí haber amado á un hombre mas que á mi honra, mas que á mi padre!

Peregil prosiguió fijando en ella su mirada triste.

—Te veía crecer complacido, como al árbol que habia de darmé sombra en mi vejez; creí haber sembrado la felicidad para recojerla en el otoño de mi

vida, llegó otro que segó artero mi cosecha, y ya solo recojeré vergüenza.

Inés ya no suplicaba; sollozaba al oír la voz amada de su padre, que vibraba aterradora en su oído.

—Pero hay un Dios justo y vengador, añadió Peregil con acento de ódio, y el castigo, aunque sea tardío, nunca deja de alcanzar al delincuente. A todo malvado le llega su día aciago, y para ese, ¡loado sea Dios! que ya le vá á llegar.

Inés, que se habia arrodillado en los cojines de la litera, se levantó de improviso llena de espanto.

—¿Que quereis decir, padre mio? exclamó, sin atreverse á buscar por sí misma la esplicacion del sentido oculto que encerraba aquella amenaza.

—Quiero decir, contestó Peregil bajando mas aun la voz, mientras que su semblante se animaba con salvaje alegría, quiero decir que antes de una hora tu régio vástago será como tú, un hijo sin padre.

Inés lanzó un grito de desesperacion, sintió un sudor frio en todo su cuerpo, y cayó privada de sentido. Cuando volvió en sí, ya no estaba allí el cortidor: los pajes le habian visto alejarse con rapidez y perderse entre la multitud.

La jóven, loca de dolor, se arrojó fuera de su litera: pero en vano buscó á su padre con la vista. Entonces cruzó por su imaginacion un presentimiento. Recordó que durante la noche anterior habia te-

nido frecuentes pesadillas y visiones, que le parecían un presagio de muerte; pero mientras que acongojada y desconsolada reflexionaba de qué medio podría valerse para cruzar por entre la multitud y llegar hasta el rey, Toledo, la ciudad de las campanas, echaba á vuelo sus innumerables lenguas de bronce, con el fin de avisar á los fieles que la procesion acababa de salir de la iglesia y estaba ya en marcha.

Al oír aquel ruido retumbante, las masas populares se pusieron en movimiento; todos corrieron tumultuosamente á colocarse de nuevo en sus puestos.

Inés, al sentirse arrebatada por aquel remolino vivo, sintió una especie de vértigo.

Sin embargo, el sonido de cada campana, repercutido de eco en eco, vibraba con distintas modulaciones, y parecia tener voces para todas las alegrías y para todos los pesares. Cada cual encontraba en ellas una frase de sonidos, unas veces irónica ó amenazadora, otras alegre ó dulce, que correspondia á su pensamiento mas secreto. Aquellos arpegios sonoros embriagaban á los niños con inquieta alegría, á los devotos con místico éxtasis, á los amantes con esperanzas misteriosas. Si habia fanfarrias armoniosas para los corazones felices, tambien para los que sufrían habia acentos fúnebres y lúgubres lamentos.

La voz inmensa de todas aquellas campanas penetró hasta lo mas profundo del alma de Inés, siniestra y terrible cual si hubiese de anunciar las oraciones de los difuntos, y tambien en ella creyó encontrar un presagio de muerte.

Cruzó las manos con fervorosa espresion, y alzando al cielo sus ojos en que brillaban algunas lágrimas, exclamó con exaltacion:

—¡Virgen santísima, si salvais á mi amado rey, hago voto de subir descalza á la cumbre de la árida montaña en que se halla situada vuestra ermita, y de vender todas mis joyas y galas para ofreceros una lámpara de oro fino.

En aquel momento, el cielo, que estaba nublado, le pareció que se despejaba; uno de los rayos posteros del sol poniente atravesó por entre las nubes, é inundó al punto de brillante claridad; entonces vió Inés cerca de sí, caminando inquieto y cejijunto, á aquel mismo hidalgo ante el cual se habian apartado con tanto respeto los aturridos jóvenes que rodeaban poco antes su litera.

Comprendió que aquel hombre debia ser uno de los personajes principales de la córte, y por consiguiente uno de los servidores mas fieles del rey. La pobre jóven dió gracias mentalmente á la Providencia, y corrió hácia aquel protector que le depa-

Era D. Juan Pacheco, marqués de Villena, quien miraba desde lejos con terror como se iba acercando la procesion, antes de haber recibido el mensaje prometido por el aya de la infanta; era aquel jefe de la Liga, impetuoso y ardiente á la par que astuto y solapado, quien previendo una traicion y comprendiendo su impotencia, murmuraba de antemano las imprecaciones del vencido.

—¡Caballero, exclamó Inés cogiéndole de la mano, en nombre del cielo, venid á ayudarme á salvar al rey, á quien quieren matar!

El marqués de Villena, asustado por aquella revelacion inesperada, dió bruscamente un paso hácia atrás, como un hombre que siente resbalar su pié en la orilla de un precipicio sin fondo.

—¡Callad, imprudente! murmuró poniendo en los lábios de la jóven su mano yerta como la de un cadáver.

Inés, asustada á su vez por aquel ademan violento y por la palidez lívida que cubrió el semblante del marqués, retrocedió y tuvo tentaciones de huir, pero recobrando muy luego todo su valor, repuso:

—¡Como, vengo á deciros que quieren matar al rey, y teneis miedo de que oigan mis palabras! ¡y me mandais que guarde silencio! ¿Así defendeis á vuestro amo?

—En primer lugar, nadie intenta matar al rey...

¿Cómo os llamais, señora? preguntó con brusco acento el marqués, fijando una mirada irritada en aquel hermoso rostro que estaba pálido de angustia.

—Soy Inés, una mujer á quien despreciais, como todos, porque ama al rey Enrique; á quien aborreceis, acaso, porque posee el amor del rey, contestó la joven resueltamente, aunque vivo rubor veñia su frente.

El marqués de Villena se inclinó entonces con fingido respeto y dijo:

—Señora; antes de disculparme por el acto de violencia á que acabo de dejarme arrastrar involuntariamente, os juro, por mi adhesion al rey, que os han engañado por completo, y que ese digno monarca no corre hoy peligro alguno.

—Afirmar eso es una locura, repuso Inés con singular persistencia; quereis tranquilizarme porque me veis temblar ante vos como si se hallase próxima mi última hora... Pero, ¿sospechais siquiera las conjuraciones que pueden estarse tramando á estas horas en Toledo? Un golpe criminal de esa especie se da en el momento en que mas confiados están todos. ¡Ah! prosiguió Inés con voz suplicante, si es verdad que amais al rey, conducidme junto á él.

—¡Por saber donde encontrarle en este momento, dijo el marqués, creed que daria diez años de mi vida.

Inés interpretó equivocadamente el sentido de estas palabras.

—¡Ah! ¡sois un vasallo fiel! repuso trasportada de júbilo. Pues bien, si ignorais donde está el rey, al menos es preciso que me ayudeis á buscarle.

—Lo que me pedís es imposible, señora, contestó Villena con profundo desaliento, pues veia acercarse la cabeza de la procesion que no distaba cincuenta pasos del puente.

—¡Imposible! repitió Inés fijando en el marqués una mirada de asombro. No os entiendo. ¡Imposible encontrar en Toledo al rey de Castilla, y en un dia de fiesta!

El marqués de Villena estendió su mano en direccion á la comitiva religiosa, y dijo:

—¡Veis, señora, esa procesion que adelanta hácia nosotros? Pues bien, el rey se oculta en medio de dos mil penitentes que la componen, y quereis que bajo el hábito de un penitente, cuyo rostro va cubierto con un antifaz, podamos conocer al rey!

—Inés se estremeció, pero de pronto brilló en su semblante singular espresion de entusiasmo.

—Consentid en hacer que llegue á sus manos una sortija mia; esta señal le advertirá que le amenaza algun peligro, y os juro enseñaros al rey cuando pase.

—¿Vos? repuso con viveza el marqués, quien

creía estar soñando. ¿Cómo podreis?

—Le amo, caballero, y una mujer conoce siempre al hombre amado, aunque sea en medio de la multitud, aunque vaya enmascarado, aun cuando sea después de diez años de separacion, dijo Inés cándidamente.

Villena alzó de improviso la cabeza, como un tigre que olfatea su presa.

Aquella confesion sencilla de la jóven se transformaba para él en un arma terrible.

Inés, arrastrada por su amor, habia ido mas lejos de lo que debiera. La pobre niña, al querer salvar al rey, le perdía.

—Venid, señora, dijo Villena; os colocareis junto á mí en la tribuna preparada para el arzobispo de Toledo, y para el gran maestre de Calatrava. El rey no podrá menos de veros, y su sorpresa se revelará por algun ademan ó gesto que no nos dejará duda alguna.

Y la llevó rápidamente consigo.

Apenas habia subido Inés á la tribuna cuando aparecieron en el puente un corregidor y dos alcaldes.

Iban escoltados por cuarenta soldados armados con picas, con las cuales rechazaban rudamente al pueblo aglomerado en ambos lados de la carrera.

Cuando el puente quedó despejado, comenzó á

pasar una cuadrilla de músicos que iba tocando trozos mas ó menos adecuados á las circunstancias; pero acogidos siempre con visible contento y entusiasmo por la multitud.

Detrás de los músicos caminaba la Tarasca, serpiente gigantesca colocada sobre unas ruedas y puesta en movimiento por algunos hombres ocultos dentro de ella; agitábase y revolvíase en tortuosos pliegues, amenazando á los curiosos y aparentando que iba á devorarlos.

En seguida venian veinte cruceros con sus cirios, un fraile que ofrecia á las miradas del público un pedazo de la cuerda con que se ahorcó Judas Iscariote, los calvaristas presentando en una bandeja de plata todos los instrumentos de la pasion, y por último los nazarenos llevando imágenes que representaban á Jesucristo de tamaño natural, atado á la columna, sudando sangre y agua, coronado de espinas, agoviado bajo el peso de la cruz, y por último crucificado entre los dos ladrones.

Al fin de todo esto abrian su misteriosa marcha las diferentes cofradías de penitentes. Cada una tenia su color particular, pero todos los penitentes vestian un saco de tela de la misma forma, con una capucha que les cubria por entero la cabeza; sin mas abertura que dos agujeros para los ojos y otro para la boca.

Llevaban escapularios y un rosario de quince dieces colgado de la cintura; las armas de la cofradía las llevaban bordadas ó pintadas en la espalda ó en el pecho.

Las miradas de todos los conjurados se fijaban con avidez en el marqués de Villena, aguardando una señal suya.

Las dos primeras cofradías desfilaron en medio del mayor silencio y recogimiento; pero cuando les llegó su vez á los penitentes blancos, Inés, inclinada hácia adelante, los observó uno por uno con su mirada inquieta. Detrás de ella estaba de pié el marqués de Villena, quien fingía sonreír y estarla requiriendo de amores.

Un penitente blanco se detuvo de improvisó delante de ellos.

Por su ademán de sorpresa y de cólera, y sobre todo por el relámpago que lanzaron sus ojos por los agujeros de la máscara que cubria su rostro, conoció Inés á D. Enrique IV.

—¡Ese es! dijo la jóven, temblando de emoción, y entregando una sortija al marqués de Villena.

Este bajó de la tribuna y alcanzó al penitente, á quien detuvo tirándole de la manga del hábito; pero mientras conversaban en voz baja, estalló una gritaría inmensa por todas partes.

Uno de los acólitos que llevaban cirios acababa

de cometer la imprudencia de dejar caer el suyo á los piés del rey, á cuyo hábito se habia prendido fuego en seguida. La llama subió con rapidez y le rodeó por completo.

Los penitentes que se hallaban cerca de D. Enrique huyeron presurosos, escitados por el terror y por el exclusivo cuidado de la propia conservacion.

Entonces D. Alfonso y sus compañeros se lanzaron á donde estaban las lavanderas, viendo pasar la procesion con sus mantas mojadas colocadas sobre el parapeto del puente, se apoderaron de estas y las arrojaron sobre el hábito inflamado del penitente; luego, levantándole en sus brazos como para prestarle auxilios, se dirigieron rápidamente hácia la litera que les estaba aguardando.

La multitud se habia abierto precipitadamente ante ellos para dejarles llevar á cabo con entera libertad su caritativa obra, cuando un hombre, que habia algunos instantes estaba apostado en uno de los ángulos del puente, observando silenciosamente los manejos y hasta los mas leves movimientos de los conjurados, se arrojó al encuentro de ellos con espada en mano.

El hijo del almirante y sus compañeros, sorprendidos por aquel ataque imprevisto, retrocedieron con el mayor desórden. El desconocido, aprovechando rápidamente aquel momento de confusion, arrancó

las mantas en que los conjurados habían envuelto al rey, levantó á este en sus robustos brazos, y luego, colocándose con un salto sobrehumano encima del parapeto del puente, se tiró al Tajo con su preciosa carga. El agua se entreabrió y volvió á cerrarse sobre aquellos dos cuerpos, formando blanca espuma.

En cuanto á Inés, habíase desmayado al ver al régio penitente envuelto en llamas, y sus pajes lograron alcanzarla, á costa de mucho trabajo, en medio de aquel tumulto, y trasladarla á su litera, mientras que mil cabezas se inclinaban con ávida ansiedad sobre el líquido abismo en cuyo seno acababan de sepultarse los dos actores en aquel drama singular.

Un momento despues volvieron á aparecer en la superficie del rio, manteniéndose estrechamente agarrados, como dos luchadores encarnizados; pero las aguas en su rápida corriente, les arrastraron muy luego, y como la noche tendia su manto sobre la tierra, desaparecieron de la vista de todos.

Entre tanto, el rey y su temible compañero, aturridos por la caída, sofocados por el agua, agarrados uno á otro, nadaban con una sola mano al paso que procuraban respirar fuera del agua; pero D. Enrique sintió de improviso un dolor agudo, y al mismo tiempo todos sus miembros se contrajeron convulsiva-

mente desde la cadera izquierda hasta el tobillo: eran las primeras punzadas de una quemadura profunda que las llamas le habian hecho en la pierna, junto á la rodilla.

Se creyó perdido sin remedio. En menos de un segundo cruzaron por su cerebro mil ideas confusas. Tuvo un pensamiento para su tierno hijo, un recuerdo para Inés, un pesar porque abandonaba la vida tan jóven; pero al propio tiempo, que se resignaba á morir, dijo para sí con una especie de alegría amarga:

—¡Al menos no moriré sin venganza!

Y encadenando al desconocido entre dos brazos que habria sido preciso romper para desasirlos; sujetándole, en fin, con la ciega energia y obstinacion del hombre que se está ahogando, le dijo con voz sorda y provocativa como un reto:

—¡Que venga ahora la muerte, que á ambos nos alcanzará!

La corriente continuaba arrastrándolos con espantosa rapidez.

—¡Señor, repuso el desconocido manteniéndose en la superficie del agua, no obstante el peso que llevaba consigo, espero que, con la ayuda de Dios, nos salvaremos juntos!

—¡Beltran! exclamó D. Enrique, conociendo con una sorpresa, mezclada con supersticioso terror, la

voz de su favorito, ¡aun estás vivo!

Y al mismo tiempo se aflojaron sus músculos y abrió los brazos.

D. Beltran creyó que el rey se desmayaba, y le sostuvo con una mano.

—¡Animo, señor, ánimo! dentro de poco instantes llegamos á la orilla!

—¡Imposible, amigo mio, estoy herido! ¡Abandóname aquí, pues de lo contrario te pierdes sin salvarme!

En aquel momento pasaban por un grupo de juncos y otras plantas acuáticas, entre las cuales murmuraba el río sordamente.

D. Beltran las sintió doblarse con suaves ondulaciones, como para rodearse mejor á sus piernas.

Erizóronsele los cabellos á impulsos del terror.

Aquel paso duró tres segundos, y en tan breve espacio sintió la angustia del reo que con los ojos vendados y arrodillado ante el tajo, espera que el hacha caiga sobre su cuello; pero muy luego no oyó sino el bullicio murmurar de las aguas del río, que se agitaban ruidosamente entre ambas orillas.

En aquel momento comenzaban á agotarse las fuerzas del vigoroso nadador. En cuanto al rey, se dejaba llevar por su salvador cual una masa inerte.

El ambicioso conde de Ledesma llegó á dudar del éxito de su audaz empresa; pero en el instante

en que su brazo entumecido iba á soltar la preciosa carga que sostenia, y á cuya salvacion iba unida su fortuna, consiguió agarrarse á las cañas que crecian en la orilla del rio. Logró hacer pié, aunque hundiéndose en el fango hasta la rodilla, y tambaleándose bajo el peso del cuerpo de D. Enrique, salió del agua.

Cuando llegó á un terreno seco, se arrodilló ante el pobre rey de Castilla y cortó los cordones de su jubon para que pudiese respirar; en seguida apoyó una mano en su corazon para ver si latia.

Don Enrique, despues de algunos instantes de entorpecimiento, entreabrió los ojos, y al conocer á D. Beltran le tendió una mano, diciéndole con voz débil:

—¡Gracias, gran maestre de Santiago!

Y como si aquel esfuerzo hubiese agotado toda su fuerza, volvió á cerrar los ojos, agoviado por el cansancio y la emocion.

Pero el conde de Ledesma se enderezó, con la frente radiante de júbilo y de emocion, al oír el título magnífico con que el rey de Castilla acababa de recompensar su adhesion y fidelidad, y recobrando toda la energía de su juventud ardiente, se llevó á su soberano en sus brazos hasta la entrada secreta de su casita, diciendo:

—No podia yo abandonararte, Enrique IV, porque

tus enemigos lo son míos, y á no ser por tí, el gran maestre de Santiago se veria reducido á envidiar la suerte de un mendigo.

VII

Quince dias despues de la milagrosa resparacion del conde de Ledesma, una gran multitud de obreros estaban trabajando en la gran llanura que se estienda en las inmediaciones de Avila; se ocupaban en levantar un estado immense y en decorarle con régia pompa.

Detrás de aquel estado se alzaban chozas y tiendas de campaña, en donde se establecian cantinas y árgones para que los infinitos curiosos convecos de todos los puntos por los agentes y mensajeros de la lista, pudiesen siquiera pagar su sed y saciar su apetito.

VII.

Quince días después de la milagrosa reaparición del conde de Ledesma, una gran multitud de obreros estaban trabajando en la gran llanura que se extiende en las inmediaciones de Avila; se ocupaban en levantar un estrado inmenso y en decorarle con régia pompa.

Detrás de aquel estrado se alzaban chozas y tiendas de campaña, en donde se establecían cantinas y figones para que los infinitos curiosos convocados de todos los puntos por los agentes y mensajeros de la Liga, pudiesen siquiera apagar su sed y saciar su apetito.

En el momento en que las campanas de Avila anunciaron que iba á comenzar la ceremonia singular que tanta gente habia atraido allí, uno de los vanderos autorizados para establecerse en aquel sitio tuvo la idea ingeniosa de enarbolar encima de su gigantesca tienda de campaña, una magnífica muestra pintada, en la que se leian distintamente estas palabras escritas con letras enormes:

«¡Viva D. Alfonso, nuevo rey de Castilla!»

Sobre la puerta grande del establecimiento se leia tambien esta palabra tentadora: «Hostería,» y mas abajo, á manera de burlon aviso al público: «Sepan todos, grandes y chicos, que hoy, quien rompe paga.»

Nadie cruzaba por allí sin pararse á mirar aquellas muestras vistosas; por desgracia, la hostería estaba horméticamente cerrada de modo que todos pasaban de largo diciendo:

—Hé ahí un buen castellano: despues de la fiesta vendré á hacerle gasto.

Pero nadie se atrevia á detenerse: porque las oleadas de la multitud se empujaban unas á otras; en la inmensa llanura se agitaban, mezclados y confundidos, hidalgos, estudiantes, menestrales y labriegos de todas las provincias, é iba á comenzar la ceremonia; espectáculo tan singular que no nos atrevíamos á describirle si no se hallase consignado en todos los

anales y crónicas de España.

En efecto, acababan de descorrer las cortinas que cubrían la parte delantera del estrado, ofreciendo á la vista del pueblo sorprendido, la estatua del rey D. Enrique IV.

El monarca de Castilla, representado en un tamaño mayor que el natural, vestía un traje de riguroso luto y estaba sentado en su trono. Ceñía su frente la corona real; su mano derecha empuñaba el cetro, la izquierda el estoque.

Una partida de alguaciles rodeaba el estrado, y la bandera de Castilla, ondeando al viento, dominaba á los pendones de los nobles conjurados.

Estos, lujosamente ataviados, precedidos de trompetas y clarines, despues de haber oido una misa solemne en la iglesia de Avila, se dirigian hácia la llanura; en medio de ellos cabalgaba el infante D. Alfonso, montado en un caballo bayo enjaezado con terciopelo y oro.

Al verle pasar, la multitud gritaba entusiasmada:
—¡Viva D. Alfonso XII.

En efecto, aquel era el sucesor de D. Enrique IV, el rey elegido por los nobles confederados.

Cuando la comitiva hubo llegado enfrente del estrado, los principales conjurados, como eran el arzobispo de Toledo, los condes de Plasencia y Benavente, el marqués de Villena, D. Pedro Giron y D. Die-

go Lopez de Zúñiga, seguidos de alguaciles y heraldos, y de un pregonero, subieron juntos á la tribuna mientras que la música, cuyo efecto se habia combinado con previsora inteligencia, entonaba acordes llenos de lúgubre gravedad.

En aquel momento avanzaban en direccion á Avila, un caballero y una señora jóven, montados en magníficos caballos y seguidos á cierta distancia por un paje vestido de negro.

Tan luego como la jóven hubo llegado delante de la hostería que antes mencionamos, detuvo su cabalgadura é hizo seña al paje para que se acercase y la ayudase á apearse. El ginete echó tambien pié á tierra, y entregando las riendas á su silencioso y taciturno servidor, le mandó que aguardase allí.

Alejóse en seguida con su compañera, dirigiendo una mirada risueña á la hostería.

—¡Singular es la muestra que tiene ese figon! dijo á la jóven.

La esbelta dama apoyó su mano diminutiva en el brazo de su acompañante.

—¡Aguardad, señor, que aun vereis cosas mas singulares, y acaso entonces dejéis de sonreír!

En seguida apresuró el paso, cual si tuviese marcada impaciencia por encontrar las pruebas que habian de confirmar sus palabras misteriosas.

Su compañero era un hombre de estatura eleva-

da. Llevaba un sombrero de alas anchas calado hasta las cejas como para guarecerse del sol. Por la pluma rota de su castoreño, por su bigote retorcido, por su ancha capa que dejaba ver el extremo de una espada de combate, y sobre todo por su paso grave y acompasado, parecía ser un militar aguerrido.

En cuanto á la jóven, iba cuidadosamente encubierta, y aunque delicada y diminutiva de formas como una niña adelantaba por entre la multitud sin cuidarse de las palabras atrevidas ó groseros gestos que unos y otros le dirigian. Hacia que su compañero anduviese presuroso, cual si hubiese temido faltar al principio de la ceremonia, pero merced á sus esfuerzos, logró colocarse casi en primera fila entre los espectadores.

—Ahora que á favor de ese disfraz, y casi á pesar vuestro, os he arrastrado por fin enfrente de ese estrado, dijo con voz anhelosa, ¿os fiareis de lo que veais, hombre incrédulo?

El caballero miraba con indolente serenidad la triste efigie del rey Enrique IV, y contestó tranquilamente:

—Me pareca que aun cuando lo vea por mí mismo no he de creerlo.

—Que no os fieis de una mujer, cuyo amor inquieto puede crearse vanos terrores, lo comprendo; ¡pero no dar crédito á las revelaciones del conde de Le-

desma, que os ha dado recientemente una prueba irrecusable de su fidelidad y cariñol...

—Sí, D. Beltran me habló, hace tres dias, de esa nueva tentativa de los partidarios de la Liga... Pero sé que es tan suspicaz, tan desconfiado... que no di gran importancia á su noticia de una conspiracion mas audaz y terrible que todas las anteriores.

—Es preciso adoptar un partido sin tardanza, exclamó la jóven fijando en el monarca sus grandes ojos azules que resplandecian con un brillo sobrenatural; es preciso impedir que esos traidores lleven á cabo su proyecto impío.

—Sin embargo, alma mia, dijo el rey con su habitual vacilacion, seria preciso saber ante todo lo que quieren hacer esos rebeldes.

—Pues si eso, ya, para nadie es un secreto, replicó Inés con viveza, ¿sereis, acaso el único en todo el reino que lo ignore?

—Ese es el mismo proceder que emplean todos los conspiradores. Nada, fanfarronadas inútiles que no me impedirá mueran tranquilamente en mi lecho.

—En vuestro lecho, puede ser Enrique pero no en vuestro trono, porque delante de todo ese pueblo ahí reunido van á destronaros en efígie los magnates mas principales de vuestros reinos.

—¡Es imposible! murmuró el rey, quien no pudo contener un estremecimiento de sorpresa.

—Vais á asistir en persona á esos funerales vergonzosos de vuestro poder, señor, y sin embargo, valdria mas ser enterrado vivo, que no quedar desposeido así, sin combate ni resistencia, de los derechos que heredásteis á vuestros antepasados.

—¡Destronarme! repuso el desgraciado monarca. Pues bien Inés, en último resultado ¿no vale mas dormir en paz en la choza de un leñador que vivir sin sueño en el alcázar, espiondo incesantemente los pasos de los conjurados en el silencio de la noche, y tomando la daga de un fiel servidor por el puñal de un asesino? ¡Ah! esa vida de falso esplendor, siempre envidiada y amenazada, en que no es uno dueño de su amor, de su generosidad, ni de su honra, esa vida esclava, renunciaria á ella lleno de júbilo!

—¡Ah, señor! dijo la jóven con acento de dulce reconvenccion, ¿sois vos quien habla así?

—Antes de alarmarte, Inés déjame que pregunte á estas buenas gentes que me rodean y á quienes comienza á causar sorpresa nuestra conversacion en voz baja. ¡Estos no me engañarán!

Sin reparar siquiera en el espantó que causó á la hija del curtidor su imprudente resolucion, tocó familiarmente en el hombro á un honrrado artesano que estaba conversando con un hombrecillo conocido como el campanero mas ilustre de la catedral de Toledo, y le preguntó:

—Decidme, amigo, ¿qué va á pasar aquí? ¿Por qué está reunida en esta llanura multitud tan inmensa?

El buen artesano abrió la boca llena de estupor, fijó una mirada espantada en su interlocutor, y no acertó á contestar lo mas mínimo.

—¿De qué luengas tierras venís, buen soldado? dijo entonces con énfasis Maese Diego Melampo enderezándose sobre sus piernas cual gallo reñidor. ¿Es posible que ignoreis el acontecimiento mas notable que se ha visto en España desde la invasion de los moros?

—Me veo precisado á confesar humildemente mi ignorancia, contestó el caballero.

—Pues bien, sabed que el pueblo de Castilla aqui reunido, va á proceder á la destitucion de su rey Enrique IV.

—¿De veras? repuso D. Enrique con una sorpresa perfectamente fingida. ¿Con que ese pobre rey ya no tiene ejército, ni nobleza ni servidores?

—Mi buen soldado, dijo majestuosamente el campanero, conservad bien esto en la memoria, vos que no os hallais tan al corriente como yo de los acontecimientos políticos del reino: cuando un rey dá á uno solo en vez de dar á todos, es preciso que en el dia del peligro uno solo le defienda contra todos. A D. Beltran de la Cueva corresponde sacar al rey de su apuro.

—¿Entonces, en concepto vuestro, repuso Enrique riendo, ese pícaro valido del rey, es quien tiene la culpa del desastre público, y para castigarle es para lo que van á destituir á su amo?

—¡Sí señor, porque si algun hombre ha merecido que le ahorquen, es él! se aventuró á decir el artesano entre dos suspiros. ¡Ah, hay delante de mi casa una plaza tan hermosa para ahorcar á esas gentes!

—El conde de Ledesma, prosiguió el campanero, se halla poseido de una sed insaciable de honores y riquezas; nunca ha podido contentarse con lo que otros se habrian juzgado muy dichosos.

—¿Entonces, prosiguió el caballero, los castellanos van á elegir otro rey?

—Es preciso, dijo un curtidor jóven que les habia estado escuchando con muestras del mas vivo interés; cuando la obra sale mal, es preciso cambiar de herramientas.

Inés habia conocido á su primo Tello; se rebozó el manto á la cara y quiso llevarse al rey.

—Bien hablado, valiente mozo, añadió Enrique. Cambiad, pues de herramienta, y yo, para ver como os dedicais al trabajo, voy á procurarme un sitio mejor.

Y despues de haber hecho una seña de despedida con la mano, se metió mas adentro entre la multitud, con su compañera, para acercarse á la tribuna.

Ya no le separaban de ella mas que las dos filas de arqueros que las custodiaban.

—Si supiesen, dijo con su sonrisa tranquila, que tengo tan buen sitio en su comedia, ellos que han cometido la impolítica de no convidarme, se morirían de coraje y despecho.

—D. Enrique, ¿cuándo considerareis seriamente esa traicion infame que ya no se toma siquiera el trabajo de ocultarse, sino que estalla en mitad del dia y á la faz de todo un pueblo?

—Te digo que es una bufanada, Inés, y si vieses mi rostro, ni uno de ellos se atreveria á tocarme. Pero al fin, si tengo enemigos poderosos, tengo tambien defensores valientes.

Inés se encogió de hombros, estremeciéndose de impaciencia.

En el mismo instante sintió D. Enrique que le tocaban levemente en su brazo, y volviéndose vió junto á sí un fraile en quien conoció al conde de Ledesma.

—¿Tú aquí? le dijo. Vamos, ninguno de mis amigos habrá querido dejar de asistir á la destitucion de su amo.

—Me juzgais mal, señor, replicó friamente D. Beltran; pero daré gracias á vuestra hermosa compañera por haber escuchado mis consejos y puesto en juego toda su influencia para traer hoy al rey de Castilla á las llanuras de Avila.

Enrique IV palideció.

—¿Es esto un lazo que me han tendido? murmuró mirando fijamente á Inés, y á su privado. ¿Sereis vos su autor, D. Beltran? ¿Serás tú cómplice en esta intriga, Inés? ¡Ah! ¡los insultos de mis enemigos me hacen sonreír, pero la traicion de la mujer á quien amo, y del hombre en quien he puesto toda mi confianza, me desgarrarian el corazon!

—Para convenceros del peligro, respondió don Beltran, era preciso hacer que le palpaseis, y lo he conseguido.

—¿Segun eso, cuando solo creia yo acceder á un capricho de Inés, obedecia á vuestra voluntad, don Beltran? replicó el rey. Estais de acuerdo para dominarme.

—Para salvaros, señor, dijo el conde de Ledesma con vehemencia. Quiero que aplasteis por fin, bajo vuestras plantas á la serpiente de la traicion, que hasta ahora no ha hecho mas que silvar, pero que hoy se alza erguida para morderos.

Una sonrisa melancólica vagó por los pálidos labios de D. Enrique.

—¿Creéis, gran maestro de Santiago, que entre los tres solos podremos derribar ese estrado y arrojar lejos de aquí á ese pueblo numeroso que se estiende por toda la llanura de Avila?

—Señor, me juzgais acaso tan aturdido y casqui-

vano como un paje? replicó D. Beltran. ¡Ah! he pagado harto cara mi experiencia de hombre de Estado. Todo está dispuesto para la lucha, y no os hallais aqui solo y abandonado como pudiérais temerlo. Ved á esos hombres que nos rodean y que parecen estar tan impacientes porque comience el vergonzoso espectáculo que les han prometido. Cada uno de ellos lleva su coraza de hierro, y una espada y una daga, bien templadas. Cuento hasta con quientos hombres fieles y decididos hasta la muerte. Allá abajo, dentro de aquella tienda inmensa en que se ostenta un letrero insolente que solo es un engaño, una añagaza, os esperan sesenta ginetes bien armados. Es la escolta real. En menos de tres dias he sacado de las ciudades confiadas á su custodia dos mil quinientos soldados. El condestable D. Miguel de Aranzu se unirá á ellos con un cuerpo de tres mil arqueros. D. García Alvarez, conde de Alba de Tormes, nos trae su escuadrones. Toda esa gente es ya en marcha, á estas horas, sobre Avila. No es un hombre, sino un ejército, lo que va á caer sobre los de la Liga, que ya se creen triunfantes, cuál surca el sereno cielo un rayo aterrador. ¿Vacilais todavía, señores?

Inés, con los ojos llenos de lágrimas, escuchaba silenciosa las palabras del conde de Ledesma.

—Conde, dijo D. Enrique despues de reflexionar

un momento, ¿no es gran desgracia para un rey haber de pelear contra sus propios vasallos?

D. Beltrán no contestó, pero su fisonomía manifestó marcada indignación.

Inés, con las manos casi cruzadas en ademán suplicante, le miraba llena de admiración y de sorpresa.

El rey la sorprendió en aquel fervor de su entusiasmo, y se sintió lastimado.

—¿En que estais pensando, señora? le preguntó bruscamente.

—Admiro el valor y la energía de D. Beltrán, señor, replicó la joven con una exaltación que penetró cual acerado puñal en el corazón de D. Enrique. Me gusta esa voluntad poderosa que no se deja contener por vanos escrúpulos, y que triunfa de todos los obstáculos. Un hombre dotado de ese carácter nunca arrastrará su vida por la oscuridad y la ignominia; no envidiará la suerte de los leñadores que viven y mueren como los árboles que derriban con sus hachas, y si no puede colocarse sobre el pedestal de una existencia gloriosa, siempre sabrá hallar una muerte que envidien hasta sus mismos enemigos.

Oprimióse el corazón de D. Enrique; sentía disminuir el amor de Inés quien, como todas las mujeres, parecía dejarse cautivar por el brillo deslumbrador de las cualidades violentas, y preferirlas á la hu-

milde y delicada dulzura del alma. Pero no tuvo tiempo para replicar: la música habia dejado de tocar, y reinaba un silencio imponente y religioso en aquella reunion de todo un pueblo.

Todas las miradas se fijaron con una especie de emocion en el estrado, al cual acababan de asomarse un pregonero y un alguacil.

Entonces, obedeciendo el pregonero á una seña del marqués de Villena, comenzó á leer en voz alta y sonora los cargos formulados contra D. Enrique IV, rey de Castilla.

—«Vosotros todos, castellanos, dijo, grandes, ricos-homes, prelados, caballeros, y escuderos, ¡oid!

»Por cuanto se juzga indigno de la corona á don Enrique de Castilla, es la voluntad de Dios, y así la cumplen los nobles confederados, fieles y adictos á la causa de la prosperidad del reino, que se condene á ese monarca indigno á ser desposeido de todos sus derechos á la carona.

«Entre los numerosos cargos suscitados contra él, hay cuatro muy principales que deben ser denunciados á la pública indignacion.

«Primero: es indigno de ceñir una corona que no acierta á sostener por sí solo, es culpable por haber abandonado las riendas del estado y el cuidado de los negocios públicos á D. Beltran de la Cueva, quien ha gobernado el reino con un despotismo, bajo

el cual no puede doblegarse el carácter independiente y altivo de los castellanos. Ahora bien: puesto que la corona es harto pesada para el rey, quiere la nacion que se coloque en una cabeza mas capaz y mas digna de llevarla. ¡Despójese á D. Enrique IV de Castilla de la corona!

Calló el pregonero; el arzobispo de Toledo se acercó con toda solemnidad á la estatua del rey, y le quitó la corona.

Al ver aquel acto de atrevimiento, resonaron nutridos aplausos.

Inés y D. Beltran interrogaron al rey con una mirada mas suplicante y espresiva que cuantas palabras pudieran imaginarse; pero contestó con voz sorda:

—¿Teñir yo el castellano suelo con sangre de sus hijos, convertir las fortalezas en ruinas, reducir las ciudades á cenizas, oir á las mujeres y á los niños maldecirme?... ¡Oh! ;no tendré tan heróico valor! ¿Que no intentaria entonces ese pueblo contra mí, puesto que tan cruelmente me ofende hoy, cuando he creido ser para él un monarca benigno y dulce?...

El pregonero acababa de colocarse de nuevo en su sitio, y pasaba al siguiente cargo:

—«Segundo; el rey Enrique IV de Castilla es indigno de usar la espada de la justicia, puesto que no la emplea para proteger á sus vasallos. Sus privados dan decretos cuya parcialidad perjudica á los intere-

ses públicos. Por consiguiente, que la espada de la justicia no esté confiada por mas tiempo á un rey que la está mancillando. ¡Despójese á D. Enrique de Castilla de la espada de la justicia!»

El pregonero calló, y el conde de Plasencia, acercándose á la estatua del monarca, le arrancó aquel símbolo.

Estallaron en todas partes nuevas aclamaciones.

Inés no pudo menos de llorar amargamente al ver al hombre á quien á tanta altura habia colocado en su corazon, presenciar impasible aquella afrenta pública, cual si se hubiese tratado de un extraño. Profundamente humillada, inclinó la cabeza y no se atrevió á mirar al rey.

—Diga V. A. una palabra, señor, exclamó D. Beltran exasperado, y esos miserables recibirán el castigo de su audaz sacrilegio.

—¿Para qué? repuso tristemente D. Enrique; ¿de quién he de fiarme en lo sucesivo? ¿No veo acaso en las filas de la Liga á hombres á quienes he sacado de la nada, á quienes he colmado de favores, á quienes he dado la espada que hoy vuelven contra mi pecho? El amigo de hoy puede ser enemigo mañana.

D. Beltran calló, pues tenia lacerado el corazon.

—Tercero, dijo el pregonero: el rey D. Enrique de Castilla es indigno de poseer el cetro. Para empuñarle es preciso tener una mano firme y justa: D. En-

rique le ha deshonrado por su indolencia y sus prodigalidades. La nacion le destina á un príncipe que sabrá hacerle respetar. ¡Pierda el cetro D. Enrique IV de Castilla!»

Entonces el conde de Benavente se acercó á la estatua del rey, y le quitó el cetro. La multitud batió las palmas.

—Enrique, dijo Inés alzando la cabeza, solo el trono es lo que ya os queda. ¿Sufrireis que esos rebeldes pongan la mano en ese último resto de vuestro poder?

—Señor, añadió D. Beltran, ha llegado el momento de mostrar que en esa fantasma de rey á quien estan ultrajando, hay un hombre lleno de energía y de valor. ¿Os acusan de indolencia y debilidad? Pues hacedles temblar. ¿Os llaman pródigo? Confiscad los bienes de los nobles sublevados y disminuid los impuestos. Hoy, por un acto de vigor repentino y rápido, podeis destruir y aniquilar la rebelion. Acaso mañana seria sobrado tarde. Mañana arderá en toda Castilla la guerra civil, y se perderá el estado.

—Despues de esa deshonra pública, dijo D. Enrique con profundo desaliento; ya no puedo reinar. Acaso lograria recobrar mi cetro, pero seria curar la llaga sin borrar la cicatriz.

Inés y el conde de Ledesma se apartaron maquinalmente del indolente monarca, sin acertar á com-

prender su disgusto hácia el poder, ni su incurable desprecio hácia los hombres. En efecto, experimentaba ya ese mismo desprendimiento doloroso de las humanas ambiciones, que mas tarde, si bien llevado á mayor grado habia de paralizar el ánimo imperioso y el gran corazón del emperador Cárlos I.

— «Cuarto, prosiguió el pregoneo; el rey D. Enrique de Castilla es indigno de estar sentado en el trono que ocupa, porque ha sido traidor al estado y traidor para con los suyos. Ha contraído secretas alianzas con los moros; ha detenido arbitrariamente en el alcázar de Segovia al infante D. Alfonso, su hermano y su sucesor en el trono; por último, ha procurado asegurar la corona á la hija ilegítima á quien el pueblo apellida *la Beltraneja*. Pero con el auxilio de Dios, quien no permitirá que se realicen tan culpables planes, decláramos á D. Enrique IV desposeído del trono.»

D. Diego Lopez de Zúñiga subió al estrado, cogió á la estatua de los hombros y la derribó al suelo.

Entonces los de la Liga se apoderaron del infante, le llevaron en triunfo y le colocaron sobre el trono que momentos antes ocupara la efigie de D. Enrique, proclamándole rey de Castilla al son de las trompetas y atabales.

Quando D. Alfonso fué revestido de las insignias de la soberanía, y despues que hubieron colocado la

corona sobre sus sienes, salieron ruidosas aclamaciones del seno de la multitud, y casi todas las bocas profirieron este grito:

—«¡Viva D. Alfonso, rey de Castilla!»

El arzobispo de Toledo, para prestar pleito homenaje al nuevo rey, fué á besarle la mano, y los demás conjurados quisieron imitar su ejemplo, cada cual segun su rango y categoría. Con este objeto se habian preparado dos escaleras. La multitud subia por un lado y bajaba por el otro (1).

Mientras Inés se llevaba la mano á la frente cual si se hallase próxima á perder el sentido, D. Beltran adelantó algunos pasos hácia el estrado con una es-

(1) El eminente y distinguido escritor D. Modesto Lafuente, en su magnífica *Historia general de España*, t. 8.º, p. II, lib. III, pág. 460, describe este acto del modo siguiente: «Leyeron (los de la Liga) un manifiesto, en que se hacian grandes acusaciones contra el rey, por las cuales merecia ser depuesto del trono y perder el título y la dignidad real. En su consecuencia, procedieron á despojarle de todas las insignias y atributos de la majestad. El arzobispo de Toledo fué el primero que le quitó la corona de la cabeza: el conde de Plasencia le arrebató el estoque; el de Benavente le despojó del cetro, y D. Diego Lopez de Zúñiga derribó al suelo la estatua. Seguidamente alzaron en brazos al jóven principe D. Alfonso, y le sentaron en el trono vacante, proclamando á grandes voces: ¡Castilla por el rey D. Alfonso! Los gritos de la multitud se confundieron con el ruido de los atabales y trompetas (5 de junio de 1465), y los grandes y prelados, y despues el pueblo, pasaron con gran ceremonia á besar la mano del nuevo monarca.» *N. del T.*

pecie de furor salvaje, parecía que un delirio violento invadía su cerebro y no le dejaba discernir cuanto pasaba en torno suyo. Su voluntad de hierro acababa de estrellarse contra una leve paja.

—Inés, dijo entonces D. Enrique estrechando con dulzura la mano de la jóven, me digiste que viniese, y te he complacido. Ahora, creo que estas buenas gentes han concluido su ceremonia y que ya es tiempo de marchar.

—Marchaos sin mi, señor, contestó con gravedad la hija del curtidor.

—¿Sin tí? repuso D. Enrique sorprendido. ¡No te entiendo!

—No quiero estorbar vuestra fuga, Enrique.

—¿Mi fuga? repitió el rey.

—Rogaré á Dios para que logreis sustraer vuestra cabeza á la venganza de vuestros enemigos, señor.

—¡Estás loca, Inés! El conde de Ledesma me ha preparado una escolta segura y fiel, y no corres peligro alguno conmigo.

—¿Quien sabe? si atacan á vuestra escolta, acaso tirareis vuestra espada y abandoneis á vuestros partidarios como habeis abandonado vuestro cetro y vuestra corona.

—A la verdad, Inés, que es esa una desconfianza singular y una reconvencion harto amarga. ¿Sereis,

por ventura, tan ambiciosa como las demás mujeres, hija mia?

—Solo soy una pobre mujer, señor; me gustaria sobre todo una vida tranquila y retirada, embalsamada con el grato y suave perfume del amor, pero no una vida vergonzosa y turbada por insultos que quedan impunes. Los vínculos que nos unian están rotos, Enrique, y mañana mismo iré á encerrarme en un convento.

El rey se estremeció, y cubrió su rostro mortal palidez.

—¡Como! exclamó, ¿tambien tú me abandonas como todos esos cortesanos hipócritas y traidores? ¡Y yo que creia ciegamente en tu amor!

—¿Acaso teniais derecho para ponerle en duda, cuando por vos he sacrificado mi honra y fama? Pero si por corresponder á vuestro amor tuve en poco mi honra, no quiero que me acusen de haber sacrificado la vuestra. Si ese amor cobarde es el que ha debilitado vuestro corazon cual tósigo cruel, si mi voz ha enervado vuestro valor, si mi sonrisa os ha hecho afeminaros de una manera infame, yo soy quien merezco las maldiciones de Castilla entera, y sabré castigarme por mí misma.

—¡Inés, si me abandonas, se retirarán de mi corazon la sangre y la vida! repuso D. Enrique con desesperado acento. ¿Que he de hacer para conservar

tu amor? ¡Manda y te obedeceré!

—¿Me escuchásteis poco há, cuando os arrancaban el cetro y la corona que os legó el rey D. Juan II, vuestro padre?

—¡Me queda mi espada, Inés!

—El brazo que pudiera esgrimirla es harto débil; el corazón que podía imprimir vigoroso impulso á ese brazo, Enrique, está seco.

—¡Con esta espada puedo reconquistar cuanto he perdido, alma mía! dijo con altivez D. Enrique, quien sentia renacer en su alma las nobles emociones de su juventud; pero si me lanzo de nuevo á esa vida sangrienta y agitada, es con la condicion de que has de permanecer junto á mí cual un ángel salvador, y de que diariamente podré olvidar al lado tuyo ese fardo importuno de la corona que abrumba mi alma cual una carga harto pesada.

—Enrique, repuso Inés con grave acento, no iré á pedir un asilo á Dios hasta el día en que ya no pueda contar con vos para defendernos á vuestro hijo y á mí.

D. Enrique adelantó rápidamente hácia el conde de Ledesma, y le dijo en voz baja:

—¡Gran maestro, ya es tiempo de concluir con esos bufones traidores! ¡Dad la señal á nuestros partidarios!

En seguida, desenvainando la espada, subió por

la escalera del estrado gritando con voz sonora:

—¡El leon que estaba dormido despierta ya!

Entonces, D. Alfonso, en vez de aquel contacto incesante de dos lábios estampados humildemente en su mano, sintió un brazo nervioso que rozaba su frente y le arrancaba la corona.

Al sentir aquel ultraje, se levantó cual si le hubiese impulsado un muelle de acero; pero al ver delante de sí á su hermano, cuyos ojos chispeantes penetraban hasta lo mas profundo de su alma envidiosa, volvió é caer sobre el trono, lleno de terror y vergüenza.

—¡Ricos hombres y caballeros y rebeldes, esclamó el rey destronado, Enriquis IV de Castilla os cita y emplaza para campal batalla en la llanura de Olmedo, en donde os aguardará durante seis dias, y hé ahí el guante que os arroja!

Al decir esto tiró á los confederados la corona que habia retorcido con furor entre sus manos.

Aquel acto de loca audacia electrizó á la multitud, y aun muchas veces gritaron: «¡Viva Enrique de Castilla!»

Los confederados, recobrándose por fin de la sorpresa y estupor en que les habia sepultado aquella aparicion inesperada y amenazadora, procuraron entónces cercar á su enemigo, creyendo que se habia aventurado solo entre los partidarios de la Liga;

pero ya los soldados mandados por el conde de Ledesma, habian abierto camino al noble fugitivo, á quien aguardaban tres caballos enjaezados y dispuestos para marchar.

Mientras el rey, Inés y D. Beltran montaban á caballo, se abrieron las puertas de la tienda misteriosa para franquear el paso al escuadron de sesenta lanzas que habia de servir de escolta y en vano fué que el marqués de Villena, al frente de los demás confederados, les persiguiese, pues el rey llegó á Olmedo sin empeñar el combate, y dos horas despues de la escena que acabamos de describir, la gran llanura de Avila habia vuelto á quedar desierta y silenciosa.

pero ya los soldados mandados por el conde de Ledesma, habían abierto camino al noble fugitivo, y para guardarlos tres caballos enjambados y dispuestos para marchar.

Mientras el rey, Inés y D. Beltrán montaban á caballo, se abrieron las puertas de la tienda misteriosa para franquear el paso al escudador de sesenta

VIII.

ta lanzas que había de escolta, y en vano fue que el marqués de Villena, al frente de los de confederados, los persiguiese, pues el rey llegó á Olmedo sin empreñar el combate, y dos horas después de la escena que acabamos de describir, la gran llanura de Avila había vuelto á quedar abierta y silenciosa.

El marqués de Villena había recogido el guante del rey destituido, y condujo el ejército del infante al encuentro de las numerosas tropas reunidas por el conde de Ledesma. Ambos rivales se encontraron en Olmedo no obstante el valor y arrojo de los confederados, los realistas consiguieron la victoria (1).

(1) Las llanuras de Olmedo parecían hallarse destinadas á que se ventilasen en ellas por las armas las grandes contiendas entre los monarcas castellanos y [sus turbulentos vasallos. En 1445, D. Juan II y su condestable y privado D. Alvaro de Luna, derrotaron allí á los infantes de Aragon y á los magnates castellanos que seguian sus banderas; en 1467, D. Enrique IV y su valido D. Beltran de la Cueva, á la sazón investido ya con

El privado veía á la fortuna allanarle de nuevo el camino, pero él no se descuidaba, si no que ayudaba poderosamente á la fortuna.

Pasado algun tiempo, hallándose el infante don Alfonso en la villa de Cardenosa, situada cerca de Avila, esperimentó despues de cenar violentos dolores de entrañas, y no obstante los auxilios que se le prodigaron, murió al cuarto dia (1).

el título de duque de Albuquerque, batieron al ejército del infante D. Alfonso, capitaneado por los nobles de su partido. Pero al decir de los historiadores, no fué esta vez la victoria tan decisiva como aquí supone Mr. Gonzalés; antes bien uno y otro bando, despues de tres horas de encarnizado combate á que solo la noche puso término, se apropiaban el triunfo, y los acontecimientos que siguieron á la batalla prueban que estuvo esta muy lejos de decidir la cuestión. *N. del T.)*

(1) Ignoramos en qué datos se fundará Mr. Gonzalés para atribuir, siquiera sea indirectamente, la muerte del infante don Alfonso á D. Beltran de la Cueva. En ningun autor de los que hemos consultado, vemos mencionada esta sospecha. El P. Juan de Mariana, en su *Historia de España*, lib. 23, cap. XI, dice: «De la manera y causa de su muerte hubo pareceres diferentes, unos dijeron que murió de la peste que por aquella comarca andaba muy brava; los mas sentian que le mataron con yerbas en una trucha, y que se vieron desto señales en su cuerpo despues de muerto.»—Castillo atribuye la muerte á la epidemia reinante.—Diego de Valera la achaca á una empanada de trucha envenenada, y dá detallados pormenores acerca del fallecimiento.—El P. Mtro. Fr. Gerónimo de la Cruz, en su crónica M. S. del rey D. Enrique IV, dice que Pacheco presentó á D. Alfonso en Cardenosa, una hermosa trucha, que el príncipe la comió, y

Por lo demás, esta muerte á nadie sorprendió, porque los partidos tenían igual interés en desembarazarse de aquel príncipe, bandera comprometida para unos, y espada siempre amenazadora para otros.

En cuanto á la infanta doña Isabel, futura protectora de Cristóbal Colon y conquistadora de Granada, no inspiraba inquietud alguna á doña Juana de Portugal ni al conde de Ledesma. Habia rehusado terminantemente la corona que le ofrecian el marqués de Santillana y el conde de Benavente como embajadores de la Liga, despues de la muerte de D. Alfonso. Respetaba á Enrique IV como á su rey legítimo, y solo le pedia que prometiese reconocerla por su heredera en el trono, y apartar á doña Juana de una sucesion á que no tenia derecho alguno.

Así pues, era esta una cuestion aplazada para el porvenir.

que á la mañana siguiente se sintió atacado de la enfermedad que le llevó al sepulcro. Por lo demás, está conforme con los demas historiadores sobre la diversidad de pareceres que hubo acerca de las causas de la muerte de D. Alfonso.—Por último, el ilustrado escritor señor Lafuente, en su *Historia general de España*, refiere la muerte del infante con estas sencillas palabras. «El príncipe D. Alfonso, á quien los confederados llamaban rey de Castilla, falleció casi de repente en la villa de Cardenosa, á dos leguas de Avila.»—Como se vé, ninguno atribuye, ni siquiera embozadamente, tan feo delito, á D. Beltran de la Cueva.

Quedaba el hijo bastardo del rey, habido en la hermosa Inés.

Ahora bien: era evidente para la reina y para don Beltran, que si el pueblo se veia reducido algun dia á elegir un rey entre los dos bastardos, antes que á la *Beltraneja*, preferiria á la verdadera sangre de aquel buen D. Enrique IV, á quien nadie aborrecia, ni aun los mismos ambiciosos que se disputaban el poder al amparo de su nombre.

Adquirida ya esta conviccion, despertáronse en el alma de la reina unos celos violentos y singulares y declaró á D. Beltran que á toda costa queria conocer á aquella Inés hermosa, cuya influencia en el ánimo de su marido habia llegado á ser tan poderosa, y podia convertirse en peligrosa despues de haber sido saludable.

Sin embargo, el conde de Ledesma no habia vuelto á oir hablar de la hija del curtidor desde la batalla de Olmedo, durante la cual no habia salido Inés de la tienda del rey.

En un jardin delicioso, situado al extremo de un desierto barrio de Toledo, habia una casita morisca, adornada con caprichosos arabescos, y tan completamente rodeada de hermosas flores y aromáticos arbustos, que parecia un nido de pájaros oculto en un verjel.

En aquel retiro delicioso era donde D. Enrique

habia ocultado cual un avaro su tesoro: allí vivian Inés y su hijo.

Una escalera secreta, abierta en el grueso de la pared, conducia á la estancia de Inés; solo el rey tenia la llave de aquella puerta, y muchas veces iba de noche, por aquel camino misterioso, á sorprender á su amada y á su hijo, y á contemplarlos durante su sueño, que en muchas ocasiones no se atrevia á turbar. Al lado de ellos encontraba esa libertad por él tan codiciada; hallaba tambien una familia cuyo desinterés y serena calma gustaban tanto á su corazon afectuoso y dulce. Allí se olvidaba de ser rey para ser padre; podia acariciar á su hijo y mecerle en sus brazos sin esponerse á las risas y escarnio de todo un enjambre de cortesanos tan serviles como burlones. El alcázar era para él una cárcel, la casa de Inés un paraíso.

Como habia reparado con frecuencia que la jóven nunca aceptaba sino llena de rubor y de vergüenza las joyas y las telas preciosas con que gustaba de ataviarla, escogia aquellas noches de contemplacion silenciosa para colocar sobre la cuna del niño regalos ingeniosos que habian de hacer sonreir á Inés al despertar, por ir mezclados con la idea de que su amado habia ido á verla.

Pero no era Enrique IV el único que hacia visitas nocturnas á aquella soledad discreta.

Otro hombre iba tambien para tratar de vislumbrar á Inés, pero no durante su sueño, porque aquel no tenia la llave de la puerta secreta. Erale preciso escalar las paredes del jardin como un ratero, y ocultarse en las sombras de la enramada para contemplar á su sabor, al pálido reflejo de la luna, el rostro encantador de la jóven, cuando se asomaba al balcon de su cuarto para respirar el ambiente perfumado con el penetrante aroma de las rosas y los jazmines. Los ojos de aquel hombre permanecian fijos en Inés con la cándida idolatría del indio hácia sus mentidos dioses; sus lábios murmuraban de una manera casi imperceptible palabras entrecortadas que la jóven no podia oir, escapábase de su pecho un sollozo ahogado, y por sus mejillas harto hundidas y demacradas por el pesar, corrian copiosas lágrimas; pero cuál, si aquel llanto hubiera reanimado por un momento su valor, se alejaba y regresaba á su desierta morada, sintiéndose mas tranquilo y mas fuerte, y llevando un poco de consuelo y de dulzura en su angustiado corazon.

¡Pobre padre!

Peregil el curtidor fluctuaba incessantemente entre su orgullo y su cariño. Al regresar de cada una de sus nocturnas expediciones, repetia invariablemente:

—¡Estoy decidido, no volveré á verla!

Pero á la noche siguiente, al dirigirse con juvenil ardor hácia el jardin de Inés, repetía, como para disculparse consigo mismo:

—¡Solo esta noche... y será la última!

Y la última noche nunca llegaba.

Un dia, apoyada la humilde favorita en el antepecho de su balcon, miraba como doraban los suaves rayos del sol poniente las alamedas de su jardin, cuando llegó un paje á darle un mensaje de parte del rey.

Aquel mensaje era una noticia placentera, porque Inés batió las palmas con infantil alegría, y corriendo adonde se hallaba su hijo enredando con una multitud de juguetes desparramados sobre una mu-llida alfombra, le levantó en sus brazos y besó con delirante júbilo su linda cabeza rubia.

En efecto, era una sorpresa agradable para la pobre reclusa.

El rey, al separarse de ella la noche anterior, la habia advertido que acaso no podria ir á verla en el siguiente dia, y á la sazón le enviaba á decir que al anochecer iria á cenar con ella.

Mientras que Magdalena, su anciana nodriza, se ocupaba en los preparativos de aquel dulce banquete improvisado, Inés, con el fin de recibir dignamente el régió convidado, quiso dar realce, con brillante atavio, á su belleza de que tan poco se envanecía.

Se calzó unos chapines de fino tisú de plata, y se puso una falda de raso azul celeste, y un jubon adornado con encajes y cuchilladas de raso blanco; despues de haber entrelazado en las trenzas de su hermosa cabellera dos sargas de cuentas de ámbar, coral y oro, y de haber rodeado á su garganta su hermoso collar de azabache, piedra que estaba entonces en mucha estima, abrió un cofrecillo de plata de donde sacó su rico aderezo de diamantes.

Este aderezo que D. Enrique le habia obligado á aceptar, y que sólo consentia en ponerse cuando él iba á verla, consistia en dos pendientes, dos brazajetes y una hebilla de cinturon.

Quando estuvo adornada con tan preciosas joyas, fué á mirarse en su espejo de acero bruñido, y se tiñó su rostro de vivo carmin á impulso de la emocion, pues se sentia feliz al ver resplandecer su maravillosa belleza, que aun le parecia hartó escasa para agradar á su Enrique amado, y eso que el húmedo brillo de sus hechiceros ojos, parecia oscurer los destellos de los diamantes.

Además, prescindiendo de toda coquetería inocente, debia envanecerse al verse tan hermosa, porque comprendería que D. Enrique no podia dejar de amarla. ¿No le decia aquel espejo, de un modo claro y evidente, que era difícil hubiese de temer á rival alguna?

Era la felicidad de Inés tan vehemente, que necesitaba desahogarse con alguna expansión, y sus ojos buscaron maquinalmente á su hijo.

El niño, que estaba revolcándose por encima de la alfombra, vestido con una simple túnica de tela ligera, habia cesado repentinamente de jugar; fijaba en su madre una mirada sorprendida, y le tendia sus bracitos sonriendo.

Inés le dirigió á su vez una sonrisa de inefable cariño, y arrodillándose junto á él con hechicero infantil ademan, murmuró devorando á besos los diminutos piecitos de la inocente criatura.

—¡Qué hermoso eres, niño adorado! ¡Enriquito mio, permanece oculto siempre en los brazos de tu madre! ¡qué no brille tu hermosura sino para ella! ¡qué nadie llegue á sospechar que D. Enrique IV de Castilla tiene un hijo, porque esa sospecha seria tu muerte segura, infalible! ¡Oh! ¡no tendré ambicion para tí, hijo mio! pero tu vida, aunque oscura, será hermosa, si eres bueno y noble como tu padre!

De pronto se oyó en la escalera secreta un ruido leve y confuso.

—¡El es! exclamó la jóven levantándose con loca alegría. ¡Es preciso que no nos vea!

Y arrojando sobre su hijo una cortina de gasa bordada que le cubrió por entero, corrió á ocultarse trás la colgadura de una ventana.

Mientras rechinaba la llave en la cerradura, Inés contuvo su respiracion; mas tan luego como se abrió la puerta, asomó suavemente su linda cabeza por entre las cortinas, y sonriendo, con sus dedos apoyados en los lábios, aguardó á que D. Enrique la viese para enviarle su beso de bienvenida.

Pero no fué un beso lo que exhaló de sus lábios, sino un grito de terror que se ahogó en su garganta.

¡Se hallaba enfrente de la reina! Sintió como el presentimiento de una desgracia, y se estremeció todo su cuerpo.

Doña Juana de Portugal, vestida con un traje de terciopelo negro, sin joyas ni pedrería, llevaba en la mano un látigo, como si acabase de apearse del caballo en aquel momento.

Adelantóse hácia Inés con el semblante severo y los lábios levemente contraídos, y la miró un momento con una especie de compasion desdeñosa.

—Me habeis conocido ¿no es verdad? le preguntó. Inés se inclinó respetuosamente; temblaba como la hoja en el árbol, ante aquella mujer á quien habia ofendido con su amor.

—En efecto, repuso la reina, no me habian engañado, sois hermosa. Enrique ha tenido buena eleccion. ¿Estais enriquecida con sus regalos, y os habíais adornado con ellos para aguardarle? ¡Vamos! ¡es generoso, como conviene que lo sea un rey!

Tiñóse de rubor la frente de Inés; pero agoviada por el sentimiento de su humillacion, se arrodilló á los pies de su imperiosa rival y quiso besar el borde de su vestido.

Doña Juana retrocedió desdeñosamente.

—¡Os vais tornando sobrado familiar! A la reina no le inspiran gran cuidado los caprichos de su marido, pero no habeis de tomar demasiado por lo sério vuestro papel. La embriaguez del orgullo debió desvaneceros, niña, cuando la mirada de Enrique se extravió hasta el extremo de encontraros. Sin duda habreis tenido sueños de ambicion, y habreis pensado que con frecuencia la querida de un rey ha llegado á ser mas poderosa que la reina, ¿no es verdad?

—¡Oh! ¡señora! dijo Inés humildemente, no soy de esas mujeres que hacen ostencion de sus faltas. No he vendido mi corazon, le he dado. Cuando don Enrique me dijo que me amaba, ignoraba yo que estaba escuchando la voz del rey de Castilla. ¡Ah! ¡si lo hubiese sabido, señora, me hubiera aterrado el precipicio espantoso á que iba á ser arrastrada, y no me habria atrevido á amarle!

—Vamos, no hableis tan audazmente de vuestro amor hermosa Inés, ni finjais ahora tan bellos sentimientos; esa astucia es buena para halagar la vanidad de un hombre; pero no puede servir para engañarme. ¡Así pues, no os hagais la cándida y la ingé-

na. Es una comedia excelente que representais para con el pobre D. Enrique, y debe estar lleno de júbilo al creer que solo le aman por sí mismo.....

Inés se levantó llena de indignacion y de vergüenza.

—¡Señora! ¿cómo me juzgais tan baja y tan villana? ¿Qué corazones tan sérviles son los que os rodean, para que así llegueis á dudar de la sinceridad de mis palabras?

La reina lanzó una carcajada seca y despreciativa.

—¡A la verdad que es donosa la ocurrencial! ¿Pues no viene ahora á hacerme protestas del amor que profesa á mi marido! La chanza seria insolente si no fuese tan grotesca! No parece sino que teme la oiga su régio amante oculto en algun rincón. Tened en cuenta, virtuosísima Inés, que en concepto mio, si quereis mucho á D. Enrique, por lo que en sí vale, tambien le amais algun tanto por esos diamantes que brillan en vuestro cuello y en vuestras orejas.

Inés se arrancó con violencia su aderezo, le hizo pedazos, y arrojó los diamantes á los piés de la reina. Su rostro estaba pálido, pero sus manos y su frente estaban ardiendo.

—¡Señora! dijo con voz temblorosa y con la cabeza inclinada, sé que soy una pobre criatura perdida y que no tengo derecho para alzar mi vista hasta vos;

sé que os he ofendido, si es que el misero insecto que se arrastra por el suelo puede ofender á la estrella que se ostenta brillante en sereno cielo; pero creedme, nunca ha penetrado en mi corazon un pensamiento de codicia: D. Enrique recobrará todos los regalos que he debido á su espléndida generosidad, y con los que solo he podido adornarme por complacerle, pero ahora me horrorizau cual hurtado tesoro. Por lo demás, mandad lo que gustéis, señora, y os obedeceré en el momento mismo. Me separaré para siempre de D. Enrique, aunque haya de matarme la pesadumbre. Me marcharé con mi hijo en mis brazos, y le alimentaré con el fruto de mi trabajo; ¡mas no volvais á acusarme de haber vendido mi amor!

Y por las mejillas de la desventurada y noble jóven corrieron ardientes lágrimas.

La reina la miraba con pertinaz fijeza.

—Estais hermosa tambien en vuestro llanto, Inés, le dijo, y comienzo á comprender cómo ha podido descender mi inconstante esposo, desde doña Catalina de Sandoval, desde esa belleza altanera, á la hija de un miserable curtidor.

—¡Oh! sois inflexible, señora, repuso Inés. Me veis humillada á vuestras plantas, abrumada por la vergüenza y el arrepentimiento, implorando vuestra clemencia, y veo que no me perdonaréis una falta que os obstináis en considerar como un crimen.

—¡Quizás sí! replicó lentamente doña Juana de Portugal.

Inés alzó la cabeza con sorpresa y secreto terror, y fijó sus hermosos ojos suplicantes en el semblante severo de la reina. Aquellas dos palabras «¡quizás sí!» encerraban para ella un vislumbre de esperanza, pero formaban singular contraste con la altanera expresión de la voz de doña Juana.

—Para purgar ese crimen, señora, añadió con tímido acento, ¿qué exigís de mí? Nada me arredrará para obedeceros; padecimientos, humillaciones, miseria, todo lo sufriré sin quejarme, cual merecido castigo.

—¡Oh! no soy una Némesis implacable, dijo doña Juana procurando sonreír, y no quiero turbar la dicha de mi esposo y señor D. Enrique IV. Podeis amaros con la mayor ternura, que no me opongo á ello. Prefiero tener una rival oculta en su soledad, y á la que el rey se avergonzaria de mostrar á sus cortesanos, mas bien que una noble y orgullosa dama como doña Catalina, que queria competir conmigo en lujo y en poder.

—¿Pues qué exigís de mí, señora? repuso Inés, á quien hacia temblar aquella dulzura inesperada.

—Puedes recoger esos diamantes, hermosa niña, prosiguió la reina; de seguro no te los envidio, y la mancha de un rey no debe vestir con la sencillez de

una simple artesana; harías que ese pobre D. Enrique pasase por un avaro á los ojos de sus partidarios, y ese es su menor defecto.

—Pero entonces, ¿qué exigís? repitió Inés cada vez mas turbada por una duda cruel y llena de angustia.

La reina la miró fijamente.

—Lo que exijo, no es que renunciés á tu amor, ya ves que soy clemente, ni que abandones tus diamantes, ya ves que soy generosa; lo que exijo es la prueba viva de tu falta.

—¡La prueba viva! repitió Inés retrocediendo como ante una vision horrible. ¡Oh! ¡no os comprendo señora!

—¡Sí, me has entendido; desgraciada! dijo la reina tocándole en el hombro con la punta de su látigo. ¿Por qué retrocedes delante de mí, que no te amenazo? ¿Por qué te has quedado pálida como un cadáver? Escúchame atentamente, Inés; has implorado mi perdon, y te le concedo, pero con una condicion: es preciso que me entregues tu hijo.

—¡Mi hijo! exclamó la jóven con estraviado acento. ¿Por qué me pedís mi hijo? ¿Acaso puede separarse de su madre? ¿Acaso puede otra quererle, cuidarle ni defenderle como yo? ¿Por qué pretender robarme á mi hijo? ¡es tan hermoso y tan bueno! Pues sí me conoce ya, señora; distingue mis pasos, me

tiende sus bracitos, ¡comprendo sus gritos y leo sus deseos en sus ojos! ¿Qué intentais hacer con mi hijo, señora?

—Solo con esa condicion conseguirás que te perdone, Inés, dijo friamente la reina.

—¡Nunca! exclamó la jóven con energía, estendiendo una mano protectora hácia los cogines en que se habia dormido el niño.

Doña Juana se encogió de hombros.

—Inés, no intentes engañarme con las demostraciones de un arrepentimiento hipócrita. No creo en tus lágrimas. Eres coqueta y casquivana como casi todas las muchachas de la plebe que se han criado en la pobreza. Estás envanecida con el amor del rey. Todo lo que brilla os deslumbra á vosotras, mujeres miserables y oscuras. Así pues, vuelve á cojer esos diamantes que D. Enrique...

—¡Me ha dado contra mi voluntad, señora, exclamó interrumpiéndola, y que me quemarian como ascuas si mi mano volviese á tocarlos!

—¡Loca! dijo doña Juana, dando con la punta del pié á las piedras preciosas desparramadas por el suelo. Vuelve á tomar esas joyas, Inés, que las ha ganado.

La hija del curtidor, al oir que la insultaban tan cruelmente, se cubrió el rostro con las manos y prorumpió en sollozos violentos. Doña Juana, irritada por

su resistencia, la pisoteaba el corazón con esa impasibilidad feroz que las mujeres suelen mostrar con tanta frecuencia para con una rival joven y hermosa.

Sin embargo, temió haberse escedido en demasía, y prosiguió en tono menos brusco:

—Lo que os propongo, hermosa, es un trato. Debiérais agradecerme mi indulgencia. Guardad cuanto habeis recibido de la generosidad del rey, y si accedeis á lo que os pido, en recompensa de vuestro sacrificio haré que os caseis con algun hidalgo pobre de fuera de aqui, cuya felicidad y fortuna hareis, y que por lo tanto no podrá acriminaros en tiempo alguno vuestra vida pasada.

Inés continuaba llorando. Aquel trato infame que le proponia la reina era una humillacion mayor aun que los desprecios y los insultos; aquellas palabras odiosas herian mortalmente su pública conciencia; era para ella una espacion terrible.

—Aguardo vuestra respuesta, repuso doña Juana con un ademan de impaciencia.

Inés murmuró con dulzura:

—No solicito gracia alguna, señora, para hacer el sacrificio que mi deber me impone. Os lo juro con toda la sinceridad de mi corazón y ante Dios que me está oyendo: nunca volveré á ver al rey.

—¡Qué me importa á mí el rey! exclamó doña Juana.

na, cuyos ojos chispearon de cólera. De quien se trata ahora es de vuestro hijo. ¿Lo habeis olvidado, desventurada?

—Sois madre, señora, contestó Inés con dulce energía. ¿Cómo podeis proponer á una madre semejante trato?

—Por lo mismo que tengo corazón de madre, dijo la reina, arrebatada por su cólera, es por lo que quiero alejar á vuestro hijo, porque algun dia podria reclamar un título, al que solo tiene derecho mi hija doña Juana, á quien las córtes generales han reconocido solemnemente por heredera del trono de Castilla.

—Señora, replicó sencillamente Inés, no comprendo vuestros temores. Ese niño que duerme sobre esos cogines nunca puede ser un enemigo temible para vuestra hija.

—Os he prometido que no volveré á ver á D. Enrique, y cumpliré mi juramento. Mañana abandonaré esta casa sin llevarme de ella lo mas mínimo; pero al menos quiero salir de ella lo mismo que entré, con mi hijo desnudo en los brazos.

—¡Loca pertinaz! exclamó doña Juana; luego, tocándole en la frente con el dedo, para obligarla á levantar la cabeza, añadió con acento altanero: ¿Y si yo exigiese que me sacrificases el fruto de tu vicio? Inés que hasta entonces habia permanecido de-

lante de la reina en una postura humilde; al oír este último ultraje, se levantó altiva y amenazadora á su vez.

—¡Respetad á mi hijo! exclamó con la dignidad de una madre; ¡no insulteis á ese inocente que nos sonríe en medio de su sueño! Es la verdadera sangre del rey de Castilla, señora. Pero al fruto del crimen y del adulterio, ¿quereis saber cómo le llaman?

Doña Juana de Portugal se tornó muy pálida y retrocedió algunos pasos.

—¡Su nombre! prosiguió Inés; ¡preguntádselo á Castilla entera! Nobles y plebeyos, cristianos y judíos, labriegos y soldados, todos os contestarán: ¡La Beltránja! ¡la bastarda! ¡Esa es vuestra hija, señora! ¡Oh! ¡esa es la verdadera sangre de doña Juana de Portugal!

La reina retorcia convulsivamente el látigo entre sus manos, y temblaba como una azogada. Pensaba qué venganza tomaría de aquella mujer que se había atrevido á herirla tan cruelmente en su orgullo de mujer y en su dignidad de reina. Ya no buscaba en su mente mas que el género de suplicio mas cruel que podría hallar para ella. Sus labios contraídos solo profirieron dificultosamente estas palabras:

—¡Inés!... ¡has pronunciado la sentencia de muerte de tu hijo y la tuya!

—¡Oh! ¡D. Enrique, que va á venir, sabrá prote-

jer á su hijo aun contra vos, señora! exclamó la hija del curtidor, llena de confiada exaltacion. ¿Quién se atreverá á tocar al hijo del rey de Castilla?

Doña Juana se sonrió.

—El rey no vendrá, Inés, porque el mensaje que te anunciaba su visita para esta noche, no procedia de él, sino de mí.

—¿Qué importa! mi nodriza y mis criados me defenderán en ausencia de D. Enrique.

—Desde el momento en que entré en esta casa, tu nodriza y tus criados están en poder de mis ballesteros de maza.

La jóven intentó fingir una sonrisa, pero se nubló su vista.

—¿Quiéres la prueba de lo que digo? llama, y ninguno de ellos acudirá á tus gritos.

—¡Pero es una traicion, señora! exclamó Inés cada vez mas aterrada.

—¡Es un acto de justicia, y nada mas! Has ultrajado en mí á la reina, á la esposa y á la madre, y yo seré tu único juez.

—¡Dios no lo permitirá! dijo la jóven, fijando una mirada de espanto en su altiva rival. ¡Dios me oirá, me socorrerá! Todos los dias le dirijo fervientes oraciones, y hago tambien que mi hijo le rece: ¡Dios se apiadará de nosotros!

—¡Dios rechaza las oraciones de los que le ofen-

den con sus acciones! replicó la reina con voz sombría. Entrégame tu hijo, ó te pierdes para siempre. Si persistes en tu insensata negativa, antes de una hora...

Y señaló con el dedo al niño dormido.

—¿Quieres que no llegue á despertar?

El terror comenzaba á apoderarse por entero del alma de Inés y á turbar su razon.

—¡Oh! eso es un lazo que me tendéis, ¿no es verdad, señora? Quereis asustarme para hacer que consienta en abandonar á mi hijo, pero no consentiré. No, nunca, ¿lo oís?... No prosigais en vuestra diabólica tentacion. ¡Lo rehuso por completo! añadió con salvaje energía y llena de desesperacion; ¡mandad que nos den la muerte, si os atreveis, pero rehuso!

—¡Entonces, haz que rece tu hijo por vez postre! dijo la inflexible doña Juana.

Y saliendo de la estancia, desapareció, cerrando la puerta con llave por la parte de afuera.

Halló al conde de Ledesma que la estaba aguardando al pié de la escalera secreta.

—¿Qué dice? le preguntó el valido?

—¡Se niega á todo! contestó la reina con acento feroz; ¡asi pues, no hay mas remedio que esterminarlos ahora mismo.

IX,

Don Beltran conócia por demás la voluntad inflexible de la reina. Cuando le anunció su resolución suprema, no pudo menos de compadecer á aquella pobre Inés que á nadie habia hecho daño, y que sin ambicion alguna personal, le habia secundado tan bien con su influencia para obligar á D. Enrique á que obrase como rey en la llanura de Avila.

Quiso tratar de salvar á la jóven.

—Juana, dijo despues de un momento de silencio; ¿no temeis atraer sobre nosotros la cólera del rey?

—¡Qué me importa el rey! respondió doña Juana de Portugal con violento arrebató. ¿Acaso pensasteis en

él, conde de Ledesma, cuando hicisteis envenenar á su hermano el infante D. Alfonso?

El privado se estremeció y su rostro se cubrió de lívida palidez,

—¿Por qué hablais tan alto, señora, de esa muerte misteriosa, que todos los partidos se atribuyen á otros? Además, D. Alfonso era un súbdito rebelde.

—Y esa Inés á quien defendeis, ¿no es tan peligrosa como él, puesto que se niega á entregarnos la serpiente que acaso algun dia ahogará á mi hija... á nuestra Juana, D. Beltran?

—Pero el niño de Inés no es temible en el dia, señora; mientras que D. Alfonso era el jefe de una Liga imponente; habia peleado contra nosotros con las armas en la mano. Al disponer de la vida de ese hombre, prestaba un servicio al Estado.

—¡Oh, sois un hombre político muy profundo! dijo doña Juana con desdeñosa sonrisa.

—En fin, prosiguió D. Beltran con la esperanza de poder persuadirla, me hallaba en frente de un hombre; pero obrar con violencia contra una pobre muchacha cuyo único delito ha sido amar, no al rey de Castilla, sino á Enrique...

—Vamos, conde, añadid que no quereis castigar á una mujer jóven y hermosa, exclamó interrumpiéndole la reina, cuyas ojos mostraron la desconfianza de unos celos repentinos; tened siquiera valor suficiente

para confesarlo: su belleza, y no su desgracia ó su inocencia, es lo que os inspira esa compasion caballeresca.

—¡Sois, injusta, Juana! repuso D. Beltran alarmado por el giro peligroso que iba tomando la conversacion. Sabeis de sobra que nada hay en el mundo tan precioso para mí como vuestro amor. Por conservar-le no he retrocedido ante el crimen. ¿Acaso tuve compasion de doña Mencía de Padilla? ¡Oh! ¡pedidme cualquiera cosa, por difícil y aun imposible que sea, y la intentaré aunque haya de esponer mi vida y mi honra; pero no procureis exigir de mí que consume la pérdida de esa madre desdichada!

—¡Es preciso que muera esa mujer, replicó doña Juana de Portugal con duro acento, porque me ha insultado!

—¿Inés?.

—¡Sí, la cándida Inés, que estoy segura sueña ya con un porvenir real para su hijo! «Ese niño, me ha dicho, es la sangre verdadera del rey de Castilla; la infanta doña Juana solo es una bastarda... es la Beltraneja!» ¡Oh! ¡no olvidaré esa amenaza, D. Beltran! ¡Ahora, escoged vos entre las dos madres que temen cada una por su hijo!

—¡Pobre mujer! murmuró D. Beltran, está perdida!

—Vamos, ¿estais dispuesto? le preguntó la reina;

¿quereis salvar á nuestra hija, ó al hijo de Inés?

El conde inclinó la cabeza ante la mirada brillante de doña Juana, y murmuró con voz ahogada estas breves palabras:

—¡Mandad, y obedeceré!

La reina, cogiendo del brazo al conde, le llevó consigo á una sala baja en cuyo centro habia un brasero lleno de lumbre, y junto al cual se veian unos haces de leña seca.

Entre tanto Inés habia quedado sola.

Cogió en brazos al niño, le cubrió de besos delirantes, y como si el pobre angelito hubiese podido entenderla, comenzó á hablarle.

—¡Ah, querido mio, estabas dormido mientras esa mujer malvada queria arrebatarte á tu madre! ¡Creia que haciéndome promesas tentadoras le venderia mi Enrique!... ¿Acaso vende una madre á su hijo?... No, nunca te separarás de mí... Mañana nós marcharemos juntos... iremos...!

Se detuvo: un recuerdo doloroso cruzó por su mente, y dos lágrimas ardientes se desprendieron de sus párpados.

—¡Pobre padre! murmuró, y luego, enjugándose los ojos, añadió: iremos á donde Dios nos conduzca. No me llevaré mas que tu rosario de cuentas azules... ¡Te gusta tanto, Enrique, y le hice bendecir para tí!... Descuida, niño mio, mi santa patrona, cuya

proteccion he implorado para tí, no te abandonaré... ¡Oh, que bien he hecho en enseñarte á que le reces todas las noches!... Conoce ya tu vocecito de ángel, y no la estrañará cuando la invoques!... si somos desgraciados, se apiadará de nosotros...

Luego, volviéndose á fijar su pensamiento en la reina, murmuró:

—¿Qué queria hacer contigo esa mujer cruel?... ¿Encerrarte en un calabozo acaso?... ¿hacerte crecer delicado y enfermizo en esas jaulas de piedra en que ahoga el corazon?... No hubieras podido respirar el aire puro y libre, ni dormirme sonriendo á las estrellas... no hubieras conocido el perfume de las flores... ¡Una cárcel, Dios mio, para un niño!... ¿será posible?...

Al hablar así, volvió la vista hácia el jardin. Entonces vió flotar en frente del balcón un vapor azulado y trasparente que se elevaba con lentitud hácia el cielo.

Llena de sorpresa, se adelantó y miró aquella nube ligera, que perdiendo gradualmente su transparencia, parecía un gran cortinaje blanco que se estendía entre ella y los objetos exteriores.

Los árboles, las flores y el jardin entero desaparecieron muy luego de su vista.

Asustada, quiso bajar; pero la puerta principal estaba cerrada por fuera, como la de la escalera se-

creta lo habia sido por la reina.

Esta circunstancia singular aumentó su espanto.

Cogió su silbato de plata y llamó; pero segun se lo habia prometido doña Juana, nadie respondió á su llamamiento.

Inés volvió hácia el balcon.

Siendo ya la nube menos compacta, la vió aclararse y dilatarse gradualmente: pero al mismo tiempo sintió bajo sus plantas, en la mullida alfombra, un calor extraordinario que reprodujo con mayor fuerza su angustia.

Era ya de noche, y reinaba en la estancia completa oscuridad.

Inés levantó con temblorosa mano una punta de la alfombra, y retrocedió horrorizada al ver brillar una chispa en medio de las tinieblas.

Despues la chispa se ensanchó como la pupila de un ojo brillante, y muy luego fué un agujero rojizo de donde salió una llama larga y delgada, que se agitó en la habitacion como una serpiente hambrienta.

La pobre madre lanzó un grito de desesperacion. Veíase encerrada con su niño ena un red de fuego. La muerte era inevitable.

Doña Juana de Portugal habia cumplido su palabra.

Sin embargo, Inés aun abrigaba alguna esperan-

za; escuchaba, angustiada, con el oído inquieto, con el corazón acongojado, con la mirada estraviada. Si á Enrique le ocurriese la feliz idea de ir á sorprenderla, como solia hacerlo algunas veces... Pero no, bien habia dicho doña Juana; el rey no iria. Inés pensó en su padre. ¡Ah! ¡si el honrado y valiente curtidor hubiese sabido el peligro en que se hallaba su hija, cómo habria arriesgado gozoso su vida por salvarla! ¡cómo se habria compadecido del niño!... Pero no, Peregil creia á su hija tranquilamente dormida en su criminal felicidad, ¡y no iria!

Solo dos personas velaban aquella noche cerca de Inés: eran dos enemigos, la reina y D. Beltran, y en vano seria que los implorase.

De pronto, el niño, sofocado por el humo, asustado y desalentado por todas aquellas lenguas de fuego que lamian las paredes, comenzó á lanzar gritos desgarradores.

Inés se precipitó á la puerta con un furor que rayaba en delirio; pero viendo que no lograba conmoverla con sus débiles esfuerzos, gritó:

—¡Perdon! ¡perdon! dejadme morir; ¿pero salvad á mi hijo! os le doy, os lo entrego, ¡salvadle! Que me olvide, que ignore el nombre de su padre, ¿pero que viva! Haced de él un mendigo, ¡pero salvad su vida... ¡Oh! ¡Dios mio! apiadnos de él y conmoved el corazón de la reina!... ¡Es una mujer, es una madre,

y debe tener compasión de mi hijo!..

Doña Juana de Portugal oyó aquellos lamentos dolorosos, y á pesar suyo sintió que su corazón se enternecía.

D. Beltrán de la Cueva la consultaba con la vista.

—No quiero atraer la cólera de Dios sobre mi hija doña Juana, dijo la reina con viveza. ¡Esa mujer ha sufrido bastante, y puesto que entrega el niño, que se salve su vida!

El conde se precipitó en seguida á la escalera secreta, pero los escalones crugieron bajo sus plantas y el humo y las llamas le rechazaron.

Volvió á bajar desalentado.

—¡Vuestra clemencia ha sido sobrado tardía, señora! dijo á la reina.

Las llamas envolvían ya todo el edificio, gigantescas y aterradoras en medio de la oscuridad de la noche.

Inés ya no gritaba, sino que oraba meciendo en sus brazos á su hijo, á quien creía dormido, y que había espirado de resultas de la asfixia.

Esta vez, ambos cómplices se avergonzaban de su crimen y no se atrevían á mirarse uno á otro.

De pronto se estremecieron al oír el galope de varios caballos que se acercaban á la casa incendiada.

Al rojizo resplandor de las llamas conocieron á los

ginetos que se apeaban, consternados al ver tal desastre.

Eran el rey y el marqués de Villena.

—¿Quién ha prendido fuego á la casa de Inés? gritó D. Enrique con voz de trueno y dirigiendo en torno suyo miradas iracundas. ¡Desgraciado de mí, que no he sabido velar por ella ni salvarla! añadió retorciéndose las manos lleno de desesperacion. Pero á los culpables, quienes quiera que sean, los castigaré de un modo terrible y ejemplar!

—Hay delincuentes, señor, colocados en tan alto lugar, replicó el marqués de Villena, que la justicia real no puede alcanzarlos.

Y adelantó hácia el conde de Ledesma, quien le aguardaba inmóvil y pálido con la espada desenvainada, para proteger á la reina.

Doña Juana de Portugal, contando con la acostumbrada debilidad del rey, estendió la mano hácia el marqués de Villena, y le dijo con orgulloso acento:

—¡Apartaos, caballero, no se toca á la reina!

A una señal de D. Enrique, se apartó Villena, y dejó pasar á ambos cómplices.

—Marqués de Villena, dijo entonces el rey, en alta voz, os encargo anunciéis á la infanta doña Isabel que la reconoceré solemnemente y la declararé heredera legítima del trono de Castilla.

Doña Juana se detuvo y fijó una mirada amena-

adora en el rey, quien prosiguió friamente.

—Apartaré por completo á la infanta doña Juana de una sucesion á que no tiene derecho alguno esa niña.

La reina sintió que su corazon se despedazaba, pero no se atrevió á pronunciar una palabra.

La casa de Inés seguia ardiendo.

D. Beltran se estremecia de rábia.

—En cuanto á vos y á vuestros amigos, marqués de Villena, prosiguió el rey, olvido por completo todo el pasado. Los bienes confiscados por la corona serán restituidos á sus antiguos poseedores; todos los que estan presos por causa de rebelion y de adhesion á la Liga, serán amnistiados y se les restituirá la libertad.

D. Beltran de la Cueva creia ser presa de una pesadilla horrible.

La de Inés no era ya sino una hoguera gigantesca, en cuyo centro se habian carbonizado los cadáveres de la jóven y de su hijo.

El marqués de Villena besó la mano al rey.

—Por último, le dijo D. Enrique con afable familiaridad, si me veo obligado á privarme de los servicios de D. Beltran de la Cueva, conde de Ledesma, quien ciertas ocasiones lleva demasiado lejos su celo por mis intereses, cuento con vuestra fidelidad y adhesion, D. Juan Pacheco.

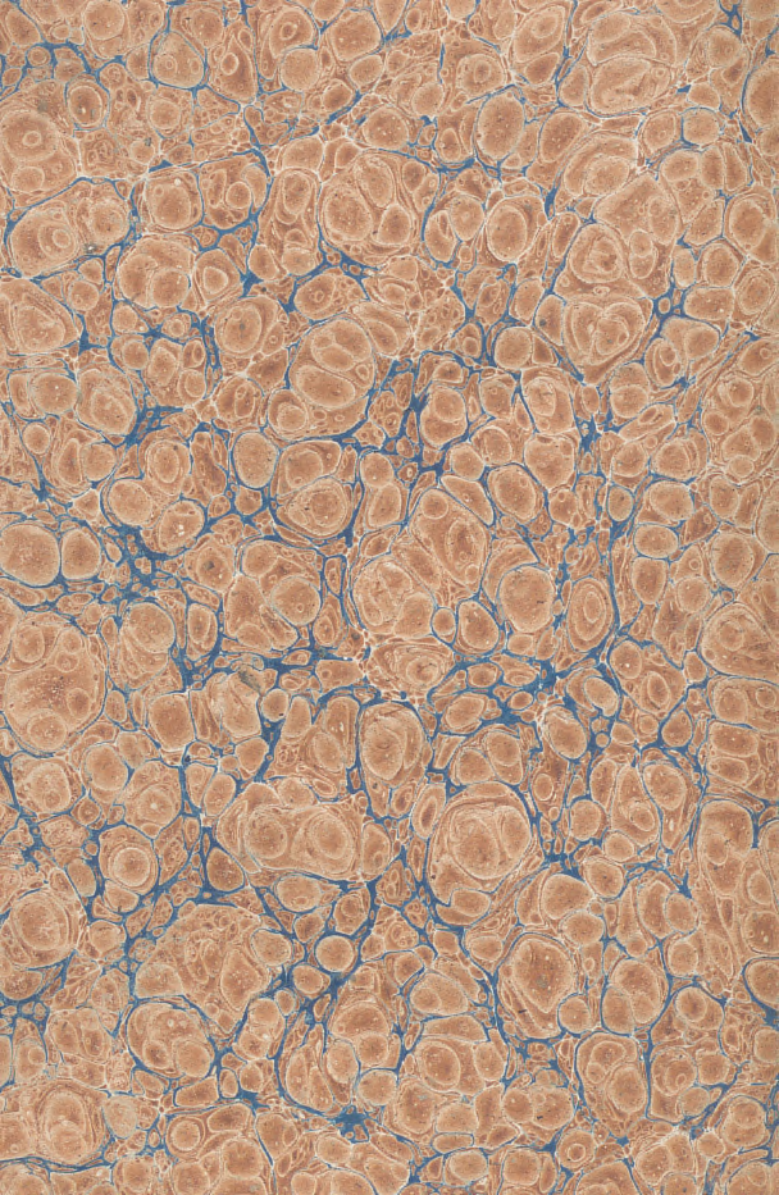
Este último golpe acabó de abrumar al orgulloso privado.

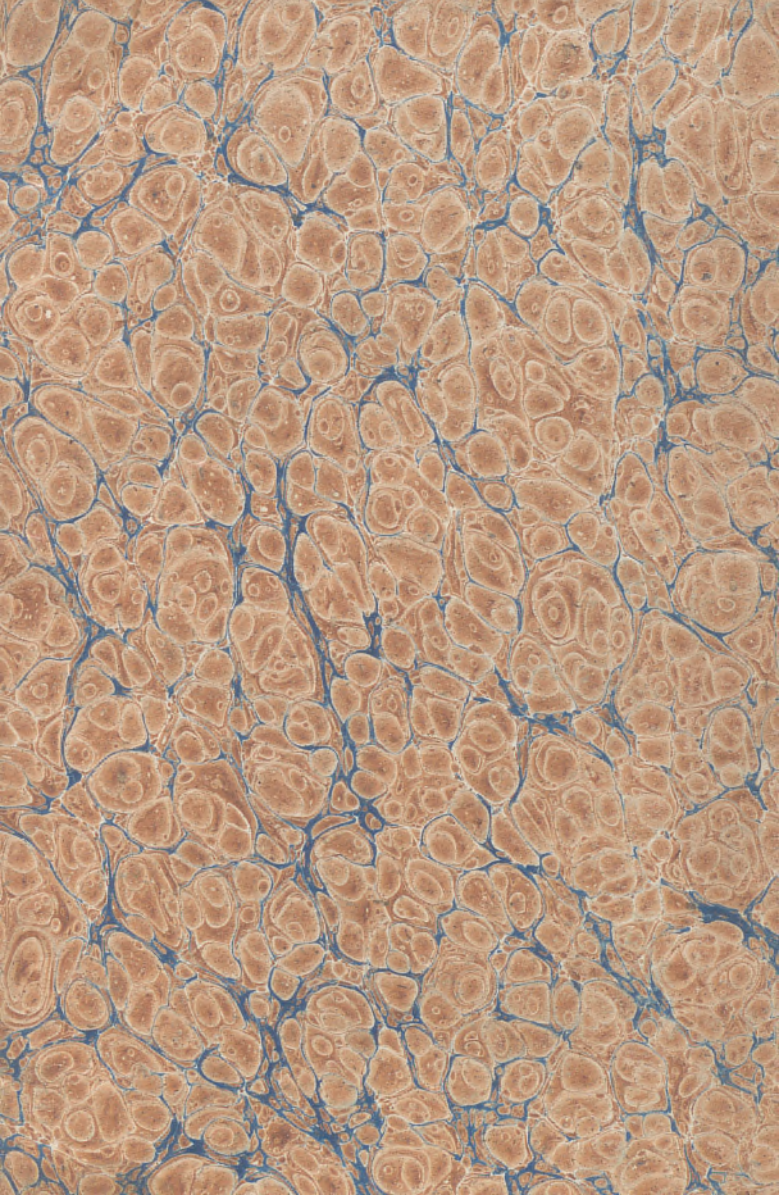
—Continuad vuestro camino, conde, y tambien vos, señora, añadió irónicamente D. Enrique. Debeis tener necesidad de descanso, y ya está libre el paso.

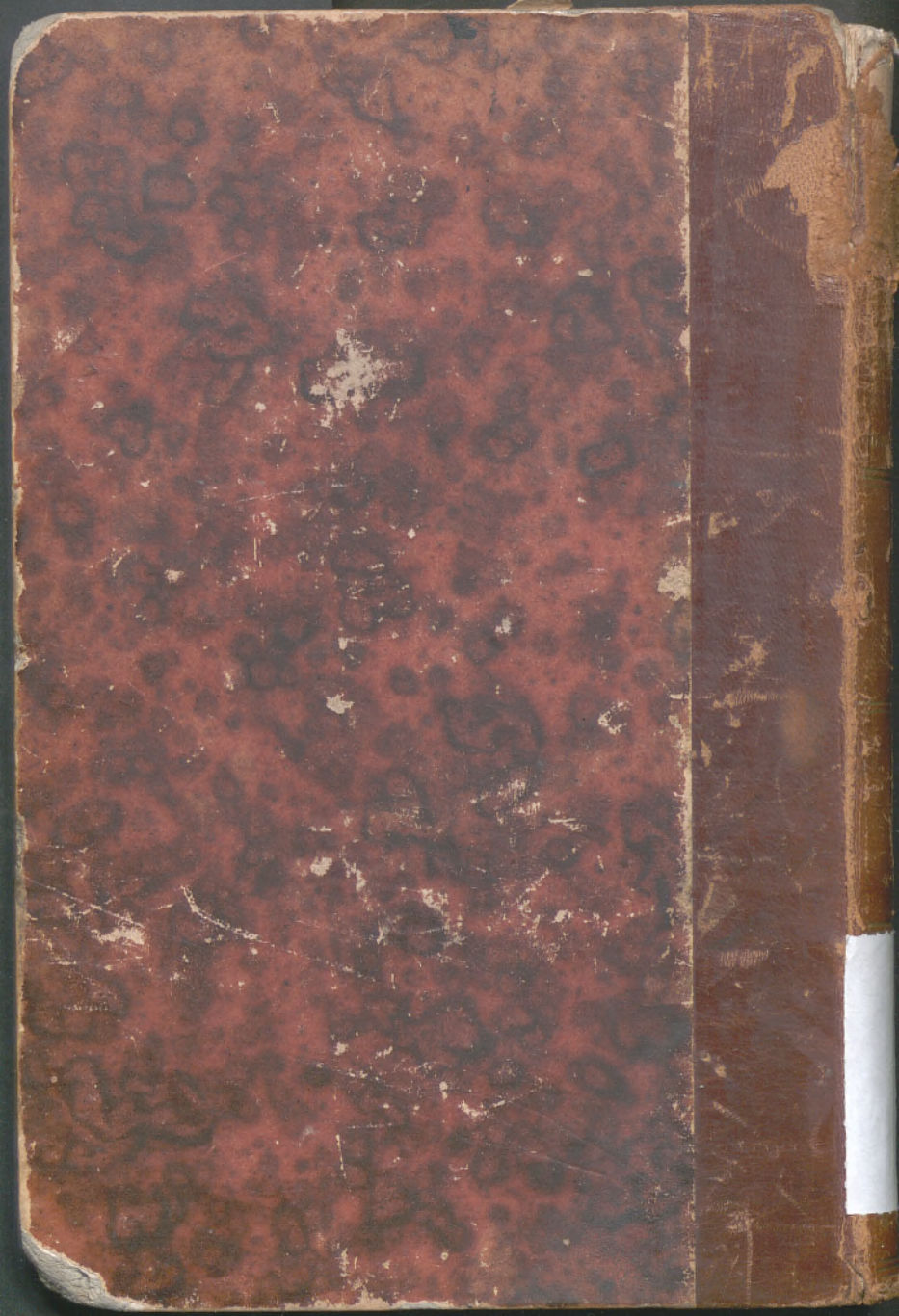
D. Beltran de la Cueva habia envejecido diez años en pocos minutos. Se alejó tambaleándose como un hombre embriagado.

En cuanto á doña Juana de Portugal, espiaba cruelmente su crimen por los tormentos que sufría su ambicion defraudada. Su enemigo mortal, el marqués de Villena, iba á ser su dueño, por decirlo así; y la Beltraneja nunca llegaria á reinar en Castilla, porque estaba destinada á sufrir aquella reclusion que su madre reservaba al hijo de Inés.

FIN.







UNA
AVENTURA
DE FELIPE IV
—
LA HIJA
DEL CURTIS

G 31754

U. S. Y